

1978



TIEMPOS NUEVOS

40
CTS
Lenti vidal

SERVICIO DE LIBRERIA

Las ventas se hacen por adelantado o contra reembolso.

A corresponsales y suscriptores 25 por 100 de descuento.

Todos los giros a TIERRA Y LIBERTAD, calle Unión, 19, 1.º, 2.ª

BARCELONA

OBRAS NUEVAS

B. DE LIGT

Movilización contra toda guerra

112 PÁGINAS, 75 CÉNTIMOS

E. MALATESTA

ENTRE CAMPESINOS

PRIMERA EDICIÓN COMPLETA

48 PÁGINAS, 30 CÉNTIMOS

- | | | | |
|--|------|---|------|
| Luigi Fabbri: <i>La vida de Malatesta</i> . 256 págs.,
3 pesetas. Encuadernado | 4'— | P. J. Proudhon: <i>Confesiones de un revolucionario</i> | 3'— |
| Ignotus: <i>El anarquismo en la insurrección de Asturias</i> | 2'50 | J. Lazarte: <i>La locura de las guerras</i> | 0'50 |
| P. Kropotkín: <i>Ética</i> . Origen y evolución de la moral | 3'— | Varios: <i>El matrimonio y el amor</i> | 0'60 |
| Ignotus: <i>La represión de octubre</i> . Documentos sobre la barbarie de nuestra civilización. 256 páginas. | 2'50 | D. A. de Santillán: <i>La bancarrota del sistema económico y político del Capitalismo</i> | 0'50 |
| Juan Lazarte: <i>La crisis mundial del capitalismo</i> | 1'50 | D. A. de Santillán: <i>Las cargas tributarias</i> | 2'— |
| E. Malatesta: <i>En el café</i> . Diálogo | 0'75 | D. A. de Santillán: <i>La F. O. R. A.</i> | 3'— |
| F. Falaschi: <i>El trabajo responsable</i> | 0'25 | Max Nettlau: <i>De la crisis mundial a la Anarquía</i> | 3'— |
| A. Souchy: <i>Erich Muhsam</i> (Su vida, su obra, su martirio) | 1'— | Yarchuk: <i>Cronstadt</i> | 2'— |
| R. Flores Magón: <i>Tierra y Libertad</i> (drama revolucionario). | 0'40 | S. Faure: <i>Mi Comunismo</i> | 2'— |
| C. Berneri: <i>El incesto y la eugenesia</i> | 0'60 | P. Kropotkín: <i>Palabras de un rebelde</i> | 2'— |
| Pedro Kropotkín: <i>El apoyo mutuo</i> | 2'— | J. Prat: <i>Crónicas demoledoras</i> | 2'— |
| Max Nettlau: <i>La anarquía a través de los tiempos</i> | 3'— | Varios: <i>Dinamita cerebral</i> | 1'50 |
| | | P. Kropotkín: <i>Campos, fábricas y talleres</i> | 2'— |
| | | Darwin: <i>El origen del hombre</i> | 2'— |
| | | J. S. Rosa: <i>El abogado del obrero</i> | 4'— |
| | | C. Malato: <i>Correspondencia escolar</i> (primero y segundo tomo) | 3'— |
| | | E. Borrás: <i>El proceso Ferrer</i> | 1'— |

REVISTA DE SOCIOLOGÍA, ARTE Y ECONOMÍA

TIEMPOS NUEVOS

Redacción y Administración: UNIÓN, 19, 1.º, 2.º - Teléf. 23658 - Barcelona

EL ESTADO Y SUS CARGAS

por D. A. de Santillán

Antiestatismo teórico y conformismo práctico Habremos de continuar insistiendo sobre la crítica al estatismo y sobre la ausencia de una táctica y de una acción práctica eficaz para restringir sus expropiaciones, obstruir su crecimiento, debilitar su despotismo. Ya hemos recogido en un librito, «Las cargas tributarias», una cantidad de datos, de estadísticas, de constataciones que no pueden dejar dudas sobre la tendencia universal de los Estados a crecer sin cesar, a absorber cada día más el jugo vital de los pueblos, hasta el punto que la vida de los Estados pone en peligro la vida de los pueblos, que los alimentan y los sostienen, con dinero, con soldados, con obreros y funcionarios. Sin embargo, por nuestra posición irreduciblemente antiestatista, habríamos de significarnos los anarquistas por una táctica adecuada de lucha contra ese cáncer mortífero, pero en la realidad hacemos aproximadamente como todo el mundo: pagamos los impuestos, directos o indirectos, servimos en el ejército o la marina, damos nuestra contribución de obreros o de empleados en trabajos antisociales necesarios para el Estado, como son las fábricas de armas y municiones, la construcción de cuarteles, cárceles, edificios públicos proveemos de víveres a los cuerpos policíacos y represivos. En una palabra, prácticamente, no se nos puede distinguir, como corriente antiestatista, de los que soportan el Estado por rutina o de los que le ayudan con interés personal de medro o por convicción interna.



Ahora bien, si el antiestatismo no ha de manifestarse más que en posiciones teóricas, en acuerdos formales, su valor es muy relativo y es difícil que seamos capaces, por virtud de una revolución popular triunfante, de romper para siempre ese aparato centralista de mando, si no nos hemos ejercitado antes en la iniciativa libre al margen o aun en contra del Estado, en la lucha cotidiana para privarle, desde ahora mismo, del máximo posible de los recursos con que ha de contar para desenvolverse y crecer.

Ahí está el espectáculo de todas las horas y de todos los minutos: un pueblo entero ha de sufrir privaciones, vegetar literalmente en el hambre para sostener el aparato creciente del Estado, inútil en más del 80 por ciento de sus funciones, antisocial en la mayor parte de sus

TIEMPOS
NUEVOS 161

obras. Daremos algunas cifras para quienes tengan la paciencia de examinarlas, y a quienes la cuestión les parezca de interés y quieran tener una idea de las finanzas estatales contemporáneas y de las sumas astronómicas que intervienen en ese cuadro, pueden consultar el ensayo mencionado. No es posible que, a la altura en que estamos, nuestro antiestatismo siga siendo únicamente una posición doctrinaria, confiando toda labor práctica a la post-revolución. La post-revolución puede darnos también la sorpresa del Estado bajo otras formas y tras de otros nombres.

Aumento de los gastos fiscales en España

Al comenzar el siglo, en 1900, España tenía un presupuesto nacional que no alcanzaba a mil millones de pesetas. Actualmente llega a 5.000.000.000. Casi se ha sextuplicado. En ese lapso de tiempo la partida de los presupuestos destinada a burocracia pasó de 164 a 1.350 millones, sin contar jubilaciones y pensiones a ese personal, que pasaron de 70 millones a 315.

En 1900 cada español pagaba al Estado 47 pesetas por año; en 1934 pagaba ya 208; es decir, cinco veces más. El ex ministro de Hacienda, Chapaprieta, en un discurso de la Unión Mercantil de Madrid, analizando los vicios del presupuesto, decía que «si relacionamos la cifra a que alcanzan los gastos con el total de la producción del suelo español, se descubre que al pueblo español se le exige justamente la mitad de esa producción».

Y no son solamente los gastos del Estado nacional los que han de tenerse en cuenta; existen los de las Diputaciones provinciales (la de Madrid requiere veinte millones de pesetas por año) y los de los municipios, que insumen aproximadamente mil millones de pesetas.

La liquidación de los presupuestos municipales de las provincias de régimen común da para el año 1932 la cantidad de 789 millones de pesetas.

El presupuesto municipal de Barcelona, aprobado en el pleno consistorial del 19 de noviembre de 1935, da este resultado:

Gastos del presupuesto de Interior: 132 millones, 48.090 pesetas.

Gastos del presupuesto de Ensanche: 26 millones, 048.090 pesetas.

Total: 158.216.156 pesetas.

Recordemos, para comparar, las siguientes cifras:

En 1914 el presupuesto de Interior y Ensanche de Barcelona sumaba 39 millones de pesetas. En 1923 llega ya a 92 millones; en 1927 a 126 millones; en 1928 a 132 millones; en 1929 a 148 millones; en 1933 a 147 millones.

La deuda municipal de Barcelona era en 1900 de 69 millones de pesetas; en 1935 había alcanzado a 863 millones, correspondiendo en 1900 unas 133 pesetas por habitante, para llegar en 1935 a 843 pesetas.

En el presupuesto municipal para 1936 figuran: 4.504.006 pesetas para vigilancia y seguridad; 6.362.287 para policía urbana y rural; 11.376.382 para personal y material de oficinas; 5.350.805 para recaudación, etc., etc.

Cualquier municipio de España que se examine nos hará ver los aumentos de las cargas tributarias. Por ejemplo, Torrelavega, provincia de Santander, con un total de 17.000 habitantes. Gastaba en 1930 la cantidad de 698.433 pesetas; en 1931 pasaba a 706.595; en 1932 a 774.125; en 1933 a 860.277; en 1934 a 894.665. En un quinquenio los gastos de ese Ayuntamiento aumentaron en casi doscientas mil pesetas.

El mismo o parecido resultado obtendríamos de cualquier otro Ayuntamiento español, grande o pequeño.

Y lo mismo diríamos de las Diputaciones provinciales. Por ninguna parte se advertirá un estancamiento de los gastos; de año en año se comprobarán mayores exigencias.

Los déficits del presupuesto nacional español han tenido estos años las siguientes proporciones:

1931	198 millones	
1932	405 »	
1933	481 »	
1934	592 »	(cálculo provisional)

Para enjugarlos, para nivelar los pagos con los ingresos, queda un recurso muy cómodo: el de la emisión de capital, con toda suerte de incentivos, exención de impuestos, alto interés, etc.

El Estado español ha emitido así:

1929	2.497.491.625 pesetas
1930	908.038.625 »
1931	797.984.400 »
1932	1.024.779.870 »
1933	997.054.900 »
1934	1.159.083.089 »

Eso va en aumento de la deuda pública, cuyo solo servicio insume cantidades fabulosas. Si la deuda española era en 1913 de 9.300 millones de pesetas, en 1933 alcanzaba a 19.000, y actualmente pasa de 22.000 millones. El servicio de intereses y amortizaciones exige, por sí solo, mil millones de pesetas anuales.

Es interesante seguir la evolución de un impuesto cualquiera, el del timbre, invención, según parece, típicamente española, pero copiada en seguida en todos los países.

En tiempos de Felipe V se recaudaban por ese concepto dos millones escasos de pesetas.

En tiempos de Fernando VII se aproximaron esas recaudaciones a cinco millones.

La reforma de Bravo Murillo la hizo ascender a veinte millones.

En 1900 se recaudan ya por ese concepto más de sesenta millones.

En 1934, según la liquidación provisional, asciende a 376 millones. Y en el presupuesto proyectado para 1936 se calculaba su aporte en 437 millones.

Aproximadamente ocurre lo mismo en los demás impuestos y tributos de que se nutren las cajas sin fondo del tesoro estatal.

Las simas de los gastos públicos Las grandes partidas que absorben en los presupuestos de todos los Estados el 80 ó 90 por ciento de los ingresos fiscales son:

1) La deuda pública. En Inglaterra, después de la guerra, hemos visto que el servicio de la deuda equivalía en total al presupuesto ordinario de gastos.

2) La burocracia. En España se gastan para ella más de 1.300 millones de pesetas. Y hay empleados que figuran con cinco o seis mil pesetas anuales y perciben por sobresueldos y gratificaciones, hasta sesenta mil.

3) El militarismo. Alemania ocupa hoy más de cien mil obreros en las fábricas de armas y municiones, astilleros, fábricas de aviones militares y de motores.

4) Los cuerpos policíacos.

En esos cuatro renglones es absorbido el presupuesto nacional, quedando apenas algunas migajas para obras sociales y culturales, de utilidad indudable, aun cuando mermadas en su eficiencia por la gestión estatal.

La deuda pública se debe, casi siempre, a presupuestos extraordinarios o empréstitos para fines militares, de guerras pasadas o de guerras en preparación, y en realidad se habría de adscribir a los gastos del militarismo.

Gastos del militarismo Si las guerras continúan, han escrito

H. C. Engelbrecht y F. C. Hanighen, la consecuencia fatal será vivir en un mundo dominado política y económicamente por la industria de los armamentos. Al contemplar el panorama mundial, al examinar los gastos de los Estados modernos, se recibe la impresión de que el mundo existe sola y exclusivamente para dar soldados a los ejércitos y marinos a las flotas y para preparar nuevas guerras. Las dos grandes preocupaciones de los hombres de Estado son, por un lado el aseguramiento del orden público, es decir el aplastamiento de toda veleidad de protesta y de resistencia al trágico destino que se anuncia, y por otro, la preparación, adiestramiento y equipo de ejércitos y armadas. A esos propósitos se sacrifica todo, incluso la economía del país, sin la cual todo amenaza ruina.

Tomemos un país cualquiera y veamos la evolución de los gastos militares en él. Por ejemplo, Inglaterra:

1863-64 25.796.000 libras
1879-80 25.662.094 »

1889-90 31.021.300 libras
1890-900 47.212.000 »
1912-13 71.945.000 »
1913-14 73.000.000 »
1935 115.000.000 »

Pero desde 1935 a la fecha la situación está muy lejos de haberse estabilizado. Con el banderín del peligro alemán, de la guerra italo-etíope, de la intervención del Japón en China, etc., etc., se han votado aumentos considerables para los armamentos militares, navales y aéreos. El importe total del plan de rearme elaborado por el subcomité ministerial de la defensa nacional, estudiado por el Consejo de ministros en febrero del año corriente se eleva a 250.000.000 de libras esterlinas. Se establecen nuevas fábricas militares, se modernizan los efectivos del ejército, se construyen nuevos barcos de guerra, acorazados y submarinos; se quiere poner la aviación en uno de los primeros puestos.

No se puede calcular la cantidad de energía que concentra Gran Bretaña en finalidades guerreras. Pero los millones que gasta pueden dar una idea aproximada. Con los obreros, los técnicos, los sabios, los soldados, marinos y aviadores que Gran Bretaña tiene al servicio de la guerra, ¿qué no sería capaz de hacer en la dirección de la paz, del trabajo productivo, de la creación de riqueza social?

Pero no vaya a imaginarse que ese espectáculo se refiere sólo a Inglaterra.

Tomemos el caso de Estados Unidos. Sus presupuestos de Guerra y Marina, han seguido esta curva ascendente:

1791-1800 2.614.000 dólares
1851-1860 27.780.000 »
1871-1875 63.514.000 »
1880 51.654.000 »
1890 66.589.000 »
1900 190.728.000 »
1910 312.997.000 »
1914 348.032.000 »
1923 678.256.000 »
1927 684.608.000 »
1929 792.037.000 »
1931 838.547.144 »

Para equipar los cinco primeros millones de hombres del ejército norteamericano que intervino en la gran guerra de 1914-18, se gastaron entre 12.000 y 13.000 millones de dólares, equivalentes a la mitad de los presupuestos sancionados por el Congreso norteamericano desde la declaración de la independencia hasta 1914.

El presupuesto federal para 1936-37, es decir de junio de 1936 a fines de mayo de 1937, se eleva a 7.000 millones. En él pasan de mil millones los gastos del ejército, la marina y la aviación.

Desde 1914 a 1935 el presupuesto general del Japón aumentó un 186 por ciento, mientras la renta nacional no ha crecido más que un 80 por ciento. Se debe ese crecimiento a los gastos

militares, que en 1914 significaban un 33 por ciento del presupuesto total y hoy alcanzan a un 49 por ciento.

En 1935 el presupuesto de Marina era de 551 millones de yens, el del ejército de 508 millones.

Pasamos por alto los gastos de Italia y Alemania, esencialmente militares, el coste de la guerra italoetíope, de la acción del Japón en China, etc.

Un solo torpedo cuesta 30.000 pesetas. Con las municiones que se gastan en un encuentro guerrero de dos ejércitos, en un solo día, habría bastante para suprimir la miseria por un año de los desocupados de un país como España.

Y pensar que se pueden reducir los gastos militares mientras se mantengan los ejércitos y se prepare internacionalmente la guerra, es una ilusión. Cada innovación en el aparato bélico de un país arrastra innovaciones obligadas en los países rivales.

El cañón alemán de 77 milímetros alcanzaba 5.500 metros al comienzo de la guerra de 1914. En el curso de esa campaña, diversos perfeccionamientos le habían permitido alcanzar distancias de 10.700 metros. Supera actualmente los 14.000 metros.

Se comprende que una innovación que permite alcanzar un objetivo a 500 metros más de distancia, significa una emulación inmediata en los países rivales para alcanzar sino para superar esa cantidad, lo que implica a menudo una renovación total de todo el material bélico. Hay fabricaciones militares que envejecen y son superadas ya antes de salir de la fábrica o de los astilleros.

El cañón alemán de 10 centímetros, que data de 1904, se inicia con un alcance de 11.200 metros, y llega en 1929 a 17.500. Y esos progresos en el arte de la destrucción no se interrumpen y prosiguen febrilmente en todos los aspectos de la guerra, en artillería, en fusilería, en química, en bacteriología. No pasa un mes sin que se haga eco la prensa de algún nuevo invento sensacional para destruir más vidas y cosas con menos esfuerzo. De ahí que el instrumental de guerra haya de ser renovado incesantemente y sólo mediante la renuncia efectiva a la guerra, ofensiva y defensiva, se podría esperar lógicamente una disminución de los gastos militares aplastantes. Renuncia que no se puede esperar del capitalismo ni del Estado y que únicamente vendrá de la acción y de la presión de los pueblos.

Lo que habría de hacerse Se constata un crecimiento de los presupuestos de los Estados modernos, totalmente desproporcionado en comparación con el crecimiento de la riqueza nacional.

Del 80 al 90 por ciento de esos presupuestos se gastan en finalidades improductivas, en funciones negativas, sin utilidad social, como la burocracia, los aparatos policiales y judiciales, el militarismo.

En los países en donde el militarismo ha tomado la supremacía, casi el cincuenta por ciento de

los gastos enumerados en los presupuestos se destinan a la preparación de la guerra, sin contar la parte predominante que tienen esos gastos en la deuda pública, es decir el rastro de las guerras pasadas, y la preparación de las venideras.

Aun cuando los impuestos y tributos sean generalmente indirectos, en última instancia inciden sólo sobre los productores, obreros industriales y campesinos, que son una minoría social.

La defensa, pues, contra el despojo de que son víctimas los trabajadores por el Estado, cuatro o cinco veces más opresivo que aquel de que son víctimas por el capital privado, es una de las tareas de urgencia, por dos razones básicas:

1) Por lo que significa como expoliación y como confiscación de la mejor parte del producto del trabajo humano.

2) Por lo que significa como peligro para la paz, para el verdadero orden social, para la justicia, para la cultura.

Es preciso, desde ahora, dirigir todos los esfuerzos revolucionarios a privar al Estado de sus recursos financieros, sin los cuales no puede existir, porque no puede tener servidores dóciles a su despotismo más que en tanto que puede pagarles. La guerra al Estado ha de llevarse, no solo, como hasta aquí, en el terreno de la crítica, sino en el campo práctico de la vida económica, por ejemplo, sobre las bases siguientes:

a) Negativa a pagar los impuestos directos.

b) Huelga de contribuyentes.

c) Apoyo a toda tentativa de resistencia contra la elevación de impuestos y tributos, de cualquier clase que sean, aunque se pretenda, como ingenuamente hacen creer los parlamentarios socialistas, que han de pagarlos los ricos solamente, pues los impuestos no los pagan en verdad más que los trabajadores que realizan en las fábricas o en la tierra o en los transportes labores socialmente útiles.

d) Resistencia activa y propaganda contra la votación de créditos militares y policiales.

Más de un cincuenta por ciento de la renta nacional es consumida en España por el Estado y los Municipios. Todos los ministros de Hacienda han constatado que la capacidad tributaria del contribuyente español ha sido agotada: sin embargo todos descubren la posibilidad de aumentar los tributos y decretan nuevas cargas. Con el dinero que el pueblo paga en silencio, el Estado aumenta sus policías de toda clase. Es decir, remacha las cadenas de la esclavitud popular. Un Estado que encarece es un Estado que se vuelve absolutista en proporción a ese encarecimiento. Cuanto más caro, el Estado es más malo, porque se inmiscuye más en la vida privada, porque extiende cada vez más sus dominios.

Hemos repetido muchas veces que los trabajadores y los campesinos tienen todo el derecho a protestar y a defenderse contra el capital parasitario que les roba una parte del fruto de su trabajo; pero esa parte apenas llega en general a un diez por ciento del producto total; en cambio, si el Estado lleva un cincuenta por ciento, y lo

Problemas de España

● El Sainete de Rusiñol y el Ministro ●

por GEOFILO

El gran ironista Santiago Rusiñol simula en una de sus más graciosas obras un acto de propaganda política, en el que el candidato a diputado dice que si triunfa hará construir un puente a la salida del pueblo, y, al exclamar extrañado uno del público que no había río, añadió el orador, que también les haría un río con que motivar la construcción del consabido puente.

Creídos, cándidamente, que estas cosas eran solamente propias del Teatro cómico y aun del género inverosímil, escuchamos una vez por el radio, estupefactos, que un señor ministro prometía entre otras cosas, reducir a cultivo todas las estepas de España, con lo que se daría ocupación a los sin trabajo.

No somos tan mal intencionados para suponer a dicho señor ministro hombre de mala fe; al contrario, le creemos persona dotada de la mejor intención y guiada por los mejores propósitos, que no supo elegir el tema en este caso, por ignorar, sin duda, las cosas relacionadas con la gran cuestión que ataca con tan sensible desenfado.

Desgraciadamente existen en España unos se-

emplea, no en disfrutes y derroches inofensivos, sino en fortificar su posición contra los embates de la justicia social, es también lógico que se le oponga alguna defensa y alguna resistencia. Y esa defensa y esa resistencia ha de comenzar por privarle de las exacciones legales, de los impuestos que decreta sin previa consulta a la opinión de quienes han de pagarlos.

Todo cuanto se haga en el sentido de la disminución de los impuestos va contra el aparato del Estado; todo servicio que se le rehuse, como soldados, o como obreros, es una obra meritoria y práctica contra el estatismo.

Es hora de darse cuenta de que el Estado existe, porque somos aún, pese a las declaraciones doctrinarias en contra, esclavos voluntarios y le servimos, a) como contribuyentes, b) como soldados y marinos, c) como obreros.

Hay que rehuir todo servicio al Estado y fomentar toda resistencia posible a sus reclamaciones. Hay que ser, prácticamente, antiestatistas.



tenta y cinco mil kilómetros cuadrados de estepas, que por sí solas constituyen casi la séptima parte del solar nacional, corroyendo con su contacto casi todas las provincias, como cáncer que se comiera la carne viva de la nación.

También es verdad que podríamos y debiéramos atajar los progresos de ese cáncer lo más rápida y científicamente posible. Pero, puesta la mano sobre el corazón, hemos de decir que no creemos en tal rectificación de conducta histórica, y por tanto, lo de cultivar todas las estepas de España seguirá siendo el tópico de algunos políticos y nada más.

Creo que lo menos que deberían saber los ministros antes de ofrecer semejante solución al pueblo, es que esas extensas estepas españolas son, en su mayoría salinas, tierras carentes de mantillo, cargadas de sequedad en el suelo, por haberla en la atmósfera, huérfanas de árboles y sufridoras de temperaturas extremas. Además de sus elevadas cotas sobre los lechos de los ríos y de sus distancias, en la mayoría de los casos, de esas arterias vivas y vivificantes por excelencia.

Existen muchas estepas salinas, yesosas y calvas rocosas o losares, que son originarias y por tanto más viejas que la costumbre de elegir ministros, pero hay otras que se formaron por incurias inexplicables y raras negligencias de todos los tiempos, que, entretenidos los hombres de gobierno en cuestiones personales, olvidaron atenciones tan fundamentales como es el retener la tierra nacional que los ríos roban constantemente al país y la echan al mar sin provecho para nadie, en cantidades enormes, a todas horas, cada minuto y cada segundo.

El Llobregat lleva, en régimen normal, dos kilogramos de cieno, por cada metro cúbico de agua, a proporción de lo cual avanza su delta unos dos metros anuales, merced a las grandes cantidades de tierras de labor que en el mar quedan sepultadas, y que, teniendo en cuenta el caudal de este río, resulta que devora diariamente unas diez mil toneladas de tierra.

El Duero arrastra nueve mil; el Júcar en Cuen-

ca, cinco mil; el Pisuerga, dos mil. Sólo el Guadalete lleva anualmente a la bahía de Cádiz, quinientas mil toneladas de arena.

Entre el Júcar y el Tajo, se llevan en cien días de crecida, un millón ciento ochenta mil metros cúbicos de limo.

Esto que se dice tan pronto, representa la patria en ruinas, el derrumbe del país, porque al marcharse la tierra quedan inertes los terrenos y a mayor abundamiento si en el subsuelo existe sal, yeso, o sencillamente roca, como tan corriente es ello en nuestro país.

Ya vemos, pues, que existe algo más importante y más perentorio que cultivar estepas, pues para ello habríanse de nutrir de tierras estas extensiones desmanteladas llevándolas de otras partes, mientras que los arrastres naturales salvajes, que son la ruina de nuestro país, se las iría llevando y erosionando constantemente, repitiéndose por «in eternum» aquel cuadro de Penélope de tejer y destejer.

Lo que interesa y entra en lo posible, es retener y frenar el bandolerismo de los ríos adoptando los medios científicos que en otras naciones son ya

viejos, mediante obras oportunas. Todo económico y fácil, que tan solo hay que saberlo hacer y disponer. Lo demás es literatura ministerial inútil y perjudicial.

Bien está que en un sainete se ponga en ridículo la candidez de los poderes públicos, pero es contraproducente que desde Centros Oficiales se digan cosas fuera de la realidad, como lo es el fingir que se va a curar un mal como son las estepas, sin atacar las causas, que son el salitre, el yeso, las losas y el arrastre fatal de los ríos.

Otra cosa sería que se dijera que se va a aprovechar ese noventa por ciento de fuerza ociosa actualmente de los ríos españoles, ya que las presas de las estaciones hidroeléctricas algo tendrían la supuración fluvial a que nos hemos referido, y esta fuerza serviría además para elevar las aguas y roturar los futuros campos que nacerían del catálogo infinito de nuestros secanos; pero empezar por el tejado, es cosa que, como decía nuestro clásico, haría reír si no hiciese llorar a quienes pensamos en algo más que en las rogativas, en la lotería, en la bolsa y en la sinceridad de los discursos oficiales.

Consultorios de "Tiempos Nuevos"

Alentados por las cartas que recibimos y a fin de mantener cada vez más la penetración de lectores y colaboradores en la obra que realizamos, hemos resuelto ensanchar la esfera de las consultas a que los lectores de la revista tienen derecho en tanto que tales. Mantendremos a su disposición los consultorios siguientes:

Médico-eugénico: *Dr. F. Martí Ibáñez, Barcelona.*

Puericultura: *Dra. Amparo Poch y Gascón, Madrid.*

Cinematografía: *Mateo Santos.*

Economía-Sociología: *D. A. de Santillán.*

Los interesados recortarán el cupón del mes correspondiente de la cubierta de la revista y lo remitirán a nuestra dirección, Unión 19, primero, segunda, Barcelona.

DURANTE LA ULTIMA GRAN GUERRA HUBO:

4 muertos por minuto,
6.500 muertos por día.
Y la matanza duró 1.550 días.
Hubo en el mundo entero:
74 millones de movilizados,
10 millones de muertos,
19 millones de heridos,
7 millones de prisioneros,
9 millones de huérfanos,
5 millones de viudas,
10 millones de hombres, mujeres y niños que han debido huir de su país y abandonarlo todo.

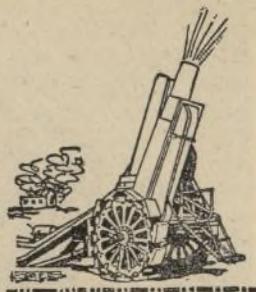
En Francia solamente hubo:

319.269 casas completamente destruidas,
313.675 casas destruidas en parte.
20.603 fábricas destruidas,
4.875 puentes destruidos.
52.754 kilómetros de caminos destruidos,
7.985 kilómetros de vías férreas destruidas,
3.800.000 hectáreas de bosques y de tierras removidas e inutilizadas para el cultivo.

Y el mundo va ciego a una nueva guerra mundial...

La violencia y la guerra en la Historia

por B. de Ligt



La guerra, fenómeno histórico

Es imposible desconocer el papel relativamente bienhechor de la violencia y de la guerra en la historia de la humanidad, ni suprimir una y otra por un simple gesto pacifista. En el curso de la historia universal, la violencia ha hecho posible toda suerte de formas de civilización, y también la guerra, ese horror, ha despertado algunas veces lo bello y lo sublime. Desde ese punto de vista, no hay desacuerdo entre los sociólogos burgueses y Marx, el socialista, o el anarquista Proudhon.

Sin embargo, la guerra es un fenómeno no biológico, sino histórico: no es una circunstancia de la naturaleza humana como tal, sino de ciertas circunstancias sociales, económicas y políticas que se han producido en un momento dado y están llamadas a desaparecer un día. Sólo el combate espontáneo presenta un carácter biológico. Pero la lucha sangrienta colectiva, preparada sistemáticamente, llevada con una técnica homicida consumada, emprendida por motivos mágicometafísicos, económicos, sociales, políticos, religiosos o civilizadores, esa lucha violenta entre los hombres es, en la evolución de la humanidad, un fenómeno relativamente reciente. Según la estimación más prudente de la ciencia moderna, la existencia del hombre sobre la tierra, se remonta, por lo menos a 500.000 años, y la guerra no data más que de algunos centenares de siglos (1). Sin duda, la lucha sangrienta colectiva ha sido hecha posible por toda suerte de pasiones y apetitos, de instintos de agresión, de instintos de destrucción, e incluso de destrucción de uno mismo. Pero, no obstante, el hombre primitivo ha sido más bien pacífico que belicoso por naturaleza, y las poblaciones menos desarrolladas del planeta lo son todavía, en tanto que viven fuera del contacto con la civilización más... evolucionada. Según los etnólogos competentes, las primeras armas no sirvieron para matar hombres, sino animales (2).

Además, durante siglos, la violencia colectiva ha ofrecido un carácter mucho más primitivo que hoy. Sin duda sus consecuencias han sido siempre terribles, sobre todo para los vencidos, e innumerables valores civilizadores han sido destruidos por ella. Pero vista de lejos, la guerra no ha hecho nunca en el curso de millares de años, tanto mal como en nuestros días. En la historia de todas las tribus, razas y pueblos reunidos, se ha podido constatar una relación relativamente favorable en-

tre las fuerzas destructivas y constructivas, entre el aniquilamiento y la creación, entre la masacre y la civilización, de tal manera que, a pesar de todas las violencias y de todas las guerras, la civilización se elevó por encima de las civilizaciones y en fin de cuentas los valores positivos triunfaron sobre los valores negativos. Por cruel que haya sido, la violencia ha colaborado durante siglos en el proceso de unificación de la humanidad en fusión. Ya las primeras sociedades humanas, a penas diferenciadas, al elevarse, sobre todo gracias a la guerra, a un primer estadio de evolución, se alejaron más de su estado anterior que las orugas al salir de su crisálida.

Beneficios indirectos de la guerra

La guerra ha favorecido de diversas maneras el comercio y el tráfico, las artes y las ciencias. Desempeña incluso un papel importante en la historia de la pedagogía: la disciplina y, sobre todo la disciplina de sí mismo (disciplina interior), la debemos, no sólo a los antiguos magos, sacerdotes, santos y místicos, sino igualmente a los guerreros. El valor, tan raro todavía en nuestros días, fué también él despertado y cultivado en particular por la guerra. Algunas concepciones, tales como «alma viril», «virtud varonil», como por otra parte la misma palabra virtud (virtus), brotan todas de la ideología y de la mentalidad guerreras. Cuando el combate instintivo primitivo tendía sobre todo a la satisfacción de necesidades inmediatas y directas — aunque aquí ya el interés y el porvenir de la raza estuviesen en juego, a menudo, indirectamente, como por ejemplo en la lucha por el alimento y la conquista de hembras —, la guerra presentó cada vez más un carácter indirecto, es decir, civilizador, y fué puesta al servicio del porvenir social, político y cultural; se aprendió a sacrificarse y a renunciar a los intereses inmediatos hasta con alegría. Había nacido el heroísmo, cosa que el animal ignora.

Se debe reconocer incluso que todas las civilizaciones han sido hasta aquí fundadas sobre la violencia y que se han mantenido hasta un cierto punto gracias a la violencia: ninguna supo jamás libertarse de ella completamente. Y esto es verdad para las más pacíficas, principalmente para la civilización china, la cual, por otra parte, desde hace algún tiempo, muestra una incli-



nación cada vez más marcada por los métodos violentos. No debe asombrar eso, porque todas las civilizaciones no han sido, hasta el presente, más que el hecho de minorías o de «élites», dominadas por un número relativamente débil de hombres privilegiados cuya magnificencia tiene su fuente en la explotación de masas cada vez más grandes. Todas las civilizaciones se han edificado al modo de pirámides: una cima de oro de un fasto rutilante, la cual corona una construcción social que reposa sobre una amplísima base y está formada de estratos cada vez más oprimidos y empobrecidos hasta la miseria negra. Y de esas profundidades oscuras y desdichadas, los «más altamente situados» de la sociedad sacan inexorablemente su prestigio y su gloria.

Violencia vertical Con toda evidencia, para mantener en pie tan monstruosos edificios sociales, ha sido preciso recurrir a la violencia. Pero esa violencia ejercida de arriba abajo debía provocar fatalmente una vio-

lencia en sentido opuesto. Ese fenómeno que se repite a la largo de la historia universal, podría ser llamado la *violencia vertical*. Esa violencia se manifiesta sobre todo en nuestros días en la lucha de clase: a pesar de las más bellas divisas de «unidad nacional», el ejército nacional es dirigido en primer lugar contra el enemigo interior; es decir, contra la masa de los campesinos pobres, de los pequeños burgueses y de los proletarios que pueden ser, de un momento a otro, llevados a la revuelta.

Además, todas las civilizaciones han tendido a la expansión en detrimento de las civilizaciones menos desarrolladas, y sobre todo de civilizaciones material y físicamente más débiles, aun si éstas eran avanzadas desde el punto de vista cultural. La guerra, las oposiciones de clase, la propiedad privada, todo eso ha surgido aproximadamente al mismo tiempo. Y en el curso de los siglos las clases dominantes supieron atribuirse cada día más el monopolio de la violencia por el intermedio del Estado (*le stato*, palabra que data del Renacimiento italiano y que significaba en el origen «los dominadores y el partido que representan»). A la larga, consiguieron ensanchar el poder del Estado hasta el punto que, en nuestros días —según el sociólogo alemán Carl Schmidt— la autoridad política suprema es caracterizada por el *jus belli*, o sea el derecho a declarar y a hacer la guerra, «derecho» que incluye además, para todo gobierno, el de exigir en todo instante, de cada ciudadano, que no es en el fondo más que un súbdito, la *Todesbereitschaft und Tötungsbereitschaft*, es decir, que esté dispuesto a matar y a morir en conflictos bélicos contra no importa quién y por no importa qué objetivo. Ese atributo de la soberanía política ha sido fortificado todavía por el pacto de la Sociedad de Naciones (3).

Violencia horizontal De todo eso se desprende lo que se podría llamar, en la historia de la humanidad, la *violencia horizontal*, que no ha dejado de culminar, como era fatal, en la gran guerra de 1914. Cuando se habla de «guerra», se trata comúnmente de esa

violencia horizontal dirigida contra el «enemigo exterior». Se comprende también por esa palabra toda suerte de «guerras civiles», «guerras de religión», etc., las cuales por otra parte coinciden a menudo con guerras políticas, económicas y de clase.

Funcck-Brentano da un ejemplo notable de semejante mezcolanza de guerras: la guerra de Cien años que, según él, ha sido una guerra civil, mucho más que una guerra exterior: «Lucha de artesanos contra el patriciado, de los cuerpos de oficio contra los «linajes», de los «bourguignons» contra los «armagnacs», de los «clauwaerts» contra los «deliarts» en Flandes; como en Italia, del «popolo minuto» contra el «popolo grasso», de los guelfos contra los gibelinos, de los «blancos» contra los «negros». Los textos latinos dicen, «minores» y «majores». En Francia, el partido popular es generalmente denominado el «común» (4).

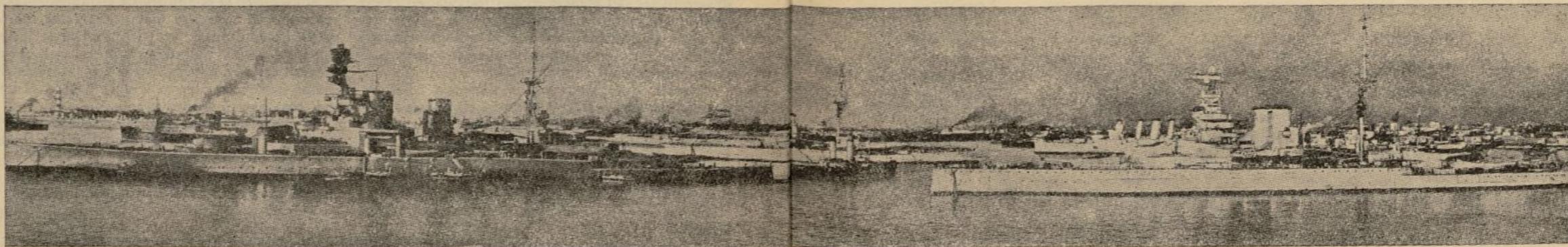
La lucha colectiva armada de que se trata aquí fué ventilada sobre todo en el plan horizontal: la superficie de la tierra. Su consecuencia ineluctable fué en primer lugar abatir fronteras tras fronteras.

De este modo, la guerra colaboró ya a su pesar en el largo proceso de unificación de tribus, de pueblos y de razas. Desde este punto de vista la *deificación* de la potencia de guerra (Marte, por ejemplo) ha tenido un cierto sentido cultural, y los grandes conquistadores de la antigüedad han realizado en efecto una misión más o menos «divina». ¿No han pasado, por otra parte, por hombres providenciales? Una violencia colectiva cada vez más potente ha podido, no sólo proteger las civilizaciones más antiguas contra las incesantes invasiones de bárbaros rapaces, sino que, además, ha favorecido grandemente la *interpenetración* y la *interdependencia* de las tribus, de los pueblos y de las razas. Alejandro el Grande cumplió en la segunda mitad del siglo cuarto antes de nuestra era una función extraordinaria en la historia universal, reuniendo definitivamente por las guerras el Asia a Europa (se creía, no sin alguna razón, una especie de dios). La sed de conquistas de los romanos hizo posible la difusión de las tradiciones de civilización más

nobles del Asia próxima, del Egipto y de Grecia, hasta las costas salvajes del mar del Norte. Las cruzadas —por poco cristianas que fuesen y a pesar de todas las atrocidades cometidas contra los judíos y los paganos— abrieron de nuevo el Occidente a las influencias orientales y prepararon ampliamente el Renacimiento y la revolución burgueses. La violencia calvinista aseguró la salvación de la Reforma contra las tentativas de la contra-Reforma. En fin, de la guerra de ochenta años contra España ha nacido la libertad de los Países Bajos.

Aun las guerras coloniales de los blancos, tan rapaces, han favorecido, a pesar de innumerables crímenes, la unificación económica y cultural de la tierra, aunque no fuese más que azotando, hasta hacerles conscientes de sí mismos, a los pueblos asiáticos adormecidos en una letargia secular. Y se sabe cómo «de la europeización del Asia salió la rebelión del Asia contra Europa» (5).

La idea de humanidad Pero consideremos cómo se ha desarrollado la ciencia militar, sobre todo desde los tiempos de Napoleón. Parece que la técnica guerrera haya llegado hoy a su más alto punto de perfección. Cuando la civilización moderna se volvía de día en día más compleja y más refinada, ofreciendo por eso una mayor vulnerabilidad, el mundo se ha ingeniado en aumentar el poder devastador de la guerra en tal forma que se ha visto a las *fuerzas destructivas* sobreponerse progresivamente a las fuerzas constructivas. Sin embargo, la misma guerra mundial, por insensata que haya sido, no ha carecido, a pesar de todo, de un cierto valor civilizador: ha provocado una inmensa revolución proletaria que, pese a las innumerables debilidades y errores —en particular el recurso a una violencia inaudita, de que hemos de volver a hablar—, dió un sentido nuevo a la vida de decenas de millones de seres humanos; ha favorecido la lucha de emancipación de las naciones oprimidas y de las razas explotadas, el desenvolvimiento de la medicina y de la higiene, la emancipación de la mujer, etc., etc.



Además, por feroz que haya podido ser el proceso guerrero que echó abajo fronteras tras fronteras, ha hecho posible el desarrollo de una conciencia humana cada vez más amplia: al mezclarse sin cesar las razas y las civilizaciones han hecho surgir a la larga la idea de la *humanidad*. A pesar de innumerables oposiciones de clase, han acabado por adquirir la noción del *género humano*, la cual, al atravesar las fronteras oficiales, ha ido arraigando más y más. Se ha llegado a descubrir al semejante en el extranjero y en el enemigo de antes, aun en el esclavo; se ha habituado uno a ver, aun en el adversario, a otro... uno mismo. Desde hace aproximadamente 800 años antes de Cristo, se ha visto en las civilizaciones más desarrolladas formarse en los hombres y en las mujeres de una alta intuición y de un profundo sentimiento de solidaridad, una conciencia mundial, una conciencia humana. En China, en las Indias, en el Asia menor, en Grecia, se ha comenzado a comprender lentamente que la violencia, no sólo en las relaciones personales de hombre a hombre, sino también en las relaciones de pueblo a pueblo y de raza a raza no podía ser más que algo transitorio y pasajero; que en la historia universal, debía tratarse cada vez más de una unidad civilizadora del globo entero, *de una autorrealización de la humanidad en el universo*; y que para esa realización de sí mismo era preciso una lucha cada vez más intensa, pero no obstante cada vez menos violenta, desde el momento que los medios violentos debían revelarse en conflicto cada vez más flagrante con la verdadera naturaleza humana y con el objetivo más sublime de la vida (6).

He aquí, desprovistas de todo velo mágico y de toda aureola mitológica las conclusiones esenciales de esos precursores de una humanidad nueva: las violencias se amontonarán sobre las violencias, las guerras sobre las guerras; imperios cada vez más vastos se entredesgarrarán ferozmente de tal suerte que al fin la guerra, el hambre y la peste diezmarán como nunca; entonces todo el sistema mundial de violencia se derrumbará, la paz universal tan intensamente

esperada por las masas martirizadas vendrá al fin, y la justicia se establecerá para cada uno sobre la tierra.

Los que descubrían y anunciaban esas perspectivas de porvenir no formaron, durante siglos, más que *raras excepciones*. Eran considerados por la opinión pública — que continuaba tradiciones mucho más antiguas, pero cada vez más anacrónicas — como imposibilistas, tal vez no antipáticos, pero tanto más peligrosos.

En ciertos momentos críticos de la historia, los poderes oficiales les descartaban, como si se tratase de locos, cuando no les hacían martirizar, aprisionar o matar como vulgares criminales.

Sin duda, en condiciones geográficas, económicas y políticas favorables, se manifestaron aquí y allí, civilizaciones relativamente pacíficas, donde la creencia en la significación divina de la violencia no sólo fué debilitándose, sino que desapareció completamente — en las Indias, en China, por ejemplo. Pero también allí la violencia quedó al menos latente, aun pudiendo en cada momento volver a adquirir su estado agudo. Al abarcar de una ojeada la historia entera del planeta, se debe reconocer que la violencia horizontal, como la violencia vertical, han desempeñado hasta ahora un papel extremadamente importante. No hay una civilización que, al fin de cuentas, no sea cimentada por la violencia. Todo «derecho» — ha constatado Rudolf von Ihering — ha sido conquistado por la violencia y no ha podido ser defendido más que por ella; todavía en nuestros días el derecho es impuesto y mantenido por la fuerza.

(1) Véase sobre todo Ellwood, «Cultural evolution».

(2) Véase B. de Ligt, «Le détronement de la guerre», «Evolution», marzo de 1931, págs. 38-42.

(3) Véase Carl Schmidt, Begriff des Politischen. «Archiv für Sozialwissenschaft und Sozialpolitik, 1927», págs. 1-33. Véase mi libro «Contre la guerre nouvelle», págs. 193-194.

(4) Funck-Brentano, «La Renaissance», pág. 12.

(5) Grousset, «Le Réveil de l'Asie», pág. 111.

(6) Véase B. de Ligt, «La Paix Créatrice», I.



La primera de las servidumbres es la frontera. Quien dice frontera dice ligadura. Cortad el lazo, borrad la frontera, quitad al aduanero, quitad al soldado, en otros términos, sed libres, la paz sigue...

Una frontera implica una garita, una garita implica un soldado: «¡No se pasa!» — palabra de todos los privilegios, de todas las prohibiciones, de todas las censuras, de todas las tiranías. De esa frontera, de

esa garita, de ese soldado, sale toda una calamidad humana...

El arte de los déspotas, es desdoblar al pueblo en ejército. Una mitad oprime a la otra mitad...

Las guerras tienen toda suerte de pretextos, pero no tienen nunca más que una causa: el ejército. Quitad el ejército y quitaréis la guerra...

VÍCTOR HUGO

LA ESPECIALIZACIÓN EN LAS PUBLICACIONES DE TIPO SOCIAL

por RODELA



Se publican en España muchas revistas de tendencia libertaria. Dejan de publicarse unas inesperadamente y aparecen otras. Todas abarcan con inexplicable eclecticismo un repertorio infinito de sugerencias, logradas o no, pero sin límite.

Hallamos un estudio de economía junto a una vulgarización de estadística demográfica y unas interjecciones tremebundas junto a un artículo de paciente serenidad. Leemos un artículo de Max Nettlau de severa crítica contra el sindicalismo y a continuación una exaltación del sindicato. El problema sexual se mezcla con la televisión y la pedagogía con la crítica social a menudo anti-pedagógica.

Las ideas y la cultura, la moral y los hechos tienen hoy escenarios mucho más vastos que ayer y mucho más grandiosos. De la misma manera que el cine arrincona al teatro, la atmósfera libre arrincona al salón de actos y el paisaje a la conferencia. Pero a la vez que el cine arrincona — como escenario más amplio — al teatro, el cine se especializa. Dentro de la banalidad general, empieza a separarse el film documental del pasional, la película cultural de la estrictamente patética o dramática.

¿Por qué no hacer lo mismo con las revistas de tendencia libertaria? La congruencia está tantas veces ausente de nuestros medios como la limitación y la especialización. Si se eligieran de cada una de las revistas que se publican un par de buenos trabajos, habría una revista total única como tal vez no se ha visto nunca en ningún país. Si es imposible llegar a este resultado, ¿por qué cada grupo editor no se traza un deber concreto de especialización? Dentro de ésta cabe variedad y matiz. En cambio, no cabe variedad ni matiz en media docena de escritos que son repetición unos de otros o guardan entre sí una distancia estelar.

La revista para todo ha pasado al panteón del olvido. Es imposible obtener quince originales excelentes sobre quince temas que espontáneamente elijan quince colaboradores. En cambio, puede pensarse en obtener quince trabajos estimables cuando sus autores trabajan de una manera especial en elaborarlos. Si una revista dedica el espacio íntegro de un número a la cuestión agraria, un colaborador enterado podría hacer mapas y otros gráficos de producción; otro, estudiar los tipos productivos con la técnica más moderna; otro, trazar pequeños cuadros literarios de la vida rural; otro, plantear los problemas inmorales del monopolio de la tierra y la servidumbre campesina; otro, registrar la vida en una cooperativa rusa; otro, estudiar el famoso

problema de la repoblación forestal, que algunos creen preferible al hidráulico por considerar que los árboles son pararrayos del agua; otro, dar una impresión de las cooperativas territoriales norteamericanas, de la repoblación de Palestina, del intercambio sin moneda, de las soluciones que determina el apoyo mutuo, del punto de vista de Reclus sobre el porvenir de la agricultura, frutas selectas, caminos, miseria fisiológica de las muchedumbres del agro, etc.

Todo esto, con tanto espacio dedicado a gráficos como a tipografía, sería una prueba concluyente de capacidad. Pero escribir quince artículos repitiendo balandronadas contra la autoridad y la burguesía, es una regresión y un contrasentido.

Si llegar aún a la especialización estricta a que se alude ahora, convendría hacer más homogéneo el contenido de las revistas de ideas, no confundiendo con colecciones de improperios, ni con mosaicos de colaboración ocasional, ni con materia de tijera, ni con calcos de calcos. En general, el lector medio ha superado el tipo de revista para todo. Así como la tendencia racional especializa el Museo dando a éste una calidad de exponente decorativo o de arte popular o de cerámica, la revista necesita tener dentro de su unidad, congruencia y especialización.

La especialización es un término equívoco y conviene aclararlo. En las ciencias químicas, por ejemplo, puede un estudioso pasar toda su vida analizando los coloides o la química petrolífera y hasta dedicar medio siglo a la química del nitrógeno. Lo que no puede hacer humana y racionalmente hablando, es aislarse en su especialidad y romper la vida de relación con otros hombres. Lo que no puede hacer es convertir su ciencia en un secreto, como las religiones y la política sus misterios. Uno de los hombres más geniales de España en matemática superior es Julio Rey Pastor. Pues a Julio Rey Pastor se debe el libro más asequible de matemática elemental. El autor ha sabido aunar su especialidad con la necesidad general de aprender con eficacia. Si no hay tantos estudiosos es porque domina la pereza, no porque se carezca de textos apropiados.

Una revista social ha de ser congruente y varia, sin detrimento de la unidad de fondo. Si aspira a agrupar grupos numerosos de lectores en cantidad y calidad, ha de tener en cuenta que los lectores buscan el dato documental y no el improperio. El colaborador no es un comentarista que escribe lo que se le ocurre, sino un estudioso que con su labor de difusión ahorra trabajos inútiles a los lectores. Cuando todo está por hacer en serio, resulta una contradicción extremar la literatura declamatoria.

Cualquier tema de investigación social histó-

¡ANDA, ANDA!...

por
R. González Pacheco

Los burgueses han hecho realidad, dura y lla-gada, la leyenda de Ahasverus. Han echado sobre el mundo el destino de los pobres como un errante judío. Y ¡anda! le gritan hasta las piedras. ¡Anda!

Y hay que andar, pues todo es de ellos. La flor, el fruto, y la planta; la bestia, el ave y la tierra que los nutre. Y más abajo: las minas que dan carbón, metales y fuentes de agua. Y más arriba: la montaña, el sol, el viento...

De ti, vagabundo, es nada. Si aun lo dudas, haz la prueba de dormirte en el quicio de sus puertas, a la sombra de sus parques o en las gradas de sus templos, y verás. Verás como aparece el guardia, el jardinero o el fraile gritándote un solo grito: ¡anda!

Ni de ti tampoco es nada, trabajador de la ciudad o del campo. Nada más que tu deber de trabajar como bestia. ¿Qué he dicho?... ¡Peor que bestias! Estas, cuando se cansan, se empa-can. Y tú no puedes, no debes. Tus amos, han puesto clavos de punta en todos aquellos sitios en que podrías tenderte a descansar, empacado. Clavos son que te levantan en vilo, te echan fuera de la cama, te lanzan loco a la calle, el casero, el panadero, la ley... Clavos que se hacen puñales en la manita del hijo que pide pan, techo o ropa. Anda, pues; es mejor, ¡anda!

Ni de ti, poeta pobre, filósofo o inventor hijo del pueblo, menos que de nadie, es nada. No esperes labrar tu poema, construir tu libro ni hacer tus cálculos, si antes no pagas, no compras papel, pluma, luz y tiempo. Todo eso es de los burgueses. Anda, cántales a ellos, adúlales sus infamias, coopera en sus tropelias en contra de tus hermanos... ¡Anda!

Los hombres, digo... Los niños mismos que apenas pueden tenerse sobre los pies, en edad de retozar como cachorros de perros o de cantar como pájaros, son forasteros, extraños en esta tierra burguesa. Como ideas libertarias, como ideales de combate, no bien nacidos deben salir a la calle, al arroyo, a endurecerse, mancharse, pelear su puesto y su miga a empujones, a codazos y a mordiscos... ¡Anda, pillete o pilleta; pequenín o pequenusa: anda!

Y andarán todas sus vidas. Serán sirvientes u obreros, gañanes o prostitutas, lo que puedan;



pero andarán, andarán. Y cuando rotos, deshechos, rengos o ciegos, no sepan producir más, todavía serán mendigos. Y con la mano extendida, de casa en casa, pidiendo, seguirán andando, andando. Y en el quicio de las puertas y a la sombra de los parques y en las gradas de los templos, oirán que gritan contra ellos el mismo grito el soldado, el jardinero y el fraile: ¡anda!

Y hay que andar y andar, no más, puesto que todo en el mundo pertenece a los burgueses. ¡Todo! De ti, mio, de los pobres, no hay nada, sino la maldición de Ahasverus: ¡Anda, Anda!...

rica en España es lo suficientemente virgen para que lo violemos. Tenemos datos recopilados sobre los ministerios de una Regencia en cientos de libros, pero carecemos de documentación solvente sobre la lucha heroica de los cultivadores con la estepa para extender la zona de humedad. Sabemos lo que fué una guerra o no lo sabemos; pero lo que indudablemente desconocemos es el esfuerzo integral de los mejores españoles descono-

cidos para propagar la justicia. Cuando hay una represión como la de Anido, mil cronistas repiten las estadísticas y los denuestos, pero nadie averiguó más que un médico que el 75 por ciento de las defunciones en España se producen por hambre. Es decir, que si Anido hizo matar a un millar de obreros, el alcoholismo voluntario de éstos produce dos mil defunciones al año sólo en Barcelona y a lo largo de todos los años.

BARBUSSE

POR
FELIPE ALÁIZ



AN pasado los días suficientes después de morir Barbusse para que pueda ser éste discutido sin remover la ira de los incondicionales. La vida de Barbusse marca precisamente el paso de la juventud literaria al marxismo total de

mandos, al marxismo de burócratas y estadistas.

Es muy curioso este tránsito de la banal literatura al banal marxismo. En España, los teorizantes socialistas desconocen lo que es una instalación hidroeléctrica, un juego de poleas y un tractor. No son técnicos. La máquina es el motivo más patente del automatismo marxista, pero los dirigentes y orientadores socialistas son cateóricos, escritores, abogados, filósofos, poetas y diplomáticos. En Francia, la literatura acude cargada de libros a la fila marxista, pero no acude la técnica. Henri Barbusse representa un caso culminante en la plusvalía literaria del obrerismo con hoz y martillo, aliado hoy al obrerismo socialista.

¿No es un contrasentido que ningún gran definidor y teorizante de socialismo político sea conocedor de las máquinas? Por lo que se refiere a España, Araquistain y Alvarez del Vayo son escritores de oficio y diplomáticos de ocasión; Besteiro, Jiménez Asúa y De los Ríos, cateóricos, como Ovejero y muchos más. Es verdad que hay un grupo bastante denso de ex ferroviarios, ex tipógrafos y ex estuquistas del carácter de Pablo Iglesias; pero todos ellos pasaron a la filosofía clasista desde el olvidado oficio manual, no pasaron al maquinismo ni a la técnica calificada, que es la musa de las musas socialistas.

Lo mismo que en Francia y en la Italia anterior al fascismo. Fenómeno es este repetido en América latina como un reflejo. En el mundo latino, el socialismo político es literario y filosófico. Si se viera con las riendas gubernamentales en la mano, tendría que improvisarlo todo llamando a los técnicos burgueses, tal como ocurrió en Rusia, cuyo bolchevismo estaba integrado por ideólogos más que por ingenieros, por peones más que por delineantes.

Lo contrario se observa a menudo en el mundo germánico y en el sajón. Después de las represiones germánicas del siglo pasado, muchos trabajadores socialistas especializados como técnicos emigraron a América sajona, coincidiendo aquella emigración con la boga inicial del maquinismo, especialmente en Inglaterra, mientras los latinos vivían un neoclasicismo reformador procedente de las revoluciones políticas francesas y del paraíso artificial de Rousseau.

...

Barbusse es uno de tantos escritores captados



por el socialismo autoritario. En el campo socialista hay más perspectiva para un joven con ambiciones que en el campo de la democracia burguesa, muy acotado ya y con excedente de ases en declive. No hay en el mundo de nuestros días una agencia de anuncios tan formidable como la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas. El sensacionalismo de sus diplomáticos, que dan la nota maquiavélica aguda en Ginebra, en Extremo Oriente, en los Balcanes, en la América de tantas pequeñas Repúblicas y en otras zonas neurálgicas; el sensacionalismo del aparato militar soviético, el mito del *oro ruso* y otros mitos coincidentes, hacen del *Ojo de Moscú* un alarde constante y un estentóreo reclamo. Las agencias informativas burguesas en todo el mundo son resonadores oficiosos de la política moscovita, como las alianzas de Moscú con la burguesía occidental y sus ejércitos favorecen la propaganda más intensa del gubernamentalismo bolchevique. Éste tiene, además, el cine oficioso, las emisiones de radio y las publicaciones, circulantes ya en idiomas asequibles.

Para un escritor desdeñado en los países ultraburgueses como Francia, los Soviets son una sugestión extraordinaria. Ni Bernard Shaw pudo resistirla. Bien es verdad que tampoco pudo resistir la sugestión fascista. No resistió del todo Wells la atracción soviética, a pesar de tener él una formación científica independiente de los dogmas políticos. Barbusse acudió a Rusia como acudían los artistas a la Italia renacentista, los devotos a Santiago de Compostela, o los revolucionarios del 93 francés a presenciar las cuchilladas verticales de la guillotina del Terror. Cuando fué enterrado Robespierre con la cabeza cortada, se puso esta inscripción en la sepultura: «Transeunte, cualquiera que seas, no tengas pena de que yo esté guillotinado, porque si viviera te haría guillotinar». La sugestión que tiene para la demagogia política la figura de Robespierre, a

TIEMPOS
NUEVOS 173

pesar de estar enterrada, tenía y tiene Rusia para la clase media filosófica y literaria, no tan congelada en su mundo estrecho, porque las comunicaciones y el transporte universalizan lo que se escribe en Londres o en Bombay y lo universalizan con más rapidez de la que se empleaba en hacer circular un libro por una provincia hace ochenta años.

Barbusse nació en 1873 en Asnières, de padre francés meridional y madre inglesa. Se licenció en disciplinas filosóficas. Su padrino literario fue Cátulo Mendès. Todo hacía sospechar en la juventud de Barbusse el posterior viraje dogmático. Novelista y poeta, se asimiló el carácter romántico rezagado de principios de siglo, un romanticismo especial que, como el más matizado de Barrès en *L'ennemi des lois*, quiso calificarse de anarquista un poco prematuramente. El propio Barbusse juzgaba con desdén su novela *Les Suppliants*, publicada en 1903, atribuyendo a ella tendencia anarquista por el hecho de exaltar la personalidad con aquel frenesí del que carece de entrenamiento en el estudio de las ciencias naturales; y también por el hecho de anunciarse a la manera de un Werther con opción al suicidio sentimental, aunque con cierto empaque nietzscheano, muy de la época. Conviene recordar lo que dice Fabbri en su pequeña obra maestra *Influencias burguesas sobre el anarquismo*, tan actual hoy, para confirmar que Barbusse atribuía sin razón y precipitadamente a su obra una expresión anarquista. En 1903 ya había demostrado Reclus con sus macizas obras que anarquismo significa lo contrario de salto mortal. Aquel individualismo de gallo de harén que tanto privaba en los medios burgueses de Francia hacia el año 1903 con su bohemia desastrada y sus taras de absolutismo romanesco, conducían la mano de Barbusse a los treinta años, y no el anarquismo, con suficientes méritos éste ya en 1903 y mucho antes para no ser confundido con la egolatría absolutista y azarosa de los poetas de velatorio, incapaces de igualar a La Boétie. Por cierto que acaba de publicarse *La servidumbre voluntaria* de éste, en castellano, en la colección de ensayos sociales dirigida por Antonio Zozaya. Incapaces son también escritores como Barbusse de igualar a Rabelais ni a W. Morris, como tampoco a Oscar Wilde en la concepción de la libertad y del socialismo; pero son muy capaces de confundir su propia sed de libertad con la libertad que se otorga el dictador. Es aquella apetencia de libertad una sed vacante, una aspiración al automatismo desesperado, el mismo que dió a Briand, a Viviani y a Millerand un tinte socialista demagógico sin contenido y después una acometividad repulsiva y violenta para reprimir toda protesta obrera desde los ministerios.

¿A qué se debe fundamentalmente el hecho de que pudiera Barbusse creerse anarquista cuando era precisamente lo contrario, un desordenado mental? Porque el supuesto anarquismo individualista de Barbusse duró hasta casi el comienzo

de la guerra de 1914-18. En 1908 publicó *L'Enfer*, que contiene mayor presunción de individualismo que las obras anteriores. Presunción nada más, porque no hay individualismo en ningún propósito no cumplido. Y es preciso repetirlo. El individualismo está poniéndose tan barato que se gradúa por un concepto escrito, en vez de graduarse por hechos realizados. Así es como se escamotea la realidad estableciéndose desorden mental y algarabía, en vez de establecerse experimentos patentes que nadie podría menospreciar. Es perfectamente desdeñable el propósito de ser individualista cuando no se tiene un repertorio de hechos comprobables, sin los cuales todo es frivolidad. Las ciencias de la Naturaleza dan la pauta. En ellas no se admite el individualismo teórico, sino el trabajo directo del individuo.

Barbusse llegó a la guerra creyendo en el arbitraje diplomático, en el internacionalismo democrático y en la libertad prometida en el papel. Como tantos supuestos individualistas, no era sino un delirante mental y empuñó las armas haciendo toda la guerra. Últimamente la hizo fusil en mano, matando a todos los alemanes que pudo. Mientras el falso individualista se agrupaba con las hordas francesas que iban a la guerra, los verdaderos anarquistas individualistas se convertían, con más peligro que siendo soldados y por conciencia individualista, en desertores. Quedaba desmentido el individualismo de Barbusse. Como soldado con las armas en la mano, sentaba un precedente antipacifista de hecho. Ningún soldado de los que uniformó el Estado para ir a matar puede convencernos de su pacifismo, porque si dejó de disparar es porque se lo mandaron. Estuvo cuatro años asesinando a quien pudo, y no es más que un asesino jubilado por el Estado. Si la lucha del individuo contra la autoridad califica de individualista al que la sostiene, ¿cómo podía llamarse individualista el que como Barbusse se vestía de uniforme? ¿Hay nada más antiindividualista que el uniforme?

Todos los autores de aquellas novelas mal llamadas pacifistas, que tan estúpido ruido hicieron, fueron a la guerra y abominaron de ésta después de matar, como el jugador abomina del juego cuando pierde y el beodo del alcohol cuando materialmente no puede ingerir ni una gota más. *Le Feu* es la novela de la guerra alucinante, una reacción del autor contra la obediencia cuando ya nadie le manda obedecer, y la guerra termina, no habiendo ningún peligro en difundir pacifismo teórico, por cuanto los ministerios en tiempo de paz se convierten en pacifistas teóricos cuando cesa el estampido del cañón.

Firmada la paz, cuando los gobernantes franceses hubieran perseguido y encarcelado a quien predicara la continuación de la guerra, Barbusse empezó a exaltar la paz. Hasta entonces Barbusse había visto su vida dividida en dos épocas: época relativamente solitaria la primera, cuando hasta 1914 escribía en el entonces neutro *Echo de Paris* y en el siempre situacionista *Matin*,

además de trabajar en menesteres editoriales de novela y periodismo, viéndose presentado al gran público literario por Cátulo Mendès como Panait Istrati por Romain Rolland. La segunda época es la época de las charreteras militares. Hasta 1918, Barbusse no parecía conocer la existencia de las clases. De repente empezó a evolucionar hacia las clases con la misma intemperancia que había puesto en su individualismo marfileño y en su calidad de soldado citado como valiente patriota en documentos públicos.

Nos encontramos ante otra reacción intemperante de Barbusse. Fiel éste a la consigna inmediatamente posterior a la terminación de la guerra, consigna que según Proust, dictador de modas literarias del 18 en adelante, consistía en ir à la *recherche du temps perdu*, en busca del tiempo perdido, al atisbar el tejemaneje de clases y la política de clases, quiso ganar Barbusse *de golpe* el tiempo que las había ignorado. Contaba ya cerca de medio siglo. Era tarde para improvisar un repertorio dialéctico de marxismo y se entregó a la diatriba de origen moscovita. Era tarde para estudiar los graves problemas de la hora y se adhirió a las soluciones socialistas de fila, elaboradas al minuto. Alguna vez estuvo a punto de reñir con sus admirados moscovitas, pero acabó siempre por someterse al nuevo orientalismo del Kremlin hasta el extremo de que su último libro se titula *Stalin* y es una serie de loas tan exaltadas en favor del dictador que se recuerda al leerlas la mística de la Edad media, los vítores delirantes de los mamelucos que acompañaban a Napoleón y el frenesí de los sindicalistas españoles de 1922 oyendo las pedantescas soflamas de Angel Pestaña. Hoy se advierte en España un liderismo tan político como el de Pestaña, liderismo que acabará por confundirse con el marxismo, ya que en el fondo no es otra cosa, ni en la forma tampoco, y sufre el tormento del encumbramiento de los rivales, encumbramiento insostenible para el líder poco inteligente.

Los últimos años de Barbusse con *Clarté* y *Monde* — esta última revista desapareció con Barbusse — son francamente lamentables. El escritor se arrodillaba constantemente y sus palabras tienen el tono insufrible de quien se pasa la vida arrodillado, dando lustre al calzado o a la política. La preocupación postrera de Barbusse fué Abisinia, país donde se practica la trata de carne humana, como en Italia. Si todos los tratantes de carne humana se exterminan entre sí, ¿qué es lo que pierde el mundo sino toneladas de carnaza? La guerra de Abisinia es un azote mucho más fuerte para el fascismo que Barbusse y sus cien mil arengas de pacifismo teórico.

Resulta incomprensible que Barbusse tuviera interés por los abisinios que, voluntariamente o por obedecer, se dedican a matar enemigos, y no lo tuviera por los soldados de la alianza militar actual francosoviética, alineados para lanzarse a la guerra cuando ordenen los gobernantes respectivos, como se lanza, con extrema prudencia y ventaja, cualquier matón de Mussolini. Resulta

mucho más incomprensible y hasta grotesco que un antifascista como Henri Barbusse tuviera más interés por la vida de los fascistas italianos que éstos mismos.

Agrupó Barbusse a los veteranos de la guerra y estos mismos veteranos de la guerra se constituyeron en Internacionalpacifista en dos Congresos: el de Ginebra de 1920 y el de Viena del año siguiente. Es como si se agruparan las extroteras de todo el mundo contra la trotería. De estas contradicciones se nutre el fascismo oficial. Y así es como aparece el fascismo, que no celebró ningún Congreso espectacular para ocupar el Poder, sino que se valió del charlatanismo demagógico de *lengua sin manos*.

Barbusse fundó un centenar de comités: contra el terror balcánico, contra el terror polaco, contra el imperialismo, contra la dominación británica en la India, etc. Pero no fundó ninguno contra el terror bolchevique, que tanto se cebó en los anarquistas martirizándolos con saña masonista.

Sus escapatorias a la literatura han sido cada vez más tenuous y cada vez más de consigna. Creía que el bolchevismo representaba nada menos que el orden nuevo.

Desde el individualismo falso pasó a la neurosis de las multitudes, masas de mitin que no son las masas inquietas, sino las aposentadas y candentes con fuego ajeno, creyentes en la manumisión delegada y en los milagros del despotismo. En *Elévation* (1930) parece abarcar todo el mundo con esa catalepsia de las síntesis socialistas que parecen venidas al mundo para quitar el hijo y lo que hacen es atarlo con cadenas fascistas. En 1927 fundó la Oficina Internacional de Escritores Revolucionarios. Su fuerte era fundar comités y despachos. La fundación de *Monde* data de 1828. También figuró como animador y fundador del llamado *movimiento de Amsterdam* por la paz desenmascarado por Hem Day, anarquista verdaderamente pacifista que fué arrojado de una sesión por decir que aquel movimiento no era más que una torpe maniobra bolchevique.

En España ha tenido Barbusse algunos admiradores y hasta imitadores como Sender, soldado y pacifista, literato propiamente dicho contra la guerra y guerrero arma al brazo, pacifista práctico en tiempo de paz y soldado efectivo en tiempo de guerra.

Barbusse no puede inspirar más que un sentimiento de indiferencia hacia él y hacia la espectacularidad política de sus funerales. Murió en Rusia y el bolchevismo lo utilizó vivo y muerto como hombre-sandwich para anunciar la política soviética. Quiso hacer lo mismo con Istrati y no pudo más que por corto tiempo. Barbusse tiene un estilo tan acaramelado para los gobernantes rusos, que las apelaciones inconformistas contra el imperialismo no soviético sólo son en sus escritos el ácido puesto expresamente para neutralizar el almíbar.

El anar- quismo y el sindi- calismo en Suecia

◆
por
A. SOUCHY

II



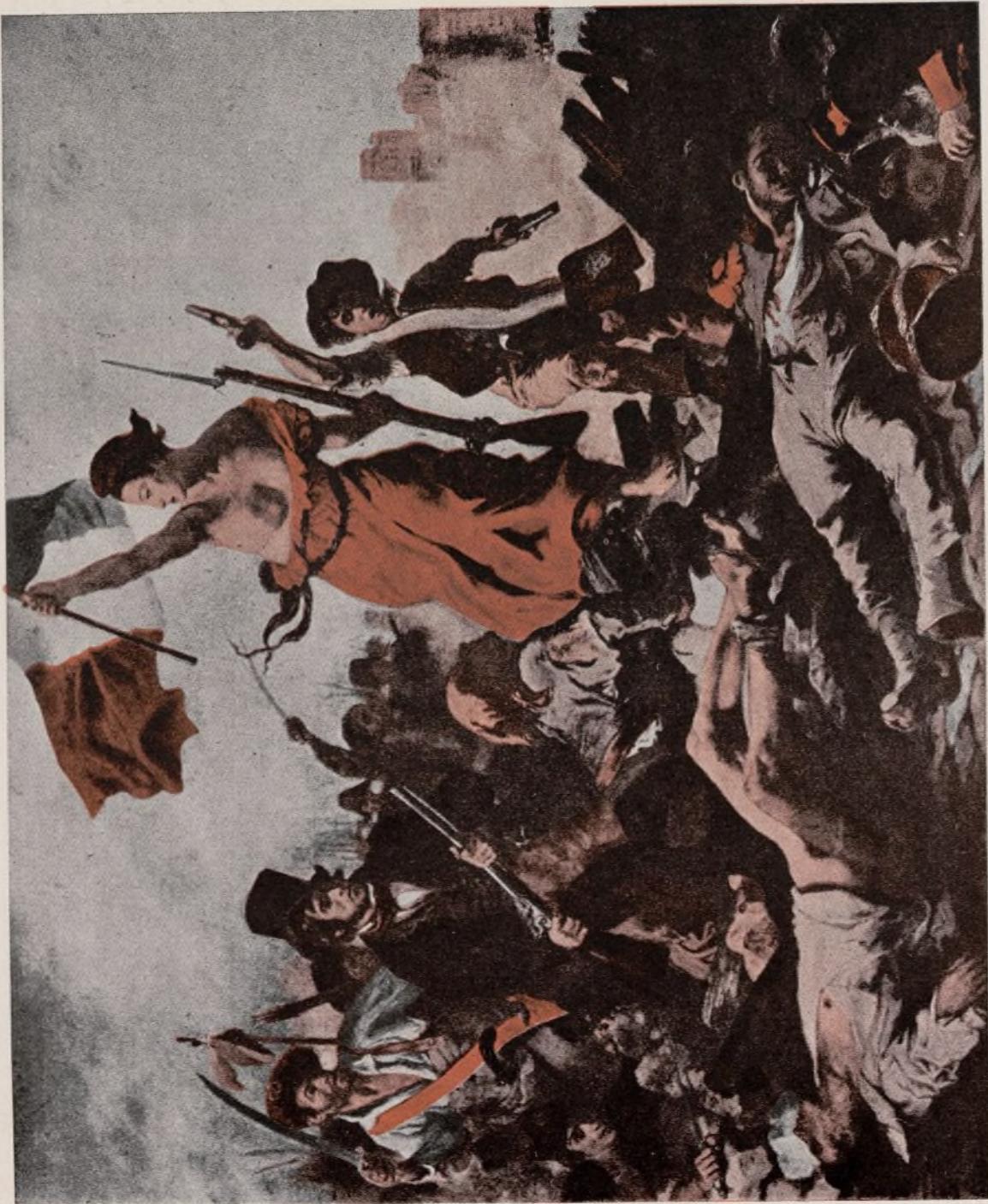
Desde 1910 a 1935 Veinticinco años de lucha tienen tras sí los sindicalistas suecos. Luchas pequeñas y grandes, duras y tenaces. El congreso constituyente trazó lineamientos generales que aceptó el movimiento sin presión externa y obedeciendo a una voluntad interior. Revolucionario en su carácter, se mantuvo el sindicalismo hostil al parlamentarismo y al reformismo. Todos los medios de lucha de la acción directa fueron empleados. Rechazando la subordinación de los miembros a poderes centrales, aceptaron los sindicalistas de Suecia, sin embargo, la concentración de sus fuerzas, siguiendo las huellas de Proudhon, no las de Marx. Propagaron la huelga social general, que no había de ejecutarse con los brazos cruzados, sino estar inspirada por un hábito revolucionario. Su actitud ante los contratos colectivos de tarifas fué al comienzo rigurosamente contraria, pero más tarde reconocieron acuerdos a corto plazo con los patronos. Rechazando el principio de las asociaciones puramente de oficio, estructuraron sus organizaciones sobre organismos locales unitarios, reuniendo en

una organización local los trabajadores de todos los oficios.

El gobierno vió un peligro en el movimiento sindicalistas. Propuso a toda prisa al Parlamento un proyecto de ley según el cual el boicot, ciertas huelgas y sabotajes en determinadas circunstancias podían ser castigados como delitos comunes. El proyecto de ley era dirigido en primera línea contra los sindicalistas, pero también contra todos los obreros de ideas avanzadas. La socialdemocracia, lejos entonces de la conquista del poder, combatió ese proyecto de ley. También el partido liberal estaba en contra. La ley antisindicalista fué rechazada, pero se crearon disposiciones legales sobre huelgas y luchas obreras.

Dos años después de su fundación hicieron ir los sindicalistas suecos a Tom Mann a Suecia. Mann, entonces exponente de la ideología sindicalista, habló en quince mítines en las ciudades mayores del país sobre el sindicalismo. El movimiento se desarrolló en los años siguientes, lenta pero seguramente.

Cuatro años después, estalló la guerra mun-



GALERÍA DE OBRAS FAMOSAS
La libertad guiando al pueblo, por Delacroix (1830)

dial. Se conocen las simpatías del jefe socialdemócrata Hjalmar Branting por los aliados. La burguesía sueca, en cambio, coqueteaba con Alemania. Los sindicalistas se manifestaron contra la guerra en una declaración al proletariado del país. Exhortaron a realizar manifestaciones de protesta y desfiles callejeros contra la guerra. «Si la Internacional obrera socialdemócrata perdió su socialismo y la solidaridad internacional, los trabajadores revolucionarios queremos quedar fieles a la fraternización internacional del proletariado.» Con esas consignas se agitaron los sindicalistas, secundados por los anarquistas. Muchos obreros socialdemócratas siguieron sus rastros. Se tomaron medidas de organización incluso para la lucha contra la guerra. La prensa anarquista y sindicalista fué confiscada, el movimiento perseguido. Sin embargo no consiguieron los fanáticos de la guerra llevar al pueblo a la carnicería. Los sindicalistas y anarquistas han contribuído a fortalecer el amor a la paz en el pueblo sueco.

Los socialdemócratas y reformistas suecos no estuvieron durante la guerra a la altura de su deber. Las reivindicaciones sindicalistas y anarquistas encontraron eco. El movimiento y la organización crecieron. Al estallar la guerra mundial tenían cien organizaciones locales con unos 4.000 miembros; al finalizar la gran masacre tenían 300 organizaciones con 20.330 miembros.

Un visible progreso, aun cuando no arrollador. La firmeza interna y la fuerza exterior de resistencia dieron al movimiento su sello. El idealismo, la energía y el celo revolucionario no podían ponerse en duda en el movimiento sindicalista. Los obreros camineros y las cuadrillas de las construcciones ferroviarias, así como los obreros forestales, se adhirieron en masa a los sindicalistas. Esas categorías obreras, al terminar su trabajo, habían de emigrar de un lado a otro, llegando incluso hasta Laponia. Construían líneas férreas y carreteras y fueron así denominados los pioneros de la civilización. Vivían en condiciones extraordinariamente duras. No habían conseguido nada por el reformismo y les enseñaron los métodos de la acción directa. Ésta respondía al espíritu de esos obreros nómadas, que nada tenían que perder y que, en cambio, podían ganarlo todo. Por el empleo de la acción directa, consiguieron en breve tiempo lo que no habían podido conseguir en muchos esfuerzos anteriores. El sindicalismo se había conquistado la confianza de los trabajadores.

Ese progreso ininterrumpido intranquilizó a los sindicatos reformistas. Comenzaron a combatir a los sindicalistas. Huelgas y boicots de los sindicalistas fueron saboteados. Los jefes reformistas exhortaron a sus miembros a considerar como no existente la lucha de clases de los sindicalistas. Eran privados de socorro en caso de contravención a esas exhortaciones. Los sindicalistas se encontraron en una situación difícil: la guerra de dos frentes: 1, contra el capitalismo y

el Estado; 2, contra los propios compañeros de clase, había estallado en toda su crudeza.

Los que peor estaban eran los obreros de los bosques del Norte de Suecia. En 1923 los sindicalistas se vieron forzados a tomar posición contra la lucha entre hermanos movida por los reformistas. Doce mil obreros sindicalistas de los bosques resolvieron en una conferencia en Gävle desconocer también las huelgas y boicots de los reformistas. Donde estaban en minoría debían dejar la iniciativa a los reformistas. Dispuestos siempre a socorrer todas las luchas de los obreros por el mejoramiento de su situación material y social, exigieron los sindicalistas que no interviniesen los comités centrales reformistas en las luchas por ellos iniciadas.

Lo que habían comenzado los reformistas entre los obreros de los bosques, lo continuaron entre los metalúrgicos y entre los obreros de la construcción. Las luchas iniciadas por los sindicalistas por mejores condiciones de trabajo y mayores salarios fueron sistemáticamente saboteadas. Los obreros organizados con los sindicalistas fueron expulsados de sus lugares de trabajo.

Los reformistas recibieron ayuda del gobierno, de las autoridades policiales y estatales. Llovieron acusaciones y condenas contra los sindicalistas. Éstos se defendieron contra todas las resistencias y ataques, su espíritu combativo creció en la lucha. Los obreros al fin comenzaron a disgustarse por las consignas de sus jefes reformistas contra las huelgas de los sindicalistas. Tras quince años de contienda, habían conseguido que en muchos lugares y en frecuentes ocasiones también los obreros reformistas reconocieran, a pesar de sus jefes, las luchas entabladas por los sindicalistas.

Los sindicalistas de- rriban gobiernos Stripa es una pequeña localidad en el distrito minero del centro de Suecia. En marzo de 1925, declararon allí los obreros sindicalistas una huelga para conseguir un aumento de jornales. Los patronos solicitaron y recibieron de la Comisión pro desocupados, una institución estatal mixta, en la que se encuentran también representantes de los sindicatos reformistas, obreros de emergencia, es decir, obreros que recibían socorro de paro y que, en cambio, tenían que realizar las tareas de los huelguistas. La lucha pareció perdida para los sindicalistas. Pero no se entregaron. Consiguieron poner de su lado a casi la totalidad del proletariado del país. Era un casi singular que podía implicar graves consecuencias. El gobierno socialdemócrata Sandler no se atrevió a aprobar la decisión de la Comisión reaccionaria pro desocupados. El Parlamento burgués se puso de parte de la Comisión. El gobierno socialdemócrata quedó en el Parlamento en minoría, no tuvo más remedio que dimitir.

Los socialdemócratas y los reformistas pusieron alto a la lucha, pero no los sindicalistas. Consiguieron ganarse para su causa a los rompehuelgas. Estos rehusaron el trabajo, paralizándose las

tareas. El capitalismo, a pesar de la ayuda del nuevo gobierno burgués y a pesar de la Comisión pro desocupados, se vió forzado a negociar con los sindicalistas. Las demandas de los trabajadores fueron satisfechas, los salarios fueron elevados. La lucha de los sindicalistas continuó por sobre el gobierno socialdemócrata.

Las luchas por la liberación de los presos políticos tuvieron siempre entre los sindicalistas y los anarquistas suecos un puesto de primera fila. Tras una intensa propaganda consiguieron la liberación de los autores del atentado al Amalthea, después de casi diez años de presidio. En 1927 estuvieron los sindicalistas y anarquistas de Suecia en primera línea en la campaña pro Sacco y Vanzetti. Los sindicalistas declararon una huelga general el 9 y el 22 de agosto de 1927, arrastrando a ella a los obreros organizados en los sindicatos reformistas.

Cuestión de existencia para el sindicalismo sueco

La crisis económica se hizo sentir tempranamente ya en Suecia. Desde 1926 a 1929 fué particularmente grave. Los sindicalistas tuvieron que sufrir más que nadie en la desocupación. Los patronos procuraban despedir a los obreros de las organizaciones revolucionarias, siendo eficazmente ayudados por las organizaciones reformistas. Los sindicalistas, a causa de esa violenta situación, perdieron una parte de sus miembros. Los sindicatos socialdemócratas se prepararon para dar un gran ataque contra los sindicalistas. Franz Severin, redactor del diario *Arbetaren*, Edward Mattson, secretario general de la organización, Nils Falk, presidente de la S. A. C., así como algunos redactores y propagandistas del sindicalismo sueco, se declararon dispuestos a la unificación con los sindicatos reformistas. Se llegó a negociaciones de fusión. Por parte de los sindicalistas participaron, aparte de los nombrados, también los compañeros Albert Jensen y Alfred Anderson. Mientras que la mayoría de la comisión de negociaciones reconoció las condiciones reformistas, Jensen y Alfred Anderson se mantuvieron firmes en sus principios sindicalistas.

La mayoría de los miembros de la comisión sindicalista se declaró de acuerdo con la desaparición de la propia organización. Jensen y Anderson no vieron en las proposiciones de fusión garantía suficiente para que pudiera persistir el espíritu revolucionario y sindicalista libertario en las asociaciones reformistas. Defendieron la persistencia de la organización sindicalista. El congreso sindicalista que tuvo lugar después aprobó el punto de vista de Jensen y Anderson y resolvió por unanimidad el rechazo de la fusión. En el manifiesto que dirigió en esa ocasión el congreso a los trabajadores de Suecia, se reafirma la declaración de principios sindicalista aprobada en 1922. Entonces rechazaron los sindicalistas suecos la adhesión a la Internacional Sindical Roja de Moscú, se orientaron francamente en sentido anarcosindicalista y se adhirieron a la

Asociación Internacional de los Trabajadores.

«La organización nacional reformista, se lee en el aludido manifiesto, continúa en estrecha unión con el partido socialdemócrata, reconoce el parlamentarismo y el centralismo, ignora el federalismo y la responsabilidad de los miembros. Según su esencia, adaptada al orden social capitalista, no aspira ni teórica ni prácticamente al orden social socialista.

La S. A. C., en cambio, aspira a un socialismo creado por los trabajadores y sus organizaciones económicas mismas. Sin acciones enérgicas y sin la firme voluntad de llegar a ese objetivo, el socialismo no podrá ser realizado nunca. Considerando como tarea primordial del movimiento obrero la aspiración a un orden social perfectamente organizado con mayores posibilidades de dicha para todos, aspiración que no está en modo alguno en contradicción con las reivindicaciones del bienestar material de los explotados en el presente, ve la S. A. C. en la penetración de las organizaciones de lucha de clases con ideas socialistas y sindicalistas su misión principal. Para ese fin ha nacido la S. A. C., y la actitud de los sindicatos reformistas demuestra la necesidad de continuar difundiendo las ideas sindicalistas, que son aún rechazadas y combatidas por los sindicatos socialdemócratas.

Los sindicatos reformistas quieren, en el mejor de los casos, secundar al partido socialdemócrata para que conquiste el poder político. Los sindicatos sindicalistas, en cambio, quieren conquistar los medios de producción y administrarlos por sí mismos sin intervención del Estado.

La actividad de un partido político está dentro del cuadro del orden social capitalista. Los sindicalistas quieren organizar la producción social sobre base industrial al margen de las formas políticas de dominación existentes y en oposición a ellas.»

Finalmente, se señala también que la S. A. C. se ha adherido a la A. I. T. y que los sindicalistas suecos no se quieren separar de los combatientes y de los organismos afines de otros países, donde los sindicalistas llevan una lucha a muerte, mientras, simultáneamente, los representantes de la Internacional amsterdiana se sientan en el Bureau Internacional del Trabajo de Ginebra con los verdugos fascistas del movimiento obrero socialista y con los representantes de los gobiernos y de los patronos capitalistas.

Después de ese congreso, que resolvió con gran entusiasmo proseguir las tareas de organización y de propaganda sindicalista, avanzó el movimiento con gran éxito. Al frente del diario fundado en 1922, *Arbetaren*, se puso el compañero Albert Jensen, la cabeza más clara del movimiento sindicalista y anarquista del país. El periódico, fundado en 1926, *Norlandsfolket*, que aparecía tres veces por semana, pudo salir también diariamente en lo sucesivo. Dos cotidianos y una revista teórica, *Syndikalismen*, estuvieron al servicio del movimiento. El período de crisis fué superado.

Profesor
Heinrich
Schmidt



LA FECUNDIDAD HUMANA



El hombre es un mamífero. Estructura y funciones de su cuerpo son las mismas de los otros mamíferos. Fecundación del óvulo, desarrollo del embrión, nacimiento y cuidado de la cría tienen lugar del mismo modo, sólo que, en muchos casos, la crianza de los recién nacidos deja mucho más que desear, es más irracional que en los animales. Lo mismo se puede aplicar a la educación de los nuevos seres. Se procede muy a menudo, entre los hombres, por vías que nada tienen que ver con una capacitación para la vida, que incluso se apartan mucho de ella. Esto se aplica en mayor medida que a los pueblos primitivos a los llamados pueblos civilizados. Tan sólo con el conocimiento creciente de la naturaleza y con el dominio de la naturaleza trata el hombre civilizado de hacer más natural la crianza y la educación de su descendencia, interviniendo incluso en el proceso natural de desarrollo de la vida, tratando de regular la fecundación de las células germinales, el desenvolvimiento del embrión, la fecundidad y la reproducción mismas.

Los ovarios de la mujer contienen alrededor de 70,000 óvulos. Cada cuatro semanas madura uno de ellos, es decir unos 13 al año; durante toda la edad genésica — unos 30 años — alrededor de 400. Pero de esa cantidad, supuesta la fecundación, a lo sumo sólo la décima o la décimo-segunda parte llega al desarrollo, porque el período de gestación del ser humano dura nueve meses y, por lo general, sólo nace un niño. Pero, como es sabido, ocurren también nacimien-

tos múltiples, de a dos, de a tres, de a cuatro, hasta de a cinco y seis gemelos. Desde 1825 a 1889, de 1.971,759 partos en Berlín hubo:

21,909	partos de dos	gemelos	=	11,111	%
223	»	» tres	=	0,113	%
3	»	» cuatro	=	0,001	%

Los gemelos surgen de dos óvulos fecundados o de un óvulo que se divide en dos; en el último caso los gemelos son siempre de un mismo sexo (¡pero en el primero no siempre de sexo distinto!). Se encuentran gemelos en todas las razas de la tierra, pero desigualmente. Los negros parecen inclinarse más que los europeos a los partos múltiples (*E. Fischer*). En Alemania se produce, por término medio, un parto de gemelos por cada 60-70 partos, en Francia llega a 70-80, en Inglaterra a 72. Partos de tres gemelos en Francia hay uno por cada 8,750, en Irlanda por cada 4,995, en Rusia por cada 4,045, en Wurtemberg por cada 5,464 nacimientos. *Wap-paeus* encontró, sobre 10 millones de nacimientos, 9.768,334 partos de una sola cría, 227,597 de dos, 3,948 de tres, 118 de cuatro y 3,5 de cinco. Se conocen unos 30 casos de partos de cinco seres. En el Talmud se habla del hecho que mujeres israelitas en Egipto han dado a luz hasta seis hijos con vida. Pero sólo se conoce un caso seguro de seis gemelos en una negra de la Costa de Oro africana; uno de ellos nació muerto, cinco vivieron, pero murieron poco después «por falta de cuidados». Según la declaración de la madre, en el segundo parto tuvo también dos hijos, en el tercero cuatro, en el cuarto tres. Sobre un caso del siglo XV informa la crónica württemberguesa de *Schwelin*.

Una tumba de Hameln, cuya fotografía ha sido presentada por el doctor *Bartels*, en la sesión de la Sociedad antropológica berlinesa el 20 de octubre de 1894, habla de un parto de siete gemelos.

Sobre otro caso parecido habla el periódico romano *Opinione* del 19 de marzo de 1899; según esa fuente, un par de días antes la mujer de un



Séxtuple parto de una mujer de la Costa de Oro (Africa).
Según una fotografía.

sastre de Madrid habría dado a luz siete hijos en un día. Los fetos estaban completamente formados, pero nacieron muertos. La madre, una mujer robusta, se ha encontrado muy bien después del parto.

Pico della Mirandola, el sabio humanista y amigo de Lorenzo de Medici en Florencia (1463-1494) cuenta que una italiana, en dos partos, ha dado a luz 20 hijos, una vez nueve, otra vez once. Se puede dudar de esa información, pero hay un cierto hecho que habla en favor de la hipótesis que la hembra humana puede haber dado a luz en ciertos estadios del desarrollo a una docena y más de hijos en un solo parto.



La Diana de Éfeso, diosa de la fecundidad. Obsérvese que ha sido provista de dieciocho pechos, tantos como pueden corresponder a los seres humanos dotados de vestigios de glándulas ya desaparecidas.

Recordemos que la cifra de las crías de los mamíferos en general coincide con la cifra de las tetas o pezones. La mujer tiene dos tetas, 1-2 hijos son, pues, la regla. Pero sabemos que en el embrión humano se encuentran hasta 9 pares de tetas, o sea que ha debido tener otras tantas salidas para las glándulas mamarias, un recuerdo de las formas que existirían en el animal humano adulto en tiempos lejanos, en los precursores. Esos nueve pares de pezones en el curso del des-

arrollo del embrión se circunscriben a un par, pero no siempre. Se conocen diversos casos en los que, aun en los adultos, se han formado más de un par de glándulas mamarias, que en parte funcionaron, es decir dieron leche. A tales experiencias probablemente se debe la representación de la Diana de Éfeso, provista, como diosa de la fecundidad, con muchos pechos. El retroceso de la fecundidad en los seres humanos es un proceso histórico y las numerosas glándulas mamarias, los nacimientos de siete, de seis, de cuatro, de tres y de dos criaturas en un mismo parto son testimonios de las etapas diversas de ese retroceso. Muy significativa es la constatación que las mujeres polimáticas (de mucho pecho) parecen tener una cierta inclinación para la abundancia de hijos en general y en especial para los partos duples y triples (J. Hug).

También la fecundidad conyugal, la cifra de la descendencia que resulta de un matrimonio o que una mujer en conjunto da a luz, está, como se sabe, en franco retroceso. El «retroceso de la natalidad» es un tema que se ha discutido muy a menudo en el curso de los dos decenios últimos. Seguramente se debe, no sólo a causas sociales y psicológicas, sino también a motivos biológicos; si los discutiéramos aquí tendríamos que ir demasiado lejos; me conformo con remitir a la clara exposición que ha dado Müller-Lyer en su *Soziologie des Bevölkerungswesens* (1918). El antropólogo de Freiburg, Eugen Fischer, opina que la fecundidad natural del ser humano corresponde a 8-9 hijos por cada mujer. Sabemos que esa cifra es raramente alcanzada ya, y que en los países civilizados se ha reducido incluso a 3, a 2, a 1 hijo. Pero también en los «pueblos primitivos» (que propiamente no son ya tales pueblos «primitivos») la cosa varía substancialmente poco, aun cuando la posibilidad de una mayor fecundidad parece aquí mayor que en los pueblos civilizados (que propiamente no son tales pueblos «civilizados»). No obstante, se encuentran también aquí casos de elevada fecundidad conyugal. En Berlín, en 1902, en 2,847 casos se trataba del 7.º al 10.º hijo de una madre; en 637 casos del hijo décimonono al décimoquinto; en 53 casos del hijo 16-19, en 6 casos del hijo 20-23 de una madre. Muy fecundos parecen los matrimonios en el interior de Cuba; algunos, según Ramón de la Sagra, cuentan 12, otros 20-25 y hasta 26 hijos. Una mujer en Antioquía (Columbia) tuvo 34 hijos vivos, de ellos varios gemelos; una mujer de Massya, Nicaragua, dió a luz 27.

En la mencionada crónica württemberguesa de Schwelin se cuenta lo siguiente: «En el año 1503 había en Bönningheim, Württemberg, un matrimonio, el marido llamado Adam Stratzmann, la mujer Bárbara Schumtzerin. Engendraron 53 hijos, del siguiente modo: 18 partos de un hijo, 5 de dos, 4 de tres, uno de seis hijos; de estos últimos nacieron tres en 5 meses, poco después otro, 11 semanas más tarde otro y otras 10 semanas después el sexto. Últimamente la

mujer estaba nuevamente encinta y dió a luz el séptimo hijo. De esa descendencia 38 eran varones y 15 hembras, todos completos, llegando 34 al bautismo, pero 19 no llegaron a él. De los 53 hijos ninguno alcanzó más del noveno año de vida...»

La fecundidad conyugal o fecundidad total de la mujer depende, aparte de otros factores, también de la iniciación de sus períodos y de la duración de la madurez sexual. En los países cálidos la madurez sexual se produce, en general, antes que en los fríos, pero termina también primero. En la Guayana vió *Schomburgh* a menudo madres que apenas podían tener 10 ó 12 años y ya tenían hijos de uno y dos años. De 66 indias de Estados Unidos dió *Robertson* el cuadro siguiente. Dieron a luz por primera vez:

A los 10 años	1
» » 11	5
» » 12	11
» » 13	11
» » 14	18
» » 15	12
» » 16	7
» » 18	1

Las javanesas se casan a los 10-12 años y pierden, según *Kögel*, la capacidad reproductora ya 15-20 años antes que las mujeres alemanas, pues de 35-40 años son raras las mujeres javanesas que son todavía madres. Lo mismo ocurre con las mujeres de los banjaneses en Borneo; se casan ya a los ocho o nueve años, pero a los 20 cesan de tener hijos, y el que una mujer quedase encinta a los 30 años sería algo inaudito.

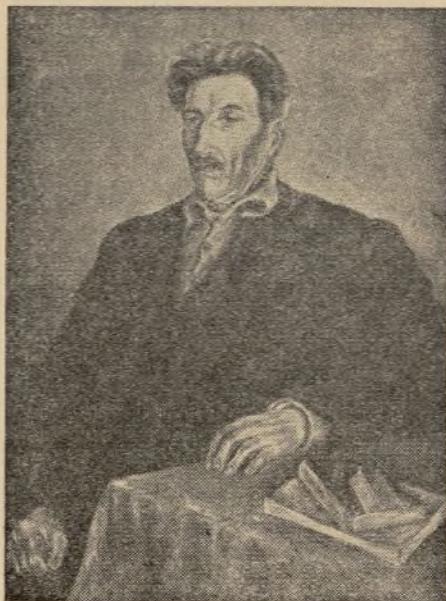
Polack informa que en Teheran las muchachas son madres ya a los 13 ó 14 años, en Schiras incluso a los doce años. De las turcas dice *Oppenheim*: «Ya a los diez años tienen la menstruación, se casan a los doce, son madres muy pronto; son muy fecundas, pero pierden a los veinte años su reglas, se agotan y envejecen muy tempranamente.» Lo mismo ocurre en Siria, en el Africa del Norte, en Abisinia. Las muchachas de los bushmanos se casan muy corrientemente a los siete años y son madres a los doce, y también a los diez (*Burchel*). En Berlín, en 1889-1890 han dado a luz 37 muchachas de menos de quince años. Para la población civilizada de Europa se supone que la matriz y los ovarios no han terminado su desarrollo por término medio hasta los diecinueve años y que tan sólo desde entonces se puede esperar una vigorosa descendencia.

Las cifras del aniquilamiento no son proporcionalmente menores que en los demás mamíferos. Enfermedad, hambre, frío, animales dañinos, accidentes, guerras, catástrofes naturales ponen aquí límites al aumento de población, límites que se distienden muy poco a pesar de las altas cifras de la natalidad. Enorme es aquí, en especial, la mortalidad infantil, que en los pueblos civilizados decrece con la altura creciente del standard de vida. En los pueblos civilizados, por la organización social, por la previsión y la técnica (ciencia y arte) es restringido en parte el efecto de aquellos factores contrarios al aumento de la población, y en parte, sin embargo, son acrecentados (accidentes, guerras). La anticoncepción y el aborto se producen en los pueblos primitivos lo mismo que en los civilizados, aunque en éstos en proporción cada vez mayor.

EXPOSICION DE PINTURA Y GRABADO DE GUSTAVO COCHET

Del primero al 15 de abril de 1936, nuestro compañero Cochet hace una exposición de cuadros y grabados en el Museo de Arte Moderno, Paseo de Recoletos, 20, Madrid. Son trabajos de los últimos cinco o seis años los que presenta este enamorado del color, que busca con empeño y tenacidad una superación permanente y una creación ininterrumpida.

Le deseamos el mejor éxito.



Retrato
por
Gustavo
Cochet

TIEMPOS
NUEVOS 181



La VIDASTRA

por ALVARO YUNQUE



NA tarde, Juan Paredes, a los doce años de edad, se enteró exactamente de que era jorobado. Esto necesita una explicación: e-x-a-c-t-a-m-e-n-t-e. Hasta entonces sólo había tenido la intuición de su defecto. Esa tarde, unas chicas se rieron de él cuando pretendió decirles algo. Y su sonrisa galante se convirtió en mueca de máscara. Se miró al pasar por una vidriera. La joroba le pareció enorme, inusitada, ridícula... Sintió como que una cosa ácida y quemante le llenara la boca, le corriera por las arterias. ¡Odió!... Pasaba junto a las mujeres sin mirarlas, parecíanle que sólo fijábanse en su joroba, en esa bolsa que debía llevar sobre él, condenado a un suplicio que su sensibilidad aguda acrecentaba.

Muy niño, al caer de una escalera, se rompió el espinazo. Y ahora, cuando la virilidad comenzaba a enfocarle las miradas hacia las mujeres, descubría todo el peso de su joroba, el escarnio de su monstruosidad. ¿Las mujeres se reían de él, todas? ¿Entonces, entre él y las mujeres se levantaría aquella joroba suya que lo agobaba, aquel pobre espinazo roto que lo convertía en un orangután de brazos larguísimos? ¡Odió!...

La anécdota de esa tarde lo apartó de las mujeres. Las miraba a hurtadillas, como escondiéndose de ellas, temeroso de que ellas pudiesen leer su deseo, y reírse de él. Al principio sufrió bru-

talmente; pero concluyó por resignarse. Y la ola de su mansedumbre habitual, río de leche tibia y densa substituyó por fin a ese líquido ácido y quemante de su odio. De cuando en cuando, ya más hombre, y cuando el instinto lo hacía vibrar, su deseo se hacía odio. ¿No podría él amar nunca, jamás podría ser de él una muchacha linda, buena, dulce, a la que sentíase capaz de querer? ¡Y tanto! Se remansaba al fin, y en su mundo interior, colorido en imágenes, armonioso de sentimientos, sólo guardaba una tristeza que lo convertía en sordo y gris, como si en él no hubiese música de sentimientos ni color de imágenes. Gris y sordo, su espíritu, apareció para los demás como el de un hombre cualquiera. A nadie lo abrió nunca, y nadie vio la orgía de colores, la polifonía de sonidos que avaramente en él escondíase. Y se metió en sí. Mejor aún: se metió dentro de la vida, ocultándose en los hombres y en las cosas, a la manera de un cauce subterráneo, aunque sin hurtarse del todo a la vida, cosa imposible. Pues como el cauce denuncia su presencia en árboles y feraces campiñas, su rico mundo interior denunciábase en la palabra cordial y el acto generoso. Los hombres no veían esto. No ven tampoco, no presienten tampoco la presencia del cauce subterráneo que vivifica árboles y campiñas. Gozan de éstos, y pasan. Los hombres sólo veían en él un rostro inmutable, una mirada inexpresiva. Gozaban de su acto bueno, recibían su palabra cordial; y seguían.

Necesariamente, la vida comenzó a castigarlo. ¡Inmisericorde! ¿La vida? ¡No, la vida no, que es madre! Comenzó a castigarlo eso que llaman vida los hombres, eso que ellos han creado en sus ciudades, y que es madrastra para todos, para triunfadores y vencidos. Allí donde el impulso se hace razón y prejuicio el instinto. ¡La vidastra! ¡Comenzó a castigarlo duro! ¡Inmisericorde! La vidastra no reconoce la piedad. Se le aúpa al manso, y le succiona cada segundo, hasta extenuarlo, hasta dejarlo hecho un andrajo de hombre. Parasita en el débil, y lo dobla, lo parte, le exige todo, hasta el último átomo de energía; y lo abandona al fin cuando ya tose demasiado, y molesta; cuando ya escupe sangre demasiado frecuentemente, y repugna. ¡La vidastra!...

El jorobado comenzó a sentir su ventosa, pegada sobre la carne del corazón, succionándole los segundos de su vida. Montada sobre su joroba, pesándole, ahincada en doblarle la cabeza, como un yugo invencible y voluntarioso que se empeñase en convertir en testuces los cráneos hechos para mirar de frente al horizonte. ¡La vidastra! No rodó por ella; saltó, de tumbo en tumbo, como salta el madero que arrastra el torrente, de peñasco en peñasco. La desgracia era la corriente de su correntada. Muerte de seres queridos, los que hubiesen podido interesarse por él. Indiferencia en los otros. Y su sensibilidad, su mayor desgracia, rico tesoro con el cual no se pueden comprar las comodidades de la

vidastra, porque en ella la sensibilidad es moneda fuera de curso. Y de peñasco en peñasco, vale decir, de empleo en empleo, Juan Paredes abandonó los estudios definitivamente. En una tienda no lo admitieron por ser jorobado, nada más; porque él tenía ya la suficiente preparación para contar el dinero ajeno. ¡Razón terrible! Una tienda es una institución grave, y un jorobado es ridículo, afecta su gravedad. ¡Hay cada ocurrencia en los hombres de negocios, en los que han echado fuera de curso, moneda inservible, a la sensibilidad! Juan Paredes, adolorido hasta la última célula de su espíritu — ¿quién asegura que el espíritu es luz?; ¿por qué no estará hecho de células también, células invisibles? — se alejó para siempre del círculo burgués. Los burgueses no quieren estar servidos por contrahechos, tienen la vista demasiado sensitiva, los afecta demasiado ver la desgracia de los demás; y se apartan. Juan Paredes se halló solo al fin, después de innumerables tentativas. Allí, en medio de la calle, solo con sus jorobas que le pesaban más que sus deudas. Todavía — ¡todavía! — no era capaz de pedir limosna. Su sensibilidad le empujaba el rostro, se le saltaba a él en oleadas quemantes sólo en pensarlo. Y debía 45 pesos al dueño de la pensión, 2 pesos al zapatero que le había remendado los botines, 1 peso y 50 centavos al cigarrero... ¡Y 48 pesos y 50 centavos pesan, a fe! Los sentía sobre su joroba como si pesasen 48 kilos y medio. Pensó hablar a sus acreedores. Comenzó por aquel a quien menos debía: Pablo Camper, el cigarrero y lotero que tantas veces lo había palmeado amigablemente, en medio de sonoras protestas de amistad. Fué a verlo. Comenzó a balbucir excusas. El otro lo interrumpió:

— ¡Basta! ¿No me puede pagar todavía? ¡No me pague más! ¡Usted no me debe nada! — ¡No, no! Pero...

— ¡Basta! ¿Que no tiene trabajo, me dice? ¡Aquí en mi casa encontrará trabajo! ¡Lo empleo yo!

Y le explicó lo que sería, sin pedirle consentimiento, como si fuera cosa tácita que él debía aceptar, cuando el otro acababa de perdonarle una deuda de un peso y cincuenta centavos.

Sólo tendría que pararse en la puerta del negocio y gritar:

«¡Pasen, señores, ésta es la casa de la suerte! ¡Pasen, señores!»

Ganaría treinta pesos mensuales, casa y comida.

— ¡Una bolada! ¡No te hallarás en otra semejante! — gritó el lotero.

Juan Paredes reparó en que ya lo tuteaba; pero, sugestionado, apabullado por aquel hombre imperante, de ademanes voladores y frases como piedras, calló. Además, ¡le acababa de perdonar una deuda de un peso con cincuenta centavos! La gratitud esclaviza cuando se tiene sensibilidad. Aquello le aseguraba el techo y el pan, tranquilo, sin los apremios en que se había visto hasta ahora...

— ¡Tendrás cigarrillos gratis! — le decía su amo.

Juan Paredes, a pesar de todo, intentó sacarse el lazo del pescuezo. Tartajeó:

— Sí, pero... ¿cómo me voy de la pensión? Le debo cuarenta y...

— Yo te adelanto a cuenta de tu sueldo, y pagás...

— Y al remendón le debo dos...

— ¡También te doy yo! ¡Yo!

Y se hizo sonar el pecho con otro puñetazo.

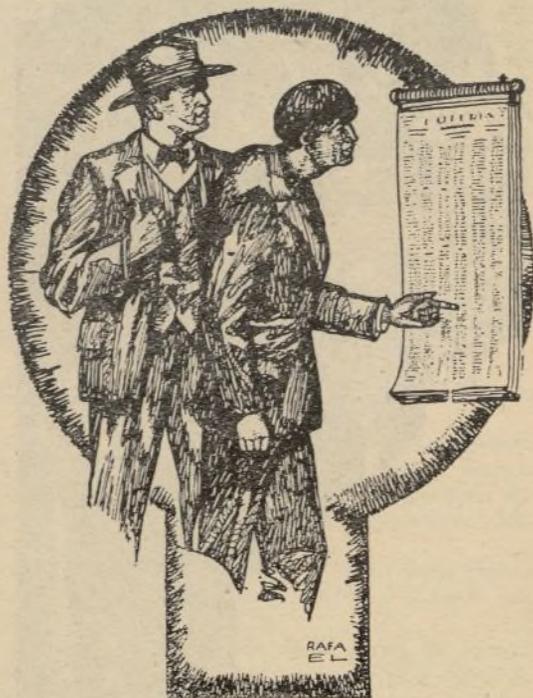
Juan Paredes sintió que aquel puñetazo era como si le acabasen de remachar un grillete al pie. Se sintió encadenado. El otro comenzó a explicarle su plan.

— Esta es una agencia de lotería. La gente es supersticiosa. ¡Yo mismo lo soy! Creen que el pasar el billete por la espalda de un jorobado trae suerte. (Juan comprendió ahora por qué Pedro Camper se le mostraba tan afable en repetidas ocasiones.) Te pondrás allí, y yo indicaré al que compre un billete que te lo pase por la joroba. ¡Jo, jo, jo! ¡Magnífico! ¡Es un proyecto genial!

A los dos días de estar en la agencia, Juan Paredes vió colgar en la puerta un gran cartel. Decía:

«EL JOROBADO»
CASA DE LA SUERTE

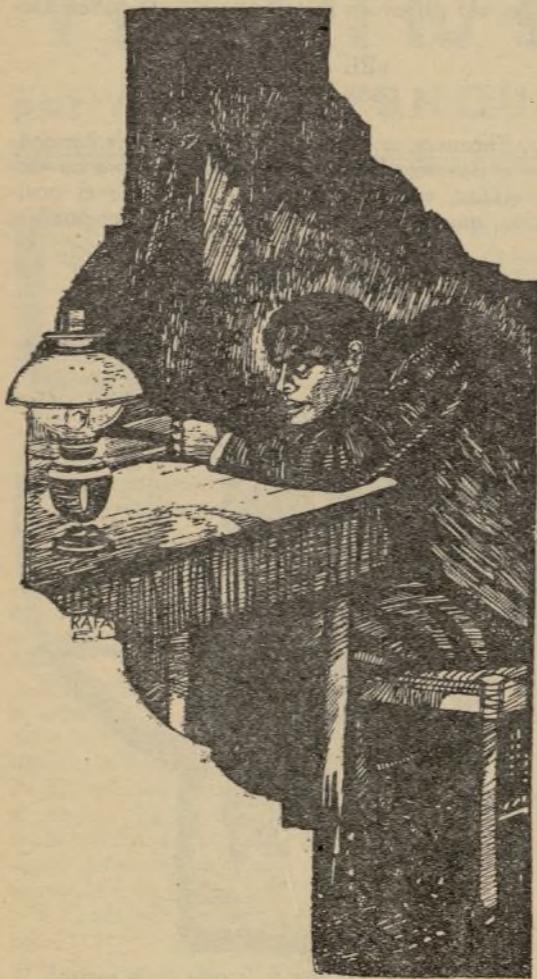
¿Entonces, a cambio de poder seguir comiendo y durmiendo, aquel hombre exhibía su deformidad, traficaba con ella? ¿Lo que él ocultaba, queriendo disimular en todo lo posible,



¡Pasen señores, esta es la casa de la suerte!

ahora se proclamaba a gritos, en los colores chillantes de un cartel? ¿No era preferible dejarse morir de hambre o de frío? ¡Ah, tener valor para tirarse una noche, y dejarse morir! ¡Y no tenía ese valor! Juan Paredes lloraba de odio, por las noches, de odio y desprecio para consigo mismo. Se insultaba: «¡Jorobado estúpido, jorobado cobarde! Te humillan y sigues adelante, en la noria, comiendo en la mesa del que te exhibe como un monstruo. ¡Jorobado!»

Calló, y continuó allí, soportando que los parroquianos, cada vez más numerosos, entre bromas y carcajadas, le pasasen el billete por la joroba. Al principio, la pantomina lo lastimaba; después, pasados los quince días, él mismo se acercaba al comprador y le ponía su joroba, como si él fuese nada más que un animalucho domesticado... La Naturaleza, por lo común, no da a un deforme la conciencia de su deformidad. Juan Paredes la poseía e-xac-ta-men-te. Esto constituía toda su desgracia. Tenía cabal idea de su joroba, y de que podía comer tranquilo por ella. Concluyó por despreciarse, por no considerarse él mismo un hombre, perdió su yo y vivía



¡Qué odio sentía!

como autómata o perro sabio. Muchas veces se decía, él, que, por poseer sensibilidad, hablaba consigo mismo: «Jorobado, eres un perro sabio, al que le enseñaron a poner la joroba como a otros les enseñan a dar la pata».

Un mes, dos meses, tres meses... De tarde en tarde, hablando consigo, Juan Paredes se preguntaba, asombrado, cómo podía haber resistido tres meses ese jueguito, insignificante para los cientos y cientos de hombres y mujeres que lo practicaban, todos los días, sin que a nadie se le ocurriese pensar que él, el jorobado, sufría con aquello... Y a la otra mañana poníase en la puerta del negocio, bajo el cartel que chillaba su deformidad, y atraía a los que anhelaban ser ricos.

— ¡Pasen, señores, ésta es la casa de la suerte!

Quiso su desgracia que una vez allí se vendiera el billete premiado. Grandes carteles lo anunciaban en las vidrieras:

«EL JOROBADO SUERTUDO»

¡HACERSE RICOS! ¡COMPRARLE AL JOROBADO!
UNA JOROBA MASCOTA! ¡ADELANTE!
¡AQUÍ LA GRANDE! ¡EL JOROBADO ES INFALIBLE!

La parroquia aumentó. Y nadie dejaba de pasarle el billete por la joroba, pues para eso había allí un nuevo empleado, cuya principal obligación constituía en enseñar al parroquiano bisono lo que debía hacer:

— Señora, allí está el jorobado. Pásele el billete por la joroba. Le dará suerte.

— ¡Muchas gracias!

— ¡Eh, señor, no salga sin tentar a la suerte! ¡Allí está la mascota! ¡El jorobado que da la suerte!

— ¡Ju, ju, ju!...

...

Una noche entró un hombre viejo, de austero porte y larga barba nivea. Compró un quinto de veinte mil pesos y lo guardó en la cartera. El patrono dió un grito, alarmado:

— ¡No lo guarde, señor! ¡No salga sin tentar la suerte! ¡No salga sin pasar el billete por la joroba de nuestra mascota!

El anciano, enderezándose, le escupió la frase:

— ¡Usted es un indigno!

Y salió airoso. El amo y su empleado no supieron qué decir. Más estupefacto aún quedóse Juan Paredes. ¿Sería posible que por fin hubiera un hombre capaz de comprender su dolor escondido, ese dolor que, como si fuese de hielo, a la vez lo helaba y lo quemaba?

— ¡Pasen, señores, ésta es la casa de la...!

Lo interrumpió un chico, el que, sigilosamente, le puso un papel en la mano. Leyó: «Mi pobre amiguito: luego, después de cerrar el negocio, vaya a la confitería de la esquina. Lo esperará el anciano que llamó indigno a su patrón.» Juan Paredes guardó el papel en su bolsillo, temeroso. ¡Ya lo creo que iría! Y comenzó a

hilar ilusiones en su imaginación. Este anciano sería un abuelo que quizá hubiera perdido a su nieto querido, y él se le pareciera... Quizá fuese un filántropo... Quizá... Pero todas sus cavilaciones iban a parar en que el anciano lo protegía, lo sacaba de allí, lo volvía a su lugar de hombre, no de bestezuela domesticada... No bien cerraron el negocio, corrió a la confitería. Ya estaba allí su «protector». In mente, al verlo, tan digno de apostura, Juan Paredes le dió este dulce nombre. Apretó su mano temblando de ilusión.

El viejo le habló paternalmente. Esa misma noche era preciso que Juan huyera de la agencia y se fuese con él. Al día siguiente iríanse a Bahía Blanca, de donde era el anciano.

— Es preciso que se decida, amigo. ¡Resolución! ¡Es una indignidad lo que ese hombre está haciendo con usted! Esta noche se trae todas sus pilchas.

Juan Paredes se decidió. Esa noche hizo un atado, leve por cierto, y fué a unirse al anciano, que lo esperaba en la confitería. La noche siguiente se encontraba en Bahía Blanca.

— ¿Cuánto le pagaba ese indigno? — interrogó el viejo.

— Treinta pesos, casa y comida.

— ¡Es un robo! Yo le daré treinta y cinco, casa y comida. Dormirá en cama, no en catre, y comerá en mi mesa, con mis hijos. Lo tomo de empleado.

— ¿Qué negocio tiene usted, señor?

— ¡Agencia, pues, agencia de lotería! ¡Ah, pero usted no hará en ella el papel humillante que hacía en la de ese hombre indigno! Usted estará allí nada más que para enseñar el extracto a los campesinos que vienen a verlo, gente torpe que se pierde entre tanto número.

Juan Paredes aceptó, aunque el anciano tampoco le pidió el consentimiento.

Ya hacía dos semanas que trabajaba allí, y una noche, en uno de sus habituales soliloquios, se le apareció claro la clase de sentimientos que experimentaba por el anciano, su nuevo patrono. ¡Lo odiaba! ¿Y por qué odiaba a éste, y no al otro? El otro es un cínico; éste es un astuto. Ahora, los parroquianos no le pasaban descaramadamente el billete por la joroba; pero nadie se iba sin conversar con él, darle muestras de aprecio, golpeándole la espalda. ¡Y vaya si él sabía bien qué clase de aprecio era este! Callaba, acostumbrado a soportar. La vidastra le había enseñado esto, sobre todo: soportar, callar. La vidastra es una maestra de resignación.

En los débiles, los mansos y los pobres recluta sus discípulos.

Cierta vez sorprendió al viejo dándole instrucciones a un parroquiano nuevo:

— Usted se llega al jorobado, le habla de cualquier cosa, y después, al despedirse, le palmea la joroba, con la mano en donde lleva escondido el billete. Que él no se dé cuenta... Puede ofenderse.

No era por temor de que él se ofendiera, por

lo que el anciano obraba así. Era táctica de hombre astuto, de alma oblicua. El sabía que el parroquiano encontraba más atractivo en pasarle el billete así, con disimulo, que si lo hiciera con descaro. El cebo era más atrayente, nada más. ¡Qué odio sentía por el viejo! Una noche decidió escaparse, campo afuera, hacia la pampa. Ya no podía soportar su presencia. Lo repugnaba. Y una noche, la noche en que se aclaró a sí mismo por qué lo odiaba tanto, se fué. Lo odiaba porque lo había desilusionado. ¡Él había echado en este anciano, austero de porte y palabra, tal suma de ensueños! ¡Y había resultado un mercachifle oblicuo, un lotero astuto a quien él creyó un abuelo adolorido, un protector romántico! La ilusión, al transformarse en desilusión, se hace desprecio u odio... ¡Cómo odiaba al viejo! Sintió miedo de sí mismo. Tuvo miedo de levantarse una noche, semiconsciente, y, no controlado por su estúpida y pesada razón, obrando a merced de sus impulsos ágiles, degollar al viejo dormido. ¡Tuvo miedo, y se fué! ¿A dónde? ¡Qué importaba a dónde?

En cualquier parte se come y se duerme. Y ya le habían enseñado a utilizar su joroba. Tal vez se ofrecería a un lotero, y le explicaría el negocio, y éste tal vez lo asociase. Tal vez... La vidastra ya lo tenía en sus manoplas de bruto, y tanto lo había manoseado que en ella perdiera hasta la dignidad de su desgracia. Ahora ya era capaz de vivir la vidastra él también. Poseía armas. Armas de débil, pero armas al fin, porque todo el secreto de saber vivir en la vidastra, es saber traficar: traficar con el talento propio o con el sexo de la mujer que en un día lejano de juventud se amara o con la propia deformidad, como Juan Paredes. Poseía armas: los hombres ya no lo explotarian; él, ahora, ya se encontraba apto para usufructuar su joroba. ¡No se moriría de hambre, no! Tal vez se enriquecería. Tal vez... Maestra brutal es la vidastra: deforma, tortura, enmohece... ¡pero enseña a vivir! No hay quien en sus manoplas crueles no salga ducho en la ciencia turbia y dolorosa de saber vivir. Pero es preciso dejar entre sus dedos crueles y hábiles algunas cosas insignificantes: conciencia, altivez, sentimientos... ¡Uf! ¡Bah!

De 1919 a 1934 los Estados Unidos han gastado 22.273.600.000 dólares para sus armamentos, Francia 6.926.500.000 dólares, Gran Bretaña 20.174.500.000 dólares, Italia 6.884.100.000, el Japón 4.817.700.000, Alemania 1.952.400.000 dólares.

Sin contar que desde 1934 a la fecha, tanto Francia como Alemania, Italia como Inglaterra y el Japón han consumido sumas fantásticas.

Desde de la terminación de la guerra de 1914-18 los armamentos han costado a las grandes potencias más de 80.000.000.000 de dólares. Y todo eso para que la próxima guerra cueste infinitamente más en vidas y haciendas.

La Propiedad por León de Huelves

Sistemas para mejorar los defectos de la propiedad privada

La TASACION DE LA FORTUNA evitaría la acumulación indefinida de las riquezas, aumentaría el número de los acomodados y disminuiría el de los pobres. El exceso de capital sobre el máximo establecido debería el Gobierno obligar al rico a que lo donara a sus descendientes o diera al exceso otros empleos caritativos. Esta medida, acompañada de otras, modificaría mucho la presente situación, pero tiene el inconveniente que por mucho cuidado que tuviera el Estado, siempre habría fraude. Su intervención sería mal vista y no lograría hacer desaparecer tantos defectos sostenidos por los poderosos y arraigados por el tiempo.

La COOPERACION, o sea la asociación de propietarios en forma de sindicatos agrícolas, la asociación de consumidores en forma de sociedades de consumo; la de artesanos en forma de sindicatos profesionales... Este sistema tiende a resolver el antagonismo entre el capital y el trabajo, entre el acreedor y el deudor, entre el que vende y el que compra, disminuye los intermediarios y quiere suprimir el parasitismo, la mala fe y el espíritu mercantil. Pero traerá la lucha encarnizada entre los grupos egoístas. Y el Estado, indiferente, seguiría sin ver con piedad las miserias y angustias del pueblo.

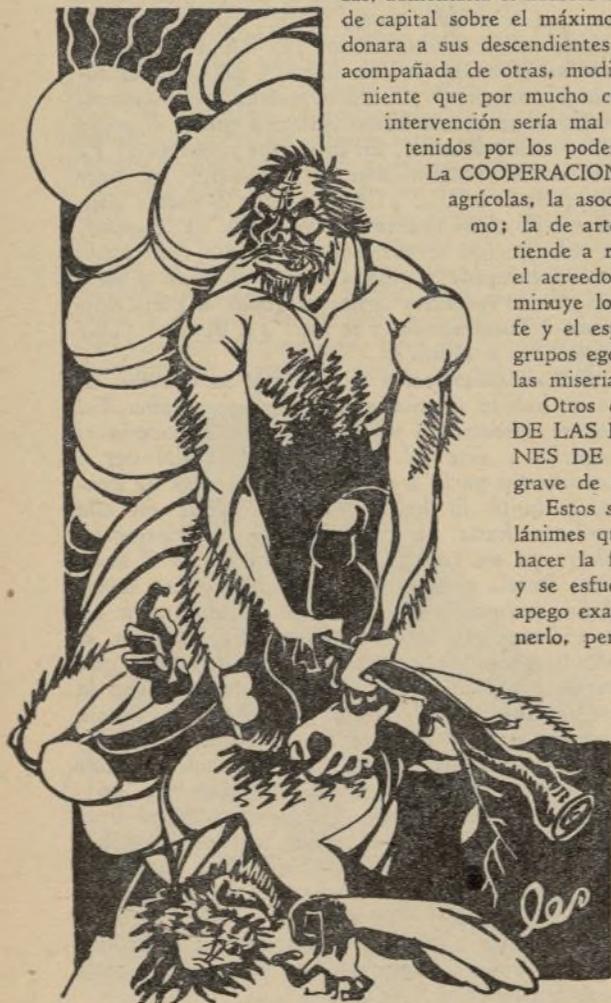
Otros correctivos al sistema individualista son la LIMITACION DE LAS HORAS DE TRABAJO, CAJAS DE AHORRO, ALMACENES DE PROVISIONES, etc., pero todas tienen el inconveniente grave de respetar la propiedad privada.

Estos sistemas no son otra cosa que la protesta de espíritus pusilánimes que, reconociendo la impotencia del régimen capitalista para hacer la felicidad humana, no se atreven a derribarlo francamente y se esfuerzan en conservarlo por miedo a la reconstrucción o por apego exagerado a un régimen que vieron al nacer. Tratan de sostenerlo, pero la carcoma le ha roído la base y el edificio se desplomará solo.

Fracasados los sistemas ideados para mejorar el régimen de propiedad individual, hicieron su aparición otros sistemas para sustituirlo. De aquí nació el socialismo.

Muchos son los que ven en la actual crisis atravesada por el capitalismo, la agonía de éste, la muerte, después de la cual no queda otra cosa que hacer al socialismo que recoger tranquilamente la herencia. Probablemente, no se equivocan del todo. Aun cuando en el campo de los hechos sociales no es posible prever con exactitud científica, ya que esos hechos pueden resultar contrarios a las previsiones, también a nosotros nos parece que el capitalismo, como forma específica actual de la producción y administración de la riqueza, va al ocaso. El capitalismo está condenado.

El problema es saber si la muerte será la de un tipo de producción, de una forma de explotación del trabajo, a la que sucederá otra producción que dejará subsistir el monopolio de la riqueza (fascismo); o morirá con las actuales formas de producción, el hecho del monopolio de la riqueza de parte de los pocos y la explotación de las grandes masas de trabajadores. Esto es lo que hay que saber. Al proletariado militante del socialismo le interesa la muerte real del capitalismo como hecho de monopolio, de explotación y de opresión, ya que esa muerte ficticia, esa transformación fascista, es



ANTE los graves defectos que tiene el régimen de propiedad privada, se ha imaginado, por los pensadores de todos los tiempos y países, sistemas que pudieran mejorarlo. Entre estas medidas figuran las siguientes:

ABOLIR LAS SUCESIONES en línea colateral, en beneficio de la renta pública. Esta medida no destruye los males del régimen actual, sino que los aumenta, porque el Estado es el peor de los administradores.

Establecer un **IMPUESTO PARA AUXILIAR A LOS POBRES**. Esta medida es insignificante para la gravedad del mal a que se aplica. Además, como el número

decir, ese cambio de la salsa con que continuará siendo cocido el pueblo trabajador, les deja fríos e indiferentes.

No falta quien, llevado de la confusión de palabras y de las ideas, llama *socialismo* a las tentativas de centralización del capital, de las que algún Estado toma la iniciativa para salvar al capitalismo, sea el *corporativismo* de Mussolini o la *economía dirigida* desde lo alto de Roosevelt, como si realmente fuere una especie de socialismo. Y estabilizando este tipo de economía, los economistas y los oradores populares hablan del fin del capitalismo, como hoy se habla del fin del feudalismo o del fin de la sociedad antigua.

Se ha logrado imponer el uso de la palabra *socialismo* aplicado en base a una mentira convencional al nuevo tipo de explotación y de opresión de las masas trabajadoras. Y se encuentran satisfechos los fabricantes de sistemas. Si alguien de memoria no frágil, o algún desenterrador de viejos papeles, o idealista amante todavía de la verdad, llega a decir que el socialismo no es aquello, sino una cosa muy diversa y opuesta, se le replicará como a un atrasado en *concepciones superadas por los tiempos* y se le dirá que el socialismo por él evocado era un socialismo *utópico*, no el socialismo verdadero que tuvo por precursores a Hitler y a Mussolini.

Terminado un período de funcionamiento económico puede ocurrir que corresponda al fascismo dar el nombre al nuevo período histórico, en lugar de corresponder al socialismo. Fascismo: así es más respetada la propiedad del lenguaje y dejada mayor facilidad de acomodados, pues la falta de un significado preciso de la palabra *fascismo* permita la aplicación de este nombre a sistemas distintos. En substancia, se sabe bien la poca diferencia que hay entre el fascismo de que habla Mussolini y el socialismo de que habla Hitler, los dos igual de absolutistas, nacionalistas, monopolistas, bajo los que pueblo y proletariado son igualmente esclavos. Por los historiadores de ambos países se dirá: «paso del sistema capitalista al sistema socialista». Pero para el pueblo trabajador la realidad será la misma. El «capitalismo ha muerto», pero sigue el privilegio de la riqueza, queda el poder de los pocos sobre los muchos y es incluso más rígido y feroz. Y hay grandes mayorías humanas desposeídas y esclavas, obligadas por el chantaje o el hambre o la violencia organizada por los gobiernos, a trabajar para los privilegiados y a soportar la tiranía. Este es el socialismo de que nos habla Hitler.

Mussolini decía a los obreros de Milán, el 6 de octubre de 1934: «El fascismo establece la igualdad verdadera y profunda de todos los individuos ante el trabajo. El fascismo es el abandono de una economía que acentúa la utilidad privada, por una economía que se preocupa preferentemente de los intereses de la colectividad.» Y sabía que los engañaba, porque el 13 de enero de 1934 ya había dicho ante el Senado: «La economía corporativa respeta el principio de la propiedad privada; la propiedad privada completa la personalidad humana: es un derecho, y si es un derecho es también un deber; tanto es así, que nosotros pensamos que la propiedad debe entenderse como una función social». Y ya se habían creado por la ley de 5 de febrero de 1934 las Secciones de Categoría, que tienen

por objeto defender la individualidad y tutelar los intereses particulares de las distintas categorías económicas que operan en la misma rama de la producción y que están representadas en el seno de la misma corporación. Y sigue el fenómeno capitalista con su aspecto familiar, y existen dinastías de grandes industriales que se transmiten de padre a hijo no sólo la fábrica, sino también un sentimiento de orgullo.

En la Confederación fascista italiana de comerciantes hay 724.000 patronos, y los obreros del comercio son 4.283.000. En la Confederación de agricultores hay 2.943.000, y en la de asalariados, peones y jornaleros del campo hay 7.900.000. Así es como en el Estado corporativo, los menos, los potentados, esclavizan a los más, a los desheredados.

Pero el corporativismo está en crisis. El 16 de octubre de 1931 Mussolini ya preguntaba a los jefes convocados en Roma, en la plaza de Venecia: «Esta crisis que nos atormenta hace cuatro años, ¿es una crisis en el sistema o del sistema?» Y él mismo se respondía, en el discurso del 14 de noviembre de 1933: «La crisis ha penetrado de tal forma en el sistema, que se ha convertido en una crisis del sistema».

No es esta la muerte del capitalismo que quieren los trabajadores, los cuales sienten la necesidad de liberarse de la esclavitud del salariado y de la sumisión patronal. No es esta la muerte del capitalismo preconizada por los pensadores del socialismo, para apresurar la cual se ha vertido tanta sangre por el proletariado militante y tantos mártires han caído en el campo de la lucha y de la rebelión.

El proletariado, en su lucha contra la prepotencia patronal y gubernativa, lo que quiere matar es el privilegio de la riqueza y del poder, es decir, el monstruo de la explotación y de la opresión de los seres humanos. No le importa cuál sea el nombre que toma, incluso el de socialismo, que tan graciosamente le quieren colgar a la transformación hitleriana. Le interesa el monstruo. Hay que matarlo, de manera que no pueda reencarnarse en otra forma cualquiera. Si se espera su muerte natural, pagaremos con la amarga desilusión nuestra esperanza.

El régimen del privilegio, de la explotación, de la opresión, es de tal naturaleza que no puede morir ni de muerte voluntaria ni de muerte natural. Sería solamente aparente. Al día siguiente la humanidad se encontraría con otro monstruo encima, con otro yugo al cuello, con todas sus consecuencias de miserias, de lágrimas, de sangre. Alemania e Italia son un ejemplo de ello. No puede morir más que de muerte violenta. Es preciso matarlo con propósito deliberado.

En ningún pueblo de los dominados por los fascistas se ha conquistado el poder por la violencia. Las marchas no han tenido confirmación ni en Italia antes de llegar Mussolini al poder, ni en Alemania antes de triunfar el hitlerismo. En esto, como en tantas cosas, ha sido falsificada la Historia.

Las marchas sobre Roma y sobre Berlín sólo han existido en la propaganda fascista. La razón del engaño la hallamos en la necesidad, para la demagogia fascista, de imprimir fisonomía épica a los actos del mussolinismo y del hitlerismo.

La gesta del fascismo, al apoderarse del Estado, queda reducida a una combinación, a una intriga de la más vieja factura entre el jefe del Estado, los partidos fascizantes y sus heroicos dirigentes.

La victoria de Mussolini, como la de Hitler, estuvieron presididas por la trapisona y por la complicidad de quienes, dando de lado a la Constitución, no quisieron defender lo que se les había confiado para su custodia. Hay un abismo entre la conquista del poder y la entrega del Estado pacíficamente al fascismo.

En Italia, el monarca puso el poder en manos de Mussolini. Pero con toda sencillez. Como se revuelven las crisis ministeriales en el régimen parlamentario. Sale un presidente del Consejo y otro entra. Así ocurrió. Lo que llaman marcha sobre Roma no pasó de manifestación jubilosa de la hueste fascista ante el rey perjuro y ante Mussolini, veinticuatro horas después de haberle sido entregado al *duce* el poder por el jefe del Estado.

En Alemania, Hitler llega al poder cuando Papen y Húgenberg y la camarilla presidencial abatieron la voluntad constitucional de Hindenburg, y el octogenario mariscal se prestó a abrir a Hitler las puertas del Estado.

En Berlín, como en Roma, desfilaron los fascistas ante el *führer* y el jefe del Estado, entonando cantos de victoria, cuando ya tenían junto a ellos la Policía y el Ejército, cuando ya se hallaba maniatada la clase trabajadora. Podían saludar expansivamente un triunfo que, en todo caso, alejaba el temido encuentro, en las calles, con el proletariado.

La fidelidad a la verdad histórica nos fuerza a subrayar cómo las burguesías italiana y alemana conquistaron la fortaleza estatal, no a raíz de esas batallas épicas que se inventan ahora, no después de un derroche de valor y heroísmo revolucionario, sino mediante las conspiraciones de gabinete, el trapicheo con las carteras ministeriales y la distribución, en los salones de banqueros y viejos políticos sin dignidad, del ansiado botín.

¿De qué se jacta el fascismo? ¿Es conquistar el poder recibirlo, sin lucha y sin medir las fuerzas propias con las del adversario?

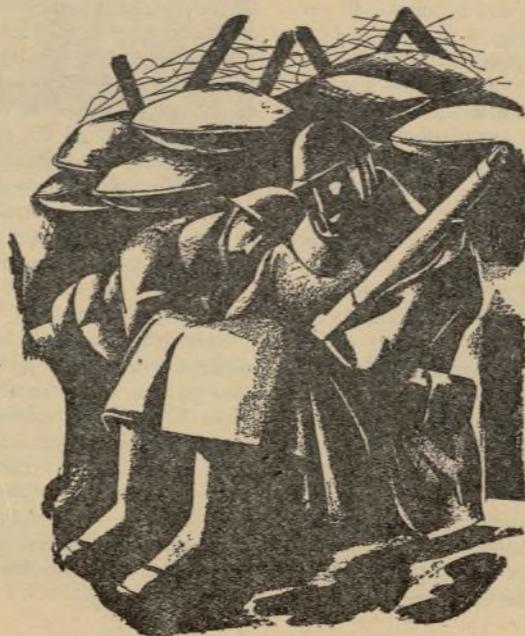
No es probable que la burguesía española se lance a ningún movimiento espectacular. No esperemos la marcha fascista sobre Madrid, ni sobre cualquiera otra capital. Lo del Escorial, Covadonga, Uclés y Medina del Campo, fueron torpes ensayos, fracasos rotundos. El peligro de estos actos no es amenaza para el proletariado, sino seguridad de derrota para las oligarquías del dinero. El peligro fascista no viene por ahí. Hará cuanto pueda por vencer sin lucha.

A los fascistas de Acción Popular les tiene sin cuidado todo lo que ha sido Lerroux hasta diciembre de 1931. Lo importante para ellos es que el partido radical es un beligerante de la causa fascista. Y lo utilizan como Mussolini utilizó a los partidos que se prestaron a su juego, como Hitler aprovechó a los monárquicos, hasta que ambos pudieron apartarse de esa colaboración.

Mussolini colaboró en el Gobierno con partidos equivalentes al Centro Católico y al Partido demócrata alemanes. Hitler hubo de aliarse a los nacionalistas. En España se advierte un fenómeno semejante. Acción Popular colabora con los radicales que formaron en el Comité revolucionario y en el Gobierno Provisional de la República.

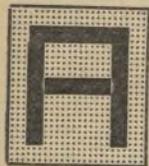
Si no hemos procurado todavía la dicha de los hombres, ¿por qué desear tanto ver aumentar su número? ¿Es para hacer nuevos desdichados? La mayoría de los padres de familia temen tener demasiados hijos y los gobiernos desean el crecimiento de los pueblos para hacer la guerra.

VOLTAIRE (en Gazette littéraire).



Más sobre mi lucha con el Estado español

por GONZALO DE REPARAZ



L poco tiempo de haber llegado a Tánger mi situación era esta:

Tenía contra mí a todo el cuerpo diplomático por haberme introducido en su coto, que él tan bien tenía a la intrusión de profanos. Por primera vez se había hecho en España un tratado, el de 1902, sin diplomáticos, y ese había sido, precisamente, el único bueno, grandemente ventajoso para España. El embajador (León y Castillo) no pertenecía a la carrera ilustre de los recaudistas internacionales. Yo tampoco. Y el tratado se había negociado sin que lo supieran ellos, ni gobierno alguno. Por eso había salido bien. Mi nombramiento de Comisario especial en Tánger había enfurecido a aquellos covachuelistas. Yo usurpaba un puesto que podía haber aprovechado uno de ellos. ¡Y qué puesto! Padilla, primer secretario, y uno de los primeros tontos del gremio, lo que no es poco decir, púsose a echar cuentas y salióle esta: que mi sueldo era mayor que el suyo. ¡Cabía mayor escándalo! No cabía. Y juraron que yo no estaría en mi puesto más tiempo del que durasen las influencias políticas que a él me habían llevado.

También cayó como una bomba la noticia de mi llegada en los círculos viciosos de la colonia hispano-tangerina, para los que la intrusión de una persona decente en aquella pestilencia, era motivo de horror y alarma.

Pero otros enemigos más poderosos me esperaban: los frailes franciscanos. Estaba yo incurso en el pecado mortal de no haber citado siquiera a las misiones franciscanas en mi reciente libro «Política de España en Africa». Pero acababa de cometer otro mayor: oponerme a que las trescientas mil pesetas donadas por el Marqués de Casa-Riera, se empleasen en dos conventos destinados a los frailes y monjas de la Orden. El dinero, extraído por mí al marqués mediante una obra larga de contar (y que ya he contado en un libro) debía emplearse en un hospital para españoles y musulmanes, pero absolutamente laico. El Rey se lo entregó a los frailes para hacerse un convento, si bien a éste hubo que disfrazarle de escuela, vista mi oposición, para atenuar el escándalo. Y ahí está entre callejuelas tangerinas (pero en terreno del Espíritu Santo, para que nadie pueda quitarles el edificio) esa blasfemia pedagógica. También está en su sitio el mismo hospital, foco de gangrena, envenenador de todas las operaciones, que intenté substituir en 1908. El Estado, también envenenado y envenenador (destructor, por eso, de cuanto emprende), no ha tenido aun tiempo de construir otro. Pero sí lo



ha tenido de aumentar la subvención a los Franciscanos, elevándola de 30.000 duros a 50.000. Esto lo ha hecho la República, no la Monarquía.

Finalmente, al frente de la hueste enemiga estaban los Merry del Val, marido y mujer. Ya conté, en el libro de referencia (*Aventuras de un geógrafo errante*, tomo III), cómo en esta mi pavorosa aventura estuvo a punto de caberme la suerte de Escobedo, secretario de don Juan de Austria e indiscreto averiguador de vidas ajenas, asesinado en un callejón del viejo Madrid. Recordándolo ahora se me viene a la memoria un viejo cantar muy del caso:

Una mujer fué la causa
De la perdición primera.
No hay perdición en el mundo
Que por mujeres no venga.

Contra tantos y tan poderosos enemigos, ¿con qué ayuda contaba yo?

TIEMPOS
NUEVOS 189

Aparentemente con una muy poderosa: la del Rey. Agradábanle mis proyectos marroquíes y, como desde tiempos atrás nos conocíamos, prometióme todo su apoyo. Desconocedor del problema, no distinguía entre penetración pacífica y guerrera.

Simplista, como todos los simples, para él todo se reducía a penetrar. Sus tinieblas mentales no le permitían discernir entre penetración pacífica y guerrera. Luego, hechas ya las zonas de influencia (no conocidas aun del público, pero sí de él, que como jefe del Estado no podía ignorarlas), vino, segura ya la presa, el apetito. Y con el apetito la discordia conmigo. De ser yo cortesano, nunca surgiera. Con ventear la orientación de la voluntad soberana y marchar delante como perro cazador, quedábamos conformes para siempre. Pero yo no era cortesano, sino apóstol. No trabajaba para el Monarca y para mí adulando a aquél, sino para un ideal patriótico y humano. De donde, naturalmente, resultó que según fuimos avanzando nos fuimos apartando: él marchando por el camino del saqueo y la conquista; yo perseverando en mis propósitos de protectorado paternal, restaurador de la vieja civilización hispano-musulmana. Agravaron y aceleraron la desviación de nuestras órbitas la acción corrosiva de las diversas polillas: camisas blancas o rosas; camisas negras de palatinos soplones que en propio provecho, empujaban al Señor hacia donde quería ir; negras levitas de profesores cursis e ignorantes que le habían enseñado una Historia de España guisada en las cacerolas de la mentira, de las que se exhalaban los vapores del cántico bélico. ¡Banderita, tú eres roja!, como apenas diez años antes los de la Marcha de Cádiz, en que se envolviera el otro desastre ¡tan reciente!; brillantes uniformes, militares y civiles, de la tropa de pescadores en río revuelto siempre interesados en que se revuelva el río.

Y más abajo del Trono nada: Presidente del Consejo huero; Ministros como el Presidente; Parlamento como los Ministros y el Presidente; prensa, fábrica de moneda política falsa, tan falsa como la fábrica. Total: acefalia completa del Estado. Al monstruo (estómago inmenso, manos liliputienses, cabeza nula) le había nacido la más inesperada monstruosidad: un pequeño órgano apto, empeñado en ejercer su función. La naturaleza de las cosas imponía al monstruo la necesidad de eliminar el pequeño órgano perturbador. Pero yo (el pequeño órgano) despreciando temerariamente las leyes biológicas, no me resigné y acepté la lucha.

II

Hasta 1910 habían tenido las hostilidades un preludeo de escaramuzas diversas: relato que no cabe en un artículo.

Ya se había ido Maura. Ahora teníamos en el poder a Canalejas. Al conservador huero había sucedido el demócrata huero. En la acefalia esta-

tal no había novedad. Tampoco, naturalmente, en la política marroquí. De que no la habría nunca ya estaba yo enterado por mil diversas señales, pero sobre todo por unas confidencias del Duque de Tovar, íntimo de don Alfonso, en marzo de 1908; y en Tánger.

Habíamos almorzado en el Cecil y tomábamos juntos el café en un rincón del salón. Comentábamos la rivalidad franco-alemana, en todas partes pero, principalmente, en Marruecos. Tocóse el punto de las consecuencias que podía tener para España. El duque, hombre, a los postres, franco y expansivo, me hizo esta confesión:

—Mi hermano está con los franceses; yo con los alemanes (los Mannesman). Por tanto, venza quien venza, nosotros no podemos perder.

Y como España eran ellos, flotando ellos flotaba España.

En el Rif oriental, gobernando Maura, se había visto la verdad de este flotamiento. Romanones y Comillas se habían puesto de acuerdo para quedarse con las minas de los Guelaia, criaderos magníficos de hierro, alegando que se las habían comprado al Rogui. Pero las minas eran tan de éste como mías las de Almadén. Los Guelaia decían que si las querían que se las comprasen a ellos, y que si no las compraban no se las dejarían explotar. Romanones y Comillas acudieron a don Alfonso, Rey constitucional y mineralógico, y a Maura, convirtiéndole de abstencionista en Marruecos en actuante y conquistador. Y allá fué el ejército español, copiosamente asistido por el contribuyente, a apoderarse de las minas, arrebatándoselas a sus legítimos dueños.

Precio de la conquista: el barranco del Lobo y 300 millones de pesetas.

III

La que el gobierno de Canalejas intentó por conducto mío era mucho más fácil y del todo incruento. Tratábase de sacarle al dicho contribuyente dos millones de pesetas sin disparar un tiro. Con un sencillo informe bastaba. Y ese informe había de redactarlo yo.

Si lo hacía a gusto del Gobierno, los dos millones irían a parar a la bolsa de unos capitalistas, escasos de capital, que formaban un grupo llamado Franco-Hispano-Marroquí.

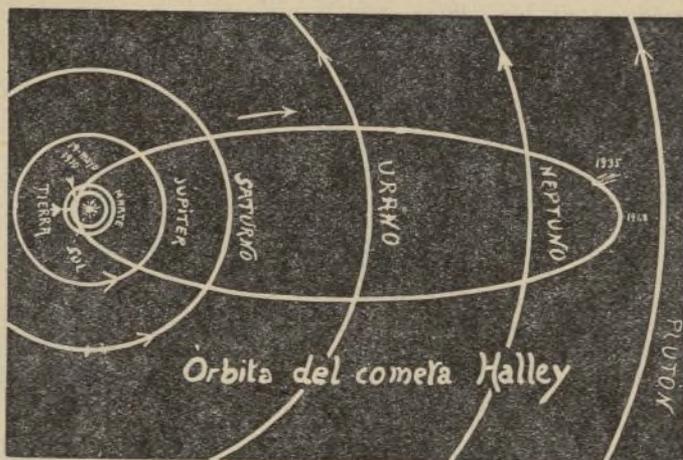
Pretendía este grupo que le comprasen ciertas fincas situadas en Entza, Cabo Negrón y la vega de Tetuán, y alegaba el Gobierno que se veía obligado a adquirirlas porque importaba al interés español que desapareciesen aquellas fincas francesas de la que había de ser zona española. Llamóme Merry del Val para comunicarme de parte del Ministro de Estado, que se me encargaba de estudiar el valor de las fincas y tasarlas. El Ministro de Estado era García Prieto, a quien, por conocerle desde hacía muchos años, me maravillaba de ver en tal cargo. El negocio lo conocía tan bien como al Ministro. Sabía que Cousin, el mangoneador principal, ofrecía años atrás

Divulgación astronómica

El centenario del cometa Halley

Por PIGMALION

Órbitas del cometa Halley y de los planetas Tierra, Marte, Júpiter, y arcos de los planetas Saturno, Urano, Neptuno y Plutón. Por lo reducido del gráfico se han suprimido las órbitas de los planetas Mercurio y Venus. El punto que señala la flecha de la izquierda es donde se encontraba el cometa Halley el 16 de noviembre de 1835 y el 29 de abril de 1910.



Hace cien años, el cometa Halley que nos visitó luego en 1910, merodeaba por el cielo a la vista de los habitantes de la Tierra. Iba ya camino de su destierro, entendiéndose por destierro alejarse de la Tierra. Le observaba con gran atención y entusiasmo el astrónomo Juan Herschel que estaba instalado con buenos telescopios en el Cabo de Buena Esperanza. Este astrónomo fué quien le acompañó hasta que se perdió de vista. Le dió el último adiós el día 5 de mayo de 1836. Poco tiempo después publicó una memoria en la *Revista de Edimburgo*, dando cuenta de los últimos momentos de

su entrevista con el astro. Estaba desilusionado porque pensaba habérselas visto con un cometa de gran prestancia y aparato, propio para espantar a las gentes como había ocurrido otras veces.

«Produce sentimientos de tristeza — dice Herschel — su melancólica claridad. Es una luz azulada y mal definida, medio oculta en una gran envoltura. *La calidad de esta luz es extraña*; no se parece ni a la del Sol, ni a la de la Luna, ni a la de las estrellas, ni siquiera al reflejo de las nebulosas y de la Vía Láctea. Es preciso haber visto a Saturno con un antejojo

50.000 duros a quien se lo arreglara. Pero ahora la cantidad pedida era mucho mayor. Sin duda lo era también la comisión ofrecida. No dije nada; acepté el encargo; pero después de pensarlo bien pedí órdenes escritas. Me las dió Merry del Val, y tales como de él podían esperarse. Consta en el oficio, no que debo esforzarme en ahorrarle al Estado los dos millones, si es posible, sino que tase *sin exageración* en ningún sentido. En suma: lo que se quería de mí es que informase favorablemente, proponiendo el pago de los dos millones. Hice varios viajes a Tetuán, estudiando el asunto a fondo. Merry y García Prieto me apremiaban. Tenían prisa, lo que por primera vez le sucedía a un Gobierno español en Marruecos.

Por fin llevé el informe a Merry. En él, vista la inconsistencia de los títulos de propiedad, impugnaba el pago. Mi conclusión era que no había tales fincas, ni tal influencia francesa peligrosa, y que no se debía pagar nada. Merry quedó aterrado. De allí a pocos días llegó carta de García Prieto pretendiendo refutar mis conclusiones. Sa-

lía a la defensa de los capitalistas extranjeros. Pero yo me mantuve en mis trece. Entonces Merry, viendo que no podía convencerme, díjome con una sonrisa que en el fondo era un mordisco:

— Y usted, ¿qué interés tiene en ahorrarle al Estado esos dos millones, vamos a ver?

— Yo — le contesté — no tengo más interés que cumplir con mi deber. Si ustedes quieren pagar, ¿por qué ha de ser con mi firma? Que firme otro.

Con esta respuesta firmé mi cesantía, y me atraje tal persecución que aún la padezco, pues como mi conflicto no era con el régimen y sus hombres, sino con el Estado, cesante sigo. La mudanza de nombre no ha mudado nada, y la República me mira con el mismo horror con que me mirara la Monarquía.

La historia de lo que vine a padecer queda para otro día. En ella verán los lectores lo que le cuesta a un hombre honrado servir a una entidad que no lo es, y que sólo sabe conducirse mal.

muy poderoso para formarse idea exacta del resplandor que despidió este cometa.»

El cometa se alejó para volver, como muchos de nuestros lectores saben, en 1910. Cuando venía fué visto, antes que por nadie, por Wolf, astrónomo de Heidelberg, que le esperaba con una máquina fotográfica, y le tomó la primera fotografía el día 9 de septiembre de 1909. La historia de la visita del cometa en 1910 la referiré después que haga la de su visita en 1835.

La vuelta del cometa se había calculado con todo género de detalles. Fué Mr. Pantecoulant quien más se aproximó en los cálculos. Desde el año 1759 no se le había visto. Así es que se le esperaba con ansiedad para verlo de cerca y para comprobar la marcha del astro que había de seguir la línea que le habían trazado los astrónomos. El 5 de agosto de 1835 se le vio por primera vez desde un observatorio de Roma. El día 20 ya era visible en toda Europa. Después de un viaje de 76 años volvía fiel a la cita que con los hombres había concertado por una correspondencia de números y de cifras. Pasó por su perihelio, o sea por su mayor proximidad al Sol, el día 16 de noviembre, es decir, cuatro días después de lo que el señor Pantecoulant había calculado. ¡Quién puede asegurar con tanta precisión como un astrónomo la llegada de un personaje, ausente 76 años, con un error de cuatro días tan sólo! Cuando volvió el cometa en 1910 los astrónomos calcularon su vuelta con un error de muy pocas horas. El cometa Halley recorrió el cielo en el año 1835 por los mismos parajes que le habían designado los astrónomos. El día 20 de agosto pasó cerca de la estrella «Zeta» de la constelación del Todo; el 28, entre la constelación de los Gemelos y la del Cochero; en el 21 de septiembre pasó por la del Cochero; el 3 de octubre por la del Lince; el 6, por la de la Osa Mayor; el 12, por la del Boyero; el 13, por la Corona; el 15, entre Hércules y el Serpentario; el 16 de diciembre por cerca de la estrella Antares. El cometa siguió su camino hacia el sur y dejó de ser visible para Europa. Le siguió hasta perderse de vista, como ya he dicho, el astrónomo Juan Herschel.

El cometa Halley nos ha visitado muchas veces. Después de calculada su órbita se ha podido reconstituir su historia. Se sabe que este cometa en el año 12 antes de Jesucristo, había llamado poderosamente la atención en China, y el emperador, como hijo del celeste imperio, le hizo los honores al astro, tocando personalmente en el tambor del trueno el redoble del prodigio. El pueblo chino estuvo en pie durante dos meses. En el 451, en las guerras de Atila, volvió a hacerse visible en el cielo. En el 857 Luis el Piadoso, rey de Francia, puesto de rodillas ante el astro, en un ángulo del terrado de su palacio, le preguntó al cometa qué le anunciaba. Los pares eclesiásticos respondieron por el astro y le aconsejaron que aumentara su fervor religioso, construyendo catedrales

y monasterios. En 1066, Guillermo el Conquistador tomó por guía al cometa para la conquista de Inglaterra. La reina Matilde, mujer del Conquistador, dibujó sobre el tapiz las principales escenas de la conquista y retrató al cometa, brillando sobre una multitud de personas que levantan hacia él los ojos. Este famoso tapiz puede verse todavía hoy en Bayeux. Cuando apareció en 1456, los cristianos estaban en guerra contra los musulmanes. La humanidad creyó ver en él, por la forma de su cola, semejante a la de un sable de fuego, presagio de horribles desgracias. En 1531, Luisa de Saboya, madre de Francisco I, tres días antes de su muerte, observó que una gran claridad penetraba en su cuarto. Mandó descender las cortinas, y a la vista del cometa, exclamó: «Esa es una señal que no se presenta para una persona de baja estofa; Dios las envía para nosotros los grandes. Volved a correr las cortinas; es un cometa que anuncia mi muerte. Preparaémosnos.»

Cuando volvió en 1682 ya lo vio Halley cuando este astrónomo iba en diligencia hacia el observatorio de París. Él fué quien buscó en los archivos, y encontró que en períodos de tiempo casi siempre iguales aparecía un cometa. No vaciló en afirmar que ese cometa que aparecía en el cielo en períodos de tiempo casi siempre iguales era el mismo astro. Y tan cierto estaba de ello, que, como estaba seguro de que moriría antes de que volviese el cometa, recomendó que se tuviese en cuenta cuando volviese que la predicción se debía a un inglés.

Desde entonces ha vuelto en 1759, en 1835 y en 1910. Cuando el cometa vino la última vez venía precedido de una gran propaganda. Ningún acontecimiento en la Tierra absorbía tanto la atención como la presencia de este bohemio sideral. Venía desde una distancia de cinco mil trescientos millones de kilómetros. Valía la pena de saludar a un ser que vive en la inmensidad del espacio y que acude a las citas con tanta puntualidad, formalmente, sin importarle si los hombres que recibieron los parabienes en su último viaje concurrían con la formalidad de que él hacía alarde, al mismo punto de observación de la vez anterior.

Entretanto, el astro se presentaba con todos los ornamentos de su jerarquía. Ya extendía su cola a millones de kilómetros de distancia y su cabeza, adornada de hermosos bucles, alcanzaba dimensiones tan colosales que hubiera podido alojar en ella a nuestra Tierra y la Luna, conservando la distancia que separa a estos dos astros.

El cometa venía de buena fe. Confiaba en que los astrónomos le habían hecho un buen reclamo y habrían dado al vulgo buenos informes de su existencia. Los astrónomos, efectivamente, hicieron siempre buenas ausencias del cometa; pero, la masa ignorante y maliciosa, le había rodeado de una atmósfera malsana, y la gente vivía preocupada y temerosa. Se anuncia-

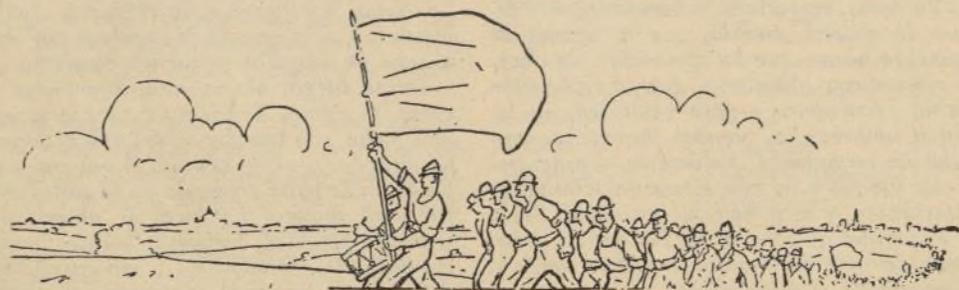
ba el fin del mundo. La cola del cometa tocaría a la Tierra y al verificarse el contacto la humanidad perecería en horroroso cataclismo. Los diarios lo decían. Había que prepararse a bien morir. En Hungría se suicida un hombre diciendo: «Me mato antes de que me maten; me horroriza que me mate un astro». En un pueblo de Alemania, una mujer, enloquecida de terror, arrojó a un pozo a su hijo de seis meses. En algunos pueblos húngaros, las gentes, horrorizadas, se arrojan a los pozos llevando en sus bolsillos todo el dinero que poseían. Durante la noche del 18 al 19 de mayo nadie dormía. En Roma, el cardenal Rampolla ordenó que permaneciera abierta la basílica de San Pedro toda la noche. En Rusia, la mayor parte de la población estaba como enloquecida, y hubo quien, pensándolo mejor, se suicidaba en «delirium tremens». Una niña de 16 años escribía a un astrónomo: «Le suplico de rodillas que me dé una explicación sobre el choque del cometa con la Tierra. Como no tengo más que 16 años, creo que morir el 18 de mayo es morir demasiado pronto. No he empezado a vivir todavía: no sé lo que es la vida. Tened piedad de una niña que no puede superarse al miedo.» En Minnesota (Estados Unidos), millares de personas huyeron en masa hacia el interior por miedo a un golpe de mar producido por el cometa; y otros tapaban cuidadosamente los resquicios de las puertas y ventanas para no aspirar los miasmas cometarios.

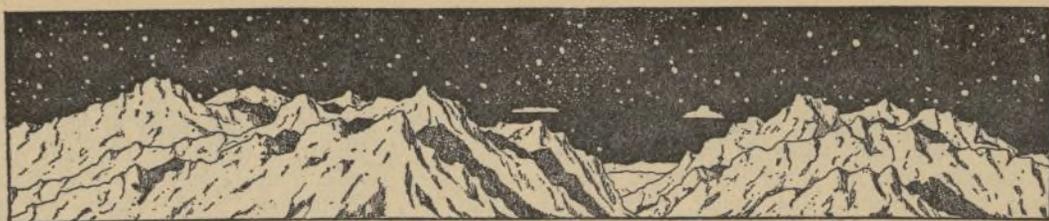
En España hubo suicidios, y en la noche del 18 al 19 de mayo, que era la fecha anunciada para el choque de la cola con la Tierra, la gente estaba en la calle. Al fin, las gentes, decepcionadas de que no ocurriese nada, se retiraron a sus casas malhumoradas, y hubo algunos que, lamentándose del tiempo perdido, retaban al astro por su cobardía.

Sin embargo, el cometa se condujo formalmente con los astrónomos. A la hora de la cita, esto es, el 19 de mayo, el astro se colocó entre el Sol y nosotros, teniendo su cabeza 23 millones de kilómetros más cerca del Sol que la Tierra. Su cola medía 30 millones de kilómetros; por consiguiente nos alcanzaba, quedando un sobrante de siete millones de kilómetros por detrás

de la Tierra. La anchura de la cola era bastante para que nuestro planeta estuviese unas horas dentro de ella. Pero el cometa, al ver que la Tierra iba a «pisarla», hizo un movimiento de minué. La levantó, y dejó pasar al planeta por debajo. No obstante, dejó caer un velo de su vestidura gaseosa y nos envolvió con él durante unas horas. Estuvimos, pues, tocando los tules de su *écharpe*, su aliento perfumado; pero era un perfume insensible, inodoro; un soplo etéreo, celeste, divino... nada. Al siguiente día el cometa Halley cubría el cielo desde un punto al casi diametralmente opuesto; medía una longitud de 150 grados, es decir, casi lo que miden 300 Lunas llenas colocadas una a continuación de otra. Volvía a sumergirse en los abismos tenebrosos del espacio insondable. Como el Judío de la leyenda, sin pararse nunca, tornaba a recorrer su monótono viaje, empezado hace muchísimos siglos.

Las personas temerosas antes del 18 de mayo le miraban luego con simpatía. El cometa replegaba su cola, disminuía de tamaño, se debilitaba, y la luz de la Luna llegó un día a hacerlo invisible. Sólo los astrónomos le acompañaron en las soledades de su viaje. A punto de desaparecer, el 11 de junio del año siguiente, un astrónomo se despidió del celeste personaje, sacándole una fotografía. Adiós, cometa Halley. A pesar de tus reservas de gases tóxicos, no hiciste uso de ellos. Sabemos dónde te hallas, pero no te vemos. En 1948 llegarás a lo más lejos a que puedes llegar, a cinco mil cuatrocientos millones de kilómetros del Sol. Después tomarás el camino de vuelta para ponerte a vistas de los habitantes de la Tierra, allá, por el año 1989. En nuestras añoranzas te recordamos en las dulces noches de mayo cuando vemos los jirones de tu indumentaria entre las estrellas del Acuarium. Cuando vuelvas, te prometo hacer tu historia para una humanidad más espiritual que la que te calumnió en tu último éxodo, más inteligente y de gentes más bien educadas que las que no supieron apreciar tu exquisita galantería. Es seguro que te recibirán con aplausos. Hoy, hallándote a cinco mil millones de kilómetros del Sol, no puedo hacer más por ti. Hasta la vuelta, querido cometa.





DEL GRAN LIBRO

La piedra y el puñado de arena

por ALBERTO CARSI, geólogo

DOS grandes fuerzas constituyen la vida propia de nuestro planeta Tierra: la contracción secular de su núcleo interno, que formó sus relieves y trabaja constantemente por acentuarlos cada vez más, doblando, rompiendo y pulverizando la corteza, por una parte, y por otra, la circulación de las aguas, ese ciclo maravilloso del elemento líquido, que tiende, por el contrario, con sus arrastres y consiguiente sedimentación, a nivelar y suavizar la superficie del planeta sobre el cual vivimos.

Aparte estas dos fuerzas principales, existen infinidad de ellas, que llamariamos secundarias, las que coadyuvan a la acción de las primeras y por tanto a sus resultados finales, pero todas se cierran en un ciclo fatal de destrucción y reconstrucción de las formaciones terrestres, de las rocas, de los minerales, en fin, del elemento sólido que creemos conocer en absoluto, y que, con toda seguridad, encierra infinitos y variados aspectos todavía ignorados por los hombres.

Y el intermediario, el puente, el eslabón que unifica los efectos de estas fuerzas opuestas y en continua lucha, es la arena. Por esto la arena, resumen de toda la mecánica terrestre, conjunto de todas las formaciones anteriores y material constructivo de casi todas las formaciones futuras, merece un canto de alta ciencia y a la vez de delicada y sentida poesía filosófica.

Sin duda alguna, enseña mucho más la contemplación consciente y la meditación sobre una porción de arena, respecto a la constitución y dinamismo de nuestro mundo, que la lectura de centenares de libros, que la aprobación de docenas de asignaturas oficiales y que la realización de muchas excursiones a gran velocidad, en las que sólo se observan las grandes formas, las consecuencias de importantes volúmenes y extensiones de esas fuerzas y de esos elementos diminutos que representan y expresan la intimidad de la vida y el porqué de lo grande. Podríamos decir, sin temor de caer en herejía científica, que, la arena, representa el alma de las moles que im-

presionan por su grandeza, siendo así que las pequeñísimas, que son germen de las grandes imponen y anonadan cuando se las conoce, por su tenacidad y eficacia, a pesar de su delicadeza, por lo que son dignas de ser escogidas como las mejores y más elocuentes maestras.

Basta esparcir sobre la mesa de estudio un puñado de arena; dirigid sobre ella una luz potente y, con ayuda de una lupa que aumente algo nuestra vista, o mejor con un pequeño microscopio, mirad con atención aquella maravillosa substancia.

Sorprende en primer lugar la constitución cristalina de todos los granos. Hace el efecto de que se está mirando un montón de cristales multicolores de diferentes formas y tamaños, predominando, no obstante, los granos blancos y transparentes. La primera vez que se mira arena con algún aumento y buena luz, asombra su belleza, y cuesta algunos esfuerzos y revisiones el cerciorarse de que el espléndido espectáculo que se admira es producido por la simple visión de la abundante y conocidísima substancia que nos ocupa, pues nos parece realmente un elemento nuevo, tan interesante como insospechado. Y con esta sorpresa se presenta inmediatamente un interrogante: ¿Qué es la arena?

Para contestarnos no es menester recurrir a ningún otro medio, sino a la arena misma. Continuemos mirando atentamente el campo de nuestro microscopio; separemos con la punta de un alfiler unos granos de otros, examinémoslos por separado, y dejemos pasar los minutos y, quizá las horas, y esperemos la respuesta que directamente he de darnos la Naturaleza por medio del idioma de aquellos pequeños elementos.

Desde luego, observamos diferencias notables entre los granos de arena; la mayoría, como hemos dicho, son transparentes; son el llamado cristal de roca o cuarzo hialino, el mineral más abundante en la parte conocida de la corteza terrestre. En gran número también, se observan blancos semitransparentes, lechosos, blancos mate, blancos brillantes, rosados, etc.; son cristallitos de feldespato, de baritina, de calcita, de cuarzo tam-

bién; hojuelas de mica, de aspecto metálico, etc. Los hay amarillos y rojizos que son topacios. Rojos que son granates. Negros que son lidita, hierro de diversas mineralizaciones, basaltos, etc. Verdes que son el Peridoto u Olivino, anfíbol o compuestos cobrizos. Vemos perlas acarameladas que son esferillas de ámbar o succino; laminillas nacaradas de bellas irisaciones, que son fragmentos de conchas; bolitas de un metal muy parecido al oro, que es piritita de hierro, etc.

Aparte del color, notamos también la diferencia de formas y de tamaños; unos tienen formas geométricas definidas, o son parte de formas que se rompieron. Otros, aunque en esquirlas, demuestran que pertenecieron a cristales perfectos. Otros parecen pedacitos de materias amorfas, pero por algún detalle se descubre su cristalinidad. Los hay también compuestos de dos o más minerales distintos, formando un pequeño conglomerado del tamaño de la punta del alfiler con que los removemos, y algunos son negros y redondos como diminutos perdigones. Descubrimos poliedros, cubos, tabletas, discos, cupulillas, baculillos...

Sería interminable enumerar los tipos de granos de arena que pueden encontrarse, pero basta con los mencionados, si tenemos presente que una condición y un hecho les son comunes a todos; la condición es que todos los granos son cristalinos; y el hecho: que todos los minerales observados en la arena forman rocas macizas sean cristalinas sean sedimentarias, que también son formadas a expensas de las cristalinas, por cristalización directa de las substancias disueltas en las aguas; por arrastres, o en forma mixta.

El hecho demuestra, pues, que la arena está formada de diminutos fragmentos de rocas trituradas, y siendo esto así, pasa la condición de los granos de arena a las rocas que la produjeron, y resulta que los componentes de todas las rocas, con rara excepción, son cristalinos.

He aquí cómo la observación de la arena nos conduce y nos obliga al estudio microscópico de las rocas, lo que constituye una ciencia modernísima, llamada Petrología, que es, sin duda, la que conduce más segura y directamente a la Geogénesis, imponiendo el trascendental principio expuesto universalmente por nuestro sabio petrólogo don Gonzalo Moragas, el cual dice: «La primera materia sólida se formó en la Tierra por diferenciación mineralógica gránulocrystalina de los componentes de un magma madre líquido». A partir de lo cual, no hay duda de que lo cristalino es lo corriente en los minerales y, por lo tanto, en las rocas y en las arenas, y lo amorfo lo raro.

La arena responde a estas condiciones generales de las rocas de que procede y a su vez determina las de las rocas futuras que han de formarse, o que se están formando ya a sus expensas, mediante los cambios que otros elementos les han de ocasionar. Por lo cual, resulta que las cantidades enormes de arena que tanto abunda en nuestro planeta, son a manera de inmensos y con-

fusos cúmulos de letras sueltas, que sólo falta que la constancia las ordene, para que la reflexión las pueda leer, y entonces, esos pequeños granos, revelen generosamente, con una exactitud y un detalle completos, la filosofía y la poesía más amplias, podríamos decir absolutas, que se desprenden brillantes y aleccionadoras de la historia del mundo.

Como sugerencia final podemos decir que, con parecer tan distintas una piedra y un puñado de arena, solamente las diferencia la cohesión.

Con puñados de arena no podemos defendernos; con piedras, sí. La eficacia consistirá en el grado de unión que exista entre los granos de arena componentes de la piedra...

¿Os he deleitado? ¿Os he hecho meditar? Este es mi propósito al trazar estos renglones; si lo he conseguido, mi satisfacción es completa, y voy con mi lupa y mi esperanza a buscar nuevos motivos para el artículo próximo.

15-3-36.

El período de gestación en los animales

Animales	Período de gestación	Crías
Foca	10-12 meses	1 (2)
Morsa	12 meses	1 (2)
Felinos		
León	102-112 días	1-6 (2-3)
Tigre	98-100 »	2, 3, 4, 5, 6
Leopardo	87-99 »	2-5
Jaguar	99-101 »	2-3
Gato montés		5-6
Gato doméstico	56 »	2-5-6
Caninos		
Zorro	60-63 »	4-7
Chacal	63 »	5-8
Lobo	63-64 »	3-9
Perro casero		3-10
Ballena	10-12 meses	1 (2)
Elefante	20 1/2 meses	1
Rinoceronte	17-18 »	1
Asno	12-13 »	1 (2)
Caballo	12 m. lunares	1
Jabalí	16-20 semanas	4-6
Hipopótamo	11-13 meses	1
Camello	11-13 »	1
Reno	8 meses	1
Jirafa	14-14 1/2 meses	1
Gacela	5-6 meses	1
Oveja	20-25 semanas	1-2 (3-4)
Cabra	21-22 semanas	1, 2 (3-5)
Vaca	285 días	1 (2)

La fisiología del Sueño

por el

Dr. FÉLIX MARTÍ IBÁÑEZ

N

o ya desde los tiempos de la dorada Grecia, sino mucho antes, desde que el hombre apareció sobre la superficie de la tierra, que el problema del sueño preocupa a los humanos. Ese período de varias horas, durante el cual el hombre se escapa del mundo material y se

marcha hacia lo desconocido por la brecha enigmática del sueño, ha venido inquietando grandemente a los pueblos de todas las épocas. Y según que la mentalidad de cada una de ellas estuviese teñida de un color místico, dogmático o racionalista, los hombres han venido interpretando el sueño de uno u otro modo.

La historia de las ideas sobre el sueño podría esquematizarse en tres grandes períodos: en el principio, cuando tras cada estrella del cielo y cada flor de la tierra alentaba una Divinidad, se consideró al sueño como producido por una potencia celestial. Todo contribuía a hacerlo pensar así: porque el sueño aparecía y desaparecía con esa misteriosa facilidad, con esa suave fluidez, se instauraba con la misma difusa vaguedad con que aparecían y desaparecían los Dioses.

El sueño, con arreglo a tales normas, fué en las civilizaciones primitivas investido de una aureola divina. En los *Vedas* — poema épico que refleja la cultura y las costumbres del pueblo ario, varios siglos antes de nuestra Era — se canta «esa dulce impetuosidad del sueño, que nos acovida del alma, nos arroja durante la noche al mete con sus lanzas invisibles y matando nuestra Infinito».

El pueblo griego no sólo creó una Divinidad rectora del sueño, sino que además profundizó en las características psicológicas del citado proceso y le asimiló a la inspiración poética o artística en general; ya que en ambos casos un mundo invisible de imágenes y deseos, invadía la mentalidad del individuo, poblando el escenario de su pensamiento de fantasmagóricos actores.

Siglos más tarde, dos poetas ingleses: el inmortal dramaturgo Shakespeare y el poeta ro-



mántico Shelley, acentuarían esta sutil semejanza entre la inspiración artística y el sueño. Similitud vigorosamente marcada en casos como el de Edgar Poe, escribiendo sus téticos relatos en un estado de semiinconsciencia fronterizo al sueño, o el del enciclopédico Wolfgang v. Goethe escribiendo algunas de sus obras en estado somnabólico.

Otro rasgo de este *período místico* en la interpretación del sueño, fué el concederles a ciertas personas durante él, propiedades adivinatorias o el don de la videncia. En esta creencia se inspiraron los famosos sueños proféticos de la Biblia y los sueños templarios en los templos dedicados a Huopungcho-Said — divinidad médica venerada por los antiguos chinos —, y en los templos médicos de Epidauro y Cnido en Grecia, dormían los enfermos, para que, en su sueño, les enviase el Dios invocado el tan anhelado remedio.

El *período racionalista*, indicado en el *siglo de las luces*, estableció conatos de reinterpretación científica del sueño, que fueron cimentando su construcción sobre bases cada vez más científicas.

En este lapso de tiempo, que abarca hasta los comienzos del siglo XX, lo que progresa es sobre todo la Fisiología del sueño; en cambio, el estudio psicológico del *ensueño* o sea el contenido psíquico encerrado en la jaula fisiológica del *sueño*, permaneció descuidado; y ha sido recientemente cuando la atención de los investigadores se ha concentrado preferentemente sobre el pájaro psicológico que aletea entre los barrotes orgánicos del sueño.

Ello inicia la fase actual o *psicológica* de las interpretaciones del sueño, en la cual se concede

la máxima importancia al análisis de los fenómenos puramente psíquicos del sueño, tanto a sus correlaciones fisiológicas cual verificó Ziehen, como a su simbolismo, tan hábilmente interpretado por la escuela freudiana o incluso a sus directrices metafísicas, indagadas por Steiner.

De este último período nos ocuparemos al tratar de la psicología del ensueño. Hagamos notar tan sólo que por uno de esos ciclos circulares tan frecuentes en la Historia, por los cuales viejas tendencias reviven en cada época, se percibe hoy un renacer de los antiguos coloridos místicos y metafísicos, que nuevamente vuelven a teñir el ropaje interpretativo del sueño; si bien esta vez, el tinte cuenta entre sus ingredientes un color científico del que antes careció.

Actualmente, se desconoce aún el fundamento fisiológico del sueño. Se han formulado infinidad de teorías, que comentaremos brevemente.

Todas ellas vienen presididas por una diferenciación preliminar entre lo que debe entenderse por *sueño* y por *ensueño*.

En líneas generales puede afirmarse que el *sueño* es una función vegetativa destinada a reparar la fatiga e intoxicación celulares.

El *ensueño* que se desarrolla en nuestro psiquismo, mientras reposa el cuerpo invadido por el sueño, es un estado en el cual se verifica una abolición total o parcial de los procesos subconscientes e inconscientes, de los cuales tenemos sólo una borrosa noción en estado de vigilia.

Del ensueño ya nos ocuparemos otro día. El sueño normal, que es lo que hoy nos interesa, origina en nuestro organismo una serie de fenómenos corporales, entre los cuales figura la disminución del tono muscular y relajación de los miembros; el descenso de la presión arterial, de la temperatura y del número de latidos cardíacos; la lentificación de los procesos nutritivos y respiratorios. Toda nuestra estructura corpórea y sus funcionalismos, parecen haber sufrido un *ralentissement*, un retardo, una mayor pausa en sus actividades.

Ahora bien, este cuadro, ¿qué ocultos procesos orgánicos traduce? Este es el problema que ha venido apasionando a los fisiólogos y para solucionar el cual han emitido las más peregrinas hipótesis.

En tres grupos creo que pueden sintetizarse las teorías emitidas sobre la génesis del sueño: a) *Teorías químicas*. b) *Teorías neurológicas*. c) *Teorías endocrinas*.

El grupo de *teorías químicas*, viene representado, especialmente, por Erreva de Bruselas (1891) Binz y Obersteiner (1872), y más recientemente por el fisiólogo inglés Sherrington y el psicólogo francés Pieron.

La síntesis de tales teorías, es aceptar que el sueño no es sino la fatiga química de la corteza cerebral, la intoxicación nerviosa producida por los venenos y alcaloides formados durante el trabajo de la vigilia en todo el cuerpo, sobre todo en las células cerebrales.

Tales toxinas se verterían desde las células nerviosas que las engendran a la sangre o la linfa y esa toxina ejercería sobre los centros cerebrales una acción somnifera pasajera (*hipnotoxina*), hasta que a copia de horas de drenaje y eliminación, por las células nerviosas, se arribaría a la destrucción de la misma y por lo tanto al estado de vigilia. La fatiga del nuevo día volvería a engendrar la toxina y con ello a producirse el sueño reparador.

Este veneno, se ha llegado a aislar por los químicos, los cuales han comprobado que bastaba inyectarlo a un animal despierto para producirle el sueño.

Sin embargo, esta teoría que no explicaba hechos como el retardo o anticipación voluntarios del sueño, ni la influencia que sobre el mismo ejercen la obscuridad y el silencio, ha sido considerada incompleta y en consecuencia, se ha recurrido a las *teorías neurológicas*.

Mathias Duval (1895) pretendió que la causa del sueño era la desconexión de unas células nerviosas con otras. Berger y Loewi le siguieron en esa dirección. Igual que al desconectar un cable eléctrico, cesa la corriente y sobreviene la obscuridad en las luces por él iluminadas, en el sistema nervioso al retraerse las expansiones de las células nerviosas y aislarse unas de otras, se desconectaría el fluido nervioso y se producirían en vez de la luz de la vigilia, las tinieblas del sueño.

Esta teoría ha sido totalmente rechazada en la actualidad. Imperan en cambio, en este grupo, las ideas del Profesor vienés von Ecnómico, el cual, siguiendo la ruta iniciada por Mouther (que admitía la existencia de un «centro cerebral del sueño»), cuyo periódico agotamiento provocaría el reposo nocturno), acepta la acción de ciertos focos o centros situados en las partes profundas del cerebro que regularían el sueño.

Atestiguarían este punto de vista las experiencias por él realizadas, según las cuales ciertas drogas hipnóticas — o sea productoras del sueño — perderían su propiedad al inyectarse en animales descerebrados, carentes por tanto del centro en cuestión. El Profesor Demole ha defendido puntos de vista similares y ha demostrado que en el ser que duerme, disminuye la cantidad de calcio orgánico existente en la sangre. El calcio resultaría con ello tener un papel productor de sueño, hecho ya utilizado para la terapéutica de los insomnios.

Las *teorías endocrinas*, más recientes, afirman que las glándulas de secreción interna juegan un importante papel en la producción del sueño. El Profesor Salmón ha probado la influencia de la secreción de la glándula hipófisis sobre el sueño y ha curado, con extractos de dicha glándula, insomnios rebeldes a todo otro tratamiento y cuya causa era la deficiente secreción de la citada glándula.

Otras glándulas, como la tiroides, tienen también manifiesta acción sobre los mecanismos reguladores del sueño.

Mi concepto es, que no debemos en esto ni en nada ser sectarios.

El mecanismo del sueño, es demasiado complejo para poder explicarlo por una sola de las citadas teorías.

Responde a la vez a *influencias químicas* (fatiga celular), *nerviosas* (centros cerebrales) y *endocrinas* (secreción hipofisaria sobre todo), así como a *factores psicológicos* que analizaremos otro día. Lo fundamental en este caso, a mi juicio, es valorar no sólo al *individuo*, sino también al *mundo ambiental* en que vive. Analizándolos ambos, resulta ser el sueño «una función periódica en relación con los cambios físicos ambientales que determinan la periódica sucesión del día y de la noche». Es una función positiva y protectora que preserva el organismo del ago-

tamiento, siendo, según Claparède un *instinto defensivo de la integridad humana*.

Todos estamos conformes en ello, mas al parecer, siguen en pie los datos de Hodge y Aikins, expuestos en el *Journal of Psychology* en 1895, según los cuales *el diminuto infusorio llamado vorticela, ¡no duerme nunca!*

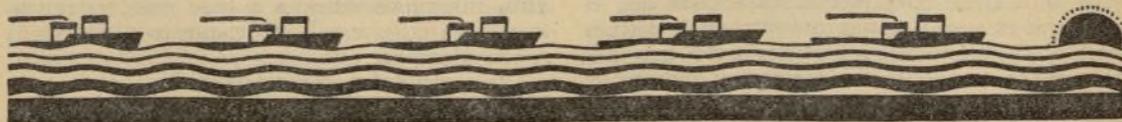
El hecho — tan discutido — echaría por tierra todos los puntos de vista citados.

Verificada nuestra revista del estado actual del problema, dejemos en pie esa misteriosa interrogación sobre el problema del sueño; que es como aun acaban tantos problemas científicos.

Y ante esa cantera de enigmas que encierra la vida humana, tracémos el propósito de aportar cada día nuestro modesto esfuerzo a la solución radiante de los mismos.

El carbón y la energía hidráulica en el mundo

País	Carbón Existencias en miles de millones de toneladas	Extracción anual en millo- nes de toneladas	Energía hidráulica en miles de millones de kilowatts hora anuales	
			Aprovechada	Aprovechable
Estados Unidos	60	518	40	250
Rusia	430	16	0'8	50
Alemania	160	160	2'8	28
Inglaterra	180	300	0'8	2
Canadá	2	14	10	30
Francia	30	46	7	30
Polonia	70	42	0'4	4
Austria	1	1	1	8
Bohemia	15	21	0'3	3
España	2	6	2	10
Suecia	2	2	3'5	25
Suiza	—	—	5	25
Resto de Europa	50	3	9	34
China	60	20	—	45
Otros países	50	150	15	200
Toda la tierra	1112	1299	98'6	744





El 17 de marzo se han cumplido treinta años desde que Johann Most ha muerto repentinamente en Cincinnati, en el curso de una jira de conferencias. Murió como había vivido: en medio del fragor de la propaganda, a la que sirvió como pocos otros en cuarenta años de su vida azarosa. Para apreciar justamente tal existencia de combate, hay que medirla con la medida de su tiempo y juzgarla en conformidad con las circunstancias en que se ha formado y apareció en escena. Apenas habrá otro hombre que haya sido tan rabiosamente odiado y tan implacablemente malentendido por el mundo burgués. Su nombre era para la reacción como un trapo rojo, y no raramente se hizo del incansable redactor de la *Freiheit* una verdadera caricatura de sanguinario salvaje y de apetitos satánicos. Sin embargo, de todos los que entraron en contacto estrecho con Most, no hay uno solo en quien no dejase una impresión duradera la profunda humanidad del hombre, su severo sentimiento de justicia y hasta una cierta ternura de carácter.

La primera actividad de Most en el movimiento revolucionario se desarrolló en una época en que casi toda Europa había sido inundada por una oleada reaccionaria, que exterminó por años y años todos los derechos conquistados y todas las libertades de los pueblos. En Francia la derrota de la Comuna de París condujo a una opresión de varios lustros contra todo el movimiento obrero. En España la caída de la República federalista de 1873 tuvo por consecuencia un brutal régimen de violencia, que puso un fin a toda actividad pública del movimiento libertario. En Italia el Gobierno destruyó las organizaciones de la Internacional y declaró a sus partidarios «malfatori» (malhechores). En Alemania aniquiló Bismarck con sus leyes de excepción las organizaciones sindicales y políticas del proletariado y les privó durante doce años del derecho de actuación pública. Y Austria siguió pronto su ejemplo.

Most mismo fué alejado de Alemania por la ley contra los socialistas y azuzado al destierro, para no volver jamás a su país de origen. Incluso después de la caída de la ley baldón, cuando los socialistas desterrados afluyeron en grandes núcleos, para Most no hubo lugar en Alemania. Fué el único a quien la reacción prusiana no amnistió.

Ninguna teoría, por revolucionaria que sea, puede llevar el corazón de un hombre a una

conmoción tan apasionada como el sentimiento de la justicia injuriada, y cuanto más hondamente se ha desarrollado ese sentimiento en un hombre, tanto más vigorosos son sus efectos. Tal era el caso en Most. Él, a quien la violencia brutal había alejado de su país de origen, perseguido toda la vida como una fiera, y con diez años de su existencia penosa tras los muros de las prisiones, sintió todo el peso de su destino hasta el último soplo, y su temperamento pasional se rebeló contra la coacción que se le había hecho. Era la reacción que Most había creado. Él que no ha experimentado nunca en carne propia esa dura presión, apenas puede imaginarse tal estado de ánimo. Hoy, cuando las dos terceras partes de los países europeos son asolados por una terrible reacción, cuando todo sentimiento de humanidad y de libertad es pisoteado y cuando en las islas penales de Italia y en las pardas cámaras de tortura de la Alemania hitleriana se perpetran diariamente los crímenes más espantosos, se comprende esto mejor.

Es igualmente falso querer elevar a la categoría de dogma absoluto un determinado método, que ha nacido del tiempo y de las circunstancias, como es falso querer juzgar la significación de una personalidad histórica que haya defendido ese método, exclusivamente según éste. A Most sobre todo se aplica esto. Había alcanzado el momento crítico decisivo de su evolución revolucionaria en una época en que la reacción acampaba sobre casi toda Europa y en muchos países no era posible un movimiento popular público. Y en la misma época realizaba el partido de la «Narodnya Volya» en Rusia su lucha desesperada contra la autocracia zarista, y sus hechos conmovían la opinión pública de todo el mundo revolucionario. En tales circunstancias, era comprensible que el valor y significación de los movimientos sociales populares quedasen poco a poco en segundo término y fuese sobreestimada de un modo desmesurado la acción revolucionaria de pequeñas minorías. Most mismo lo ha reconocido en sus años posteriores y lo ha declarado abiertamente.

No era ni crueldad personal ni dureza de sentimientos lo que afianzó en Most esa convicción, sino las circunstancias mismas, cuya brutal realidad había experimentado muy a menudo en carne propia, las que le llevaron a esos pensamientos. Una vez, por ejemplo, escribió: «Thomas Münzer, Marat, Blanqui, John Brown y otros inconcebibles humanistas fueron acusados de bestialidad, aunque no era ningún secreto que todos esos hombres tenían un corazón amoroso en el pecho y eran de la más tierna sentimentalidad. Nada

correspondería mejor a mi naturaleza que el poder clamar con Schiller: «¡Recibid, millones, el beso del mundo entero!» Nada podría darme más satisfacción que el poder confiar en que no hace falta más que proclamar lo bueno, lo noble y lo justo para mover a los actuales propietarios y regentes de la tierra a la comprensión de su injusticia y al abandono de sus intereses personales. La cruda realidad no permite semejantes fantasías apacibles.»

Tampoco hay que olvidar otra cosa para la estimación de la personalidad de Most y de su actuación revolucionaria: luchó casi siempre en tierra extraña entre la emigración revolucionaria y lejos del país en donde su desenvolvimiento espiritual y su labor incansable habrían podido manifestarse justamente. El hecho que Most fuera alejado de su país natal y hubiera de conducir su combate en tierras extrañas, fué la mayor tragedia de su vida. Si su nombre jugó en América, a pesar de todo, un gran papel, fué porque en ningún otro país tenía la emigración, en particular la emigración alemana, una influencia tan grande como la que tenía en Estados Unidos. Pero interiormente no pudo nunca adaptarse a las condiciones americanas y echar pie a tierra en ellas. Su mirada se dirigía de continuo al país en cuyo idioma vivía y obraba.

Pero la significación propia de Most descansa en su función de educador popular y de propagandista del pensamiento libertario. Cuando hace quince años me dispuse a escribir la biografía de ese hombre tan desconocido y revisé con ese objeto los 25 años de su *Freiheit*, comprendí por primera vez lo que ha sido esa publicación para el movimiento libertario de lengua alemana. Nunca se propagaron ideas socialistas y libertarias en un idioma tan popular y claro como lo hizo Most. Hasta aquellos artículos que nos parecen hoy anticuados, se leen siempre con interés íntimo, pues habla en ellos un temperamento ardiente y apasionado que moldea sus pensamientos en palabras que han sido escuchadas al lenguaje del pueblo y son hondamente sentidas. Most fué el verdadero escritor popular del socialismo, como el cual el idioma alemán no puede presentar otro. Y como escribía, así hablaba. Fué seguramente uno de los mejores tribunos del pueblo de todos los tiempos; sus palabras ejercían una influencia fascinadora sobre los oyentes. Y ese vigor de la expresión no lo perdió hasta que la muerte le cerró los ojos.

Pero la *Freiheit* no sólo supo derramar chispas de rebelión en las almas, sino que ha realizado en pro de la instrucción general y del desarrollo espiritual de sus lectores una tarea que apenas ha conseguido otra publicación de ese género. En el curso de su existencia dió a luz una cantidad de artículos excelentes sobre los objetivos y aspiraciones de los antiguos socialistas, e hizo conocer a sus lectores las doctrinas de Fourier, de Owen, de Dezamy, de Dejacque, de Tschernischevsky y de muchos otros precursores. Los dos ensayos brillantes de Bakunín, *Dios y el Es-*

tado y La teología política de Mazzini, llegaron por primera vez, por medio de las columnas de la *Freiheit*, a los lectores alemanes. De Kropotkín se reimprimió en el periódico todo lo que había publicado en la Prensa internacional del socialismo libertario y en otras publicaciones. Igualmente aparecieron allí numerosas traducciones de los escritos de Eliseo Reclus, Jean Grave, Sebastián Faure, A. Hamon, Malatesta, Emile Digeon, Tcherkesoff, Merlino y muchos otros representantes del movimiento libertario de Europa y de América. Para el socialismo libre de los pueblos de habla alemana la *Freiheit* fué un arsenal espiritual que les dió por primera vez la posibilidad de conocer a los pensadores libertarios del extranjero.

Además Most ha sabido siempre rodearse de un gran cuerpo de colaboradores excelentes, y así su periódico fué, desde el artículo de fondo hasta la última noticia del correo de redacción, interesante. Esa fué la causa por la cual hombres como Kropotkín, Reclus y Domela Nieuwenhuis declararon repetidamente que la *Freiheit* era la publicación mejor dirigida del socialismo libertario.

Fué una vida tormentosa y combativa la que encontró un límite mísero con la muerte de Most. Pocos idilios hubo en esa ruda existencia de lucha, que siempre estuvo en el tumulto más denso de las fuerzas en contienda o en la soledad forzada de las tétricas celdas de la prisión. Pero en cambio no le faltaron ni preocupaciones ni privaciones materiales, amargas decepciones y esperanzas frustradas en el sendero laborioso de su vida, donde acechaban de continuo persecuciones de toda especie, cobardes infamias y calumnias venenosas. A más de un anhelo se le cortaron prematuramente las alas, y sueños ardientes se desvanecieron en la nada antes aun de que pudiesen madurar.

La mayoría de los que en días anteriores lucharon con Most mano a mano, tuvieron un crepúsculo de vida acomodado y libre de preocupaciones; sólo él desconoció semejante dicha. Permaneció el mismo proletario que había nacido; la edad había blanqueado su cabello, pero la penuria llamaba siempre a sus puertas y le disputaba cada bocado que servía de alimento para él y los suyos. Pues, como observó justamente su compañera después de su muerte: no ha editado la *Freiheit* para poder vivir, sino que ha vivido para publicar la *Freiheit*.

Y sin embargo, ese hombre tenía capacidades brillantes a su disposición, capacidades que ni siquiera sus adversarios más irreducibles pudieron negarle. Un poco más de «sensatez» y un poco más de atención hacia su bienestar propio, y habría podido desempeñar en Alemania el mismo papel que sus antiguos compañeros de armas Bebel y Liebknecht, y disfrutado, como ellos, de los frutos de su actividad. Pero Most era de otra pasta; no conocía la «sensatez» cuando se trataba de expresar su convicción más íntima, y la reserva inteligente de las llamadas «gentes prác-

tics» le era totalmente extraña. Se parecía al revolucionario que, como decía Danton, llevaba en lugar del corazón una campana de alarma, y ponía en movimiento ininterrumpidamente esa campana para sacudir a los que dormían. Por esta razón fué obligado a salir de su país y tuvo que comer en el extranjero el duro pan del exilio, rodando de prisión en prisión y experimentando hasta la muerte el odio sin límites de sus adversarios.

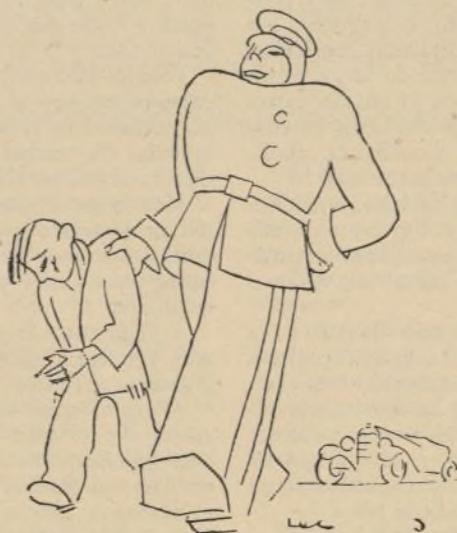
Most convivió el apogeo del movimiento revolucionario en América y ocupó su puesto en esa lucha, y fué testigo después de una decadencia incontenible. Las filas se tornaron cada vez más raleadas a su alrededor. Comprendió que luchaba en un puesto perdido, pero no arrojó las armas, sino que siguió defendiendo cada pulgada con energía indomable. Y sintió hondamente la desdicha de tener que lidiar en tierra extraña, pues la tierra natal se le había cerrado para siempre.

El socialismo de Most no tenía nada que ver con aquel impuro producto que se expende hoy con esa marca. Su socialismo era de naturaleza libertaria. Por esta razón combatió todas las pretensiones centralistas en el movimiento obrero, en las que sólo veía una nueva condición previa para la ulterior esclavización de las masas. Había hecho todas las fases del socialismo autoritario, hasta que llegó a ese reconocimiento, y sus ricas experiencias personales le sirvieron como el mejor guía. Para él era el monopolio del poder tan peligroso como el monopolio de la propiedad, y por eso sostenía inflexiblemente el punto de vista

que no era la conquista del poder político, sino la exclusión de todas las aspiraciones políticas de dominio de la vida social el gran objetivo de la liberación, que había de ir mano a mano con la abolición del monopolio económico.

Para Most la libertad no era un «prejuicio burgués» como para nuestros modernos jacobinos. Libertad era equivalente para él a responsabilidad personal y a iniciativa propia, dos preciosas conquistas, sin las cuales es imposible una transformación social en el sentido de la libertad. Que por eso se concitó el odio de todas las oligarquías dirigentes, es comprensible, pues siempre fué habitual en toda iglesia dictar la excomunión contra los herejes que no querían reconocer la mediación de sus elegidos y ponían la convicción personal como fundamento de su acción.

Justamente en su tierra natal ha sido Most hasta ahora donde peor se le ha conocido y donde más se le ha odiado. Y sin embargo, este hombre fué uno de los precursores más dotados del movimiento obrero revolucionario, cuya incansable y abnegada actuación en pro de la libertad de los desheredados y de los oprimidos quedará inolvidable. Toda su vida testimonia en su favor y en favor de la pureza de su acción. Tenía siempre sus raíces en el pueblo, cuyo lenguaje comprendía como nadie, y cuyas preocupaciones y penurias compartió hasta el último instante. Fué el heraldo de la próxima liberación, cuyo nombre encarnó todo un programa que será para nosotros siempre una bandera desplegada en el camino espinoso hacia un futuro mejor.



Nuestro cinema ante las gestas revolucionarias

P O R
MATEO SANTOS



OCOS momentos tan propios para nuestro cinema como el actual. Los viejos temas se van agotando en la pantalla con su falsa humanidad, sombras de una vida sin nervio y sin alma, caricatura de orden moral y político agonizante.

Puede adquirir nuestro cinema en esta hora un sentido de auténtica españolidad, en oposición a esa grotesca imagen del flamenco, la monja, el chulo y el niño abandonado: lacras de un sistema caduco, de una civilización que se extingue.

El cinema, que es un arte joven, vivo y dinámico, no puede impresionar en el celuloide momias y espectros. Para subsistir, para no anquilosarse, para no ser un arte paralítico, como lo es ya el teatro, tiene que ponerse en movimiento, que captar la realidad que cada hora fragua en el campo, en la fábrica, en el taller, en el laboratorio y aun en los hogares españoles. En estos lugares se encuentran los verdaderos personajes del film, los temas que exige el cine de hoy.

España está henchida de gestas proletarias y revolucionarias. ¿Cabe buscar entonces el argumento ñoño y fácilmente sentimental, el trivial suceso con carácter de folletín, la anécdota en torno al problema sexual, disfrazado hipócritamente con la máscara del «flirt», de la aventura galante, del amor romántico, de la pasión capaz del homicidio por exasperación del sexo insatisfecho, reminiscencias de una novelística apollada y de un teatro huero y declamatorio?

Partiendo de la implantación de la segunda República española y sus vísperas, hay asuntos enjundiosos, llenos incluso de trascendencia histórica, suficientes para nutrir de imágenes vivas el celuloide hispano.

La jornada de Jaca no ha sido llevada a la pantalla. No ignoro que se hizo una película titulada *Fermín Galán*. Pero se recogió en ella, en forma poemática, desvirtuando su sentido de insurgencia, aquella revuelta. Quiere ser esa cinta una biografía de Fermín Galán, y es — ya lo he dicho — un poema semirromántico. Incluso como biografía y como está malograda la obra.

Por otra parte, la importancia estaba en el suceso revolucionario, no en la figura de su principal protagonista, convertida en ese film en *star* cinematográfico. El cinema que capta y refleja en la pantalla la amplitud de un movimiento co-



lectivo con caracteres de protesta violenta contra un estado de cosas, no puede ser un cine americanizado y comercial de «estrellas», sino un cinema social y de masas. Este fué el error más tremendo del realizador de la película *Fermín Galán*.

El capitán rojo de Jaca debió pasar por el lienzo con la significación que tuvo en el suceso; pero el film no debió ser *Galán*, sino *Jaca*. El hombre, en estos casos, es lo menos; el suceso o insurgencia de que forma parte, es lo más.

Falta de visión histórica y de emoción, de fervor revolucionario, en el director de la cinta.

A la de Jaca siguieron otras gestas populares, otras subversiones.

Casas Viejas era otro film magnífico. Aquel puñado de campesinos, implantando el comunismo libertario en una pequeña aldea andaluza, tiene más romanticismo que todas esas historias de amores desgraciados, niños sin padres conocidos y todo esa variada gama de los argumentos al uso.

Porque allí, en la aldehuela andaluza, aquellos campesinos, con el anciano «Seisdedos» al frente, anhelaban una humanidad más justa, se jugaron la vida, de verdad, por mantener en alto, como una bandera, su ideal de redención y de libertad.

Hay otros episodios de la marcha ascendente del proletariado español, donde encontrar temas edificantes, por la savia revolucionaria que los nutre, que están pidiendo ser registrados en el celuloide.

Y llegamos a la gesta más extraordinaria, ejemplar y heroica, producida por la masa obrera española: Asturias.

¿Pero es que Asturias no seduce a ningún director del cinema nacional? ¿Es que no tienen una grandeza histórica imponente aquellos días, en que un pueblo se alzó valientemente contra el fascismo, contra sus ridículos — aunque crueles — tiranuelos, contra un Estado podrido, contra un gobierno de tahures y de dictadorzuelos de cero noventa y cinco?

El gesto viril del pueblo asturiano contrasta con la impotencia y la parálisis moral de aquellos

Los trastornos nutritivos de la primera infancia

EL CÓLERA INFANTIL

por el Dr. Ernesto Selva y Sandoval

I



LOS conocimientos modernos de los trastornos nutritivos de la primera edad de la vida, han ensanchado de tal manera el campo de la Pediatría, que su estudio constituye por sí solo una verdadera especialidad y debiera ocupar por su importancia una cátedra universitaria.

Al hablar de trastornos nutritivos de la infancia quiero referirme a la acción dañina que, partiendo de un tramo del canal digestivo, de origen alimenticio, altera el metabolismo ocasionando un déficit en las defensas y estado general del niño. Trastornos nutritivos y trastornos digestivos van tan íntimamente ligados, que aquí estas palabras significan conceptos obvios para evitar la errónea interpretación que pueda dárseles. Aunque todos los temas que tratan de este sector de las enfermedades de la infancia tienen un interés enorme porque preséntanse la mayoría de ellas en la época más delicada de la vida, cual es

la lactancia, no obstante me ocuparé hoy solamente de dos entidades clínicas, *el cólera infantil* y *la atrepsia* que son la causa principal en esa edad, de la mayor pérdida de niños.

Toda diarrea producida por un insulto intestinal en un lactante criado especialmente al biberón determina o puede determinar un serio disturbio en el organismo infantil que muchas veces pone en riesgo su vida y otras es tal el carácter de gravedad, por la intoxicación y deshidratación producida que el pequeño enfermo llega a sucumbir. Esta dolencia que se desarrolla en plazo corto, se conoce con los nombres de cólera infantil y anhidremia debido a las grandes pérdidas de agua que causan y por la profunda intoxicación general que domina el cuadro del enfermo por el de toxicosis alimenticia y como dis péptico. Es corriente observarlo en los países de clima cálido y en las épocas estivales en los lugares fríos, porque el calor desempeña un papel primordial en el desarrollo de la enfermedad alterando o dificultando la digestión de la misma que se hace lenta y pesada dando pábulo a la flora mi-

políticos, que tomaron la determinación más vergonzosa que jamás cometió ningún gobernante español, ni aun en la época de la dictadura: enviar contra aquellos hombres que reivindicaban el derecho a vivir dentro de una sociedad más humana, las hordas desmandadas de los Regulares.

¡Aquellos políticos, los Lerroux y los Gil Robles, cometieron la felonía de traer a la península unos centenares de rifeños para que cazaran como a conejos a los obreros asturianos!

¡Los moros haciendo una matanza de españoles dentro de España, por orden de un gobierno español!

¿Qué otro caso registra nuestra historia política?

Pero dejemos esto, que nos lleva a otro terreno que el puramente cinematográfico y que nos saca de quicio.

Asturias sería un film magnífico, de una importancia superior incluso a la de *El acorazado Potemkin*, de Sergio M. Eisenstein y a la de *El expreso azul*, de Trauberg.

Sólo que aquí no hay realizadores de esa envergadura.

El tema es demasiado grande para la pequeñez de los directores indígenas.

Y, sin embargo, alguien, no sabemos quién, debería impulsar esta idea, en la que había de cooperar, prestando la ayuda del Estado, el actual gobierno.

Aunque nada de esto sucederá. Porque...

Nota. — Los compañeros que se interesen por algún asunto relacionado con el cine, en sus aspectos técnico o artístico, pueden dirigirse al articulista de esta sección, el camarada Mateo Santos, que contestará las consultas que se le hagan.

crobiana de la fermentación que vive como huésped habitual en el intestino.

Este protesta de la acción irritativa producida, y la diarrea y los fenómenos tóxicos explotan modificando profundamente la nutrición del niño. Sabido es que una dispepsia fermentativa (diarrea ácida) está determinada por la alimentación, siendo su principio inmediato (azúcar) el responsable de ese trastorno, auxiliado del elemento graso cuyo papel es el de inclinarse a favor del principio inmediato que ha provocado la enfermedad. Por ejemplo, si el trastorno nutritivo es pútrido o alcalino por prevalecer la albúmina, la grasa en forma de jabones se va con ella y al revés si es ácida o fermentativa, ella propende con los ácidos grasos a favorecer la fermentación.

Como se ve, la intoxicación alimenticia, o cólera infantil, viene ocasionada por los trastornos alimenticios agudos y diarreicos. El niño que hasta entonces tenía un excelente peso y gozaba de buena salud o bien padecía una ligera diarrea ácida con o sin febrícula banal, de pronto una inquietud se apodera de él, palidece tenuemente y aparecen unas regurgitaciones que preludian los vómitos y la diarrea intensa que se avecinan y que hacen presumir que una enfermedad se apodera del niño. Efectivamente, a las pocas horas estalla el drama que, precedido generalmente de un período de excitación, obliga al niño a hundirse en la más absoluta oscuridad de la conciencia. Aquella mirada alegre y viva que tenía se transforma en una mirada fija e inexpressiva, rígida y dirigida como quien contempla el infinito. Un tinte ligeramente gris-azulado invade los párpados y la cara toma el aspecto de la más completa indiferencia. El pulso se hace miserable y sin ritmo. La respiración es amplia y con frecuencia irregular, y si la temperatura es elevada se hace más acelerada y profunda, parecida a la de un animal cansado. La fiebre sufre oscilaciones más o menos bruscas durante la enfermedad. La piel ha perdido la turgescencia y el color rosáceo característico del niño sano, para convertirse en una piel seca y mate ligeramente cianótica que se deja fácilmente levantar con los dedos dejando pliegues persistentes. Pueden existir convulsiones, rigidez de nuca, contracturas de las extremidades y sobrevenir síntomas de colapso (miembros fríos y desfallecimiento de la energía cardíaca).

El niño que está sumido en un sopor, de cuando en cuando exhala algunos débiles gemidos. En pocos días el enfermito ha perdido un peso considerable y tal es el estado de gravedad de este cuadro que el conjunto de todo él da la impresión terrorífica de la imagen macabra de la muerte.

Esta enfermedad, la más temible de las afec-

ciones del tubo digestivo de la primera infancia, es la causante de la enorme mortalidad que padecen los niños en el período de la lactancia, muy particularmente en las épocas rigurosas del verano.

Extractando diré que la pérdida del conocimiento, la respiración tóxica (parecida a la del diabético en coma), el colapso y la rápida caída del peso son los signos principales para sentar una indicación terapéutica urgente de intoxicación alimenticia o cólera infantil.

Exprofesamente he omitido entre estos síntomas el vómito y la diarrea por ser comunes a todas las enfermedades agudas del aparato digestivo del niño, y aun de otras afecciones que, ajenas a este aparato, se reflejan en él produciendo aquellos síntomas, que en algunas ocasiones puede despistar al clínico para formular un diagnóstico exacto. Y no hay también que olvidar que durante el período más grave de la enfermedad pueden ellos faltar o ser escasos. Yo he visto en más de una ocasión verdaderas toxicosis sin diarrea y otras en que apenas ésta se manifiesta ocupando un papel secundario frente al daño general que estaba poniendo en trance de muerte al enfermito.

El pronóstico de esos niños está en razón directa del grado de substancias tóxicas que se hayan formado y de la cantidad de agua perdida por las expoliaciones intestinales, árbol respiratorio, etc., como también de la hidrolabilidad de ciertos niños (dificultad de retener el agua en los tejidos por su especial constitución) que anula la función íntima de este elemento en el seno de las células; es decir, que las sales de calcio y las grasas no podrán contrarrestar, por no haber lugar, la acción imbibitoria de los otros principios inmediatos y de las otras sales, y por lo tanto la sequedad de los tejidos será su consecuencia.

Muchas veces no es tarea fácil vencer los fenómenos tóxicos y satisfacer las exoraciones apremiantes de agua que demanda el tierno enfermo. Depende el feliz resultado de muchos factores, entre ellos los sociales ocupan un primer puesto, porque no podremos, si éstos no existen, desarrollar los delicados cuidados que el niño, afecto de esta enfermedad necesita, ya que desintoxicarle, hidratarle y poner el tubo digestivo en condiciones para que su función se restablezca normalmente, requieren no sólo conocimientos especiales, sino el auxilio de personas que sepan cumplir con los preceptos indicados. De lo contrario nos veremos siempre muy comprometidos para terminar bien un tratamiento de cólera infantil. No así en cambio, cuando contamos con esas condiciones o por lo menos con buena voluntad por parte de la familia, particularmente por parte de la madre del niño, porque entonces nuestra actuación responderá con éxito en la mayoría de veces al tratamiento que hayamos empleado.

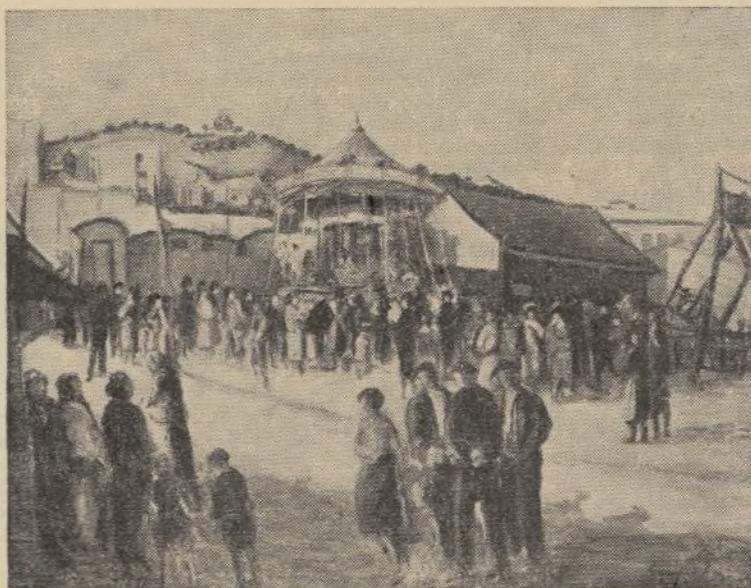
Arte y ARTISTAS

Exposiciones de Barcelona

Por G. COCHET

Muy frecuentemente se da el caso de hombres de grande estatura y ancho cuerpo pero de menudados recursos de espíritu e inteligencia. Hablemos de Planas Doria, Sala Parés; sus pinturas no pueden ser más insulsas; parecen pintadas por una señorita cursi; sin embargo este señor, que es presidente del aristocrático Círculo Artístico,

en situación de descanso, así en pintura hay lo grandilocuente, lo de efecto, lo sonoro, pero superficial; en cambio, por otro lado, hay lo más humilde, rudo y laborioso, pero ungido de sentimiento y calidad. La pintura, y en esta ocasión los dibujos de Comelarán, son esto mismo: calidad y mucha humanidad, y estoy convencido



Fiesta de barriada, por Juan Comelarán

se destaca en todas partes por su estatura y corpulencia.

Hasta hace poco estuvo en boga, en Barcelona, una pintura comercial llamada vulgarmente de «escaleta», porque se exponía en pequeños comercios instalados al lado de las escaleras, en la entrada de las casas. Ventosa, en la Pinacoteca, ha querido resucitar esta pintura que parece copiada de tarjetas postales. El mal no está en esto, pues desde este punto de vista, lo hace muy bien, pero lo que se le reprocha es querer hacer pasar eso por cosa seria, y lo más triste es que críticos como Planas, de *La Vanguardia*, lo comparen a Martí Alsina, que fué un buen pintor. Así se engaña al público, cuando no hay otra finalidad que la de ganar dinero.

Juan Comelarán, es un artista auténtico. ¡Por fin encuentro uno! Así como cuando se acompaña con el pensamiento al hablar es más difícil que cuando se charla y vocifera con el cerebro

que actualmente no hay más que este camino para llegar a ser un buen artista; pues si admiramos los decoradores del Renacimiento italiano es porque entonces estaban en su lugar, respondían a la magnitud de los edificios de los que sus obras eran complemento; si destacáramos un trozo de los frescos de Miguel Angel veríamos, aislados de su conjunto, hasta qué punto perderían de su verdadero valor artístico. Así, puesto que hoy día, por lo menos ahora, carecemos de grandes paredes que decorar y estamos limitados a la pintura de caballete, ésta, no formando parte de ninguna armonía de conjunto, es lógico que reconcentre, resuma, en sus limitadas dimensiones todo el valor global del arte de la pintura.

Comelarán expresa en sus dibujos, además de ese sentimiento puramente plástico, una gran poesía que resulta del cariño que pone en su obra; así, sus vistas del Clot y de Somorrostro, etcétera, son verdaderos poemas.

Bibliografía

LUIGI GALLEANI: *Medaglioni: Aneliti e Singulti*. — Un vol. de 363 págs. Bca. de «L'Adunata dei Reffrattari», Newark, N. J., 1935. Precio 0'80 de dólar.

Los editores de «L'Adunata dei Reffrattari», de Newark, se han impuesto por tarea la recopilación de los escritos de Luigi Galleani y hasta aquí son ya varios los volúmenes resultantes de ese esfuerzo, con lo cual prestan un gran servicio a la bibliografía anarquista. *Aneliti e Singulti* constituye una especie de segunda parte de *Figure e Figuri*, sólo que, mientras en éste se trata de retratos, de resúmenes biográficos, de figuras de la vida revolucionaria, en aquél se trata más bien de hechos, de acontecimientos de la revuelta individual y colectiva. Pero los dos volúmenes son inseparables.

El vigor del estilo, la fuerza del lenguaje de Galleani son extraordinarios. Se recibe la impresión de que, aun cuando emplea la pluma, Galleani es el tribuno popular que arrebató con su pasión y su empuje. Hasta el último instante fué un subversivo implacable, irreductible; en otros militantes se advierte al correr de los años un descenso de la emotividad y del vigor; Galleani fué el mismo desde su primera juventud hasta su muerte.

P. KROPOTKÍN: *Ética. Origen y evolución de la moral*. — Un volumen de 300 págs. de la Biblioteca Universal de Estudios Sociales. Ediciones «Tierra y Libertad», 1936. Precio, 3 ptas.

La Biblioteca Universal de Estudios Sociales ha enriquecido sus ediciones con la reimpresión de la obra póstuma del gran Kropotkín, agotada en su primera edición española por la editorial «Argonauta», de Buenos Aires. Nos creemos dispensados de ponderar la riqueza de contenido de este libro, a quien la muerte del autor, el 8 de febrero de 1921, impidió terminar. En la intención de los edito-

res está el suplir esa falta deplorable con la recopilación en un nuevo volumen de todo el material, publicado ya o inédito aún, que refleje las ideas morales kropotkinianas. Un propósito que será realizado si prosigue el apoyo y la comprensión de los interesados en la divulgación de nuestra rica literatura.

IGNOTUS: *La represión de octubre*. — Documentos sobre la barbarie de nuestra civilización. Un vol. de 256 págs. Ampliamente ilustradas. Ediciones «Tierra y Libertad», 1936. Precio, 2'50 pesetas.

¡Dante no ha visto nada! Así titulaba Albert Londres, desaparecido trágicamente en un naufragio hace poco, uno de sus resonantes reportajes sobre el Biribi, el presidio francés. ¿Cómo habría titulado el reportaje que habría podido hacer sobre la represión de octubre en España? En el libro que acaba de ver la luz no se hace más que recoger, sin comentario, documentos, declaraciones de los torturados, denuncias de personalidades bien conocidas que se sintieron horrorizadas ante lo que vieron en Asturias.

Hace cuarenta años, José Prat y Ricardo Mella recogieron en un volumen parecido, sobrio, titulado *La Barbarie gubernamental*, unos centenares de páginas que no se leen sin estremecimiento y sin lágrimas. ¿Pero qué representan ya los martirios del Montjuich en el proceso por la bomba de Cambios Nuevos frente a lo que en este libro relatan los propios torturados de Asturias, León y Palencia? Lo de Cambios Nuevos tuvo su epílogo en Santa Águeda; ahora nos conformamos con esperar lo que hará una investigación ordenada por el Gobierno.

Por ese camino no ha de llegar ninguna satisfacción ni se hará justicia. El Gobierno no se siente con la fuerza necesaria para decretar el procesamiento de Lerroux y Gil Robles y la disolución de la Guardia civil y de la guardia de Asalto que intervinieron en la consumación de horrores dantescos. La justicia no vendrá de arriba, sino

que, en estos casos, o viene de abajo o no viene.

Este libro, que no refleja, sin embargo, más que una pequeña parte de la verdad, como un botón de muestra, merece que sea leído por los que dudan de que la bestia humana pueda llegar a tales excesos.

ERRICO MALATESTA: *Entre campesinos*. Un vol. de 48 págs. Ediciones «Tierra y Libertad». Precio, 30 céntimos.

Por primera vez en España se publica íntegramente el hermoso folleto de Malatesta *Entre campesinos*, una de las joyas de nuestra literatura, que ha sido traducido a todos los idiomas y divulgado en millones y millones de ejemplares. Corresponde esta edición a la octava de la Editorial «La Protesta», de Buenos Aires, que ha sido la primera que apareció en español, en 1931, en su texto íntegro.

SOLANO PALACIO: *La revolución de octubre. Quince días de Comunismo libertario en Asturias*. Un vol. de 190 págs. Ediciones «El Luchador», Barcelona, 1936. Precio, 3 ptas.

El camarada Solano Palacio tuvo en Mieres una destacada actuación durante los sucesos de octubre. Su conocimiento de la topografía asturiana y de los hechos de la heroica rebelión le han permitido hacer un relato en donde aporta datos valiosos que contribuyen a esclarecer acontecimientos inolvidables. Con el volumen de Solano Palacio y el editado por nosotros: *El anarquismo en la insurrección de Asturias*, se ha enjuiciado la actuación de nuestros camaradas y de las fuerzas revolucionarias en general en aquellas jornadas. Y se ha respondido así a las calumnias internacionalmente difundidas contra nosotros.

En lo sucesivo sólo cabe que los camaradas que puedan, continúen aclarando detalles inéditos, pero necesarios para una mejor comprensión y valoración de octubre. Y así estos primeros trabajos pueden ser la base de una futura síntesis definitiva.

CONSULTORIO MÉDICO - EUGÉNICO

Las preguntas - no más de dos - deben redactarse clara y concisamente y dirigirse, junto con el cupón que en otro lugar se publica, a esta Redacción. Las que hayan de ser contestadas particularmente deben enviarse al doctor Martí Ibáñez, Benet y Mercadé, 15 Barcelona (Gracia), acompañando cupón y sello de Correos.

Las preguntas se contestan por riguroso orden de recepción.

PREGUNTA:

¿Cómo puede influir la Psicología sobre los síntomas corporales? — E. F. — Barcelona.

RESPUESTA:

La Psicología médica, actúa sobre los síntomas corporales, por el mismo mecanismo en virtud del cual, tales síntomas no son sino la traducción plástica de procesos mentales.

Una alteración psíquica cualquiera, un complejo reprimido, un deseo rechazado a la subconsciencia, originan un síntoma corporal, que no es sino el reflejo orgánico del hecho psicológico que lo motivó. En tal caso, los tratamientos medicamentosos que pretenden corregir el síntoma en cuestión, no tendrán eficacia y sí los tratamientos psicológicos; ya que atacando la causa mental suprimirán el efecto corporal de la misma. De ahí que mediante la Psicología médica puedan a veces conseguirse aparatosas curaciones, que no fué posible obtener mediante los tratamientos químicos.

En tales casos la Psicología representa un tratamiento profundo de los dichos síntomas, ya que no rebalsa sobre los mismos, sino que va a la entraña de su génesis y desatando el nudo psicológico formado, restablece la total normalidad fisiológica.

PREGUNTA:

1) Sobre una delgadez rebelde a toda sobrealimentación. 2) ¿Puede existir cura para la tartamudez y sobre todo la defectuosa pronunciación de la letra R? — Un lector de TIEMPOS NUEVOS.

RESPUESTA:

1) Le digo de la delgadez, lo que a la anterior consultante del temblor: que en la mayoría de los casos no se trata de una enfermedad, sino de un síntoma que precisa relacionar con otros para llegar a comprender el proceso que la origina.

En su caso pudiera tratarse de una *delgadez esencial*, debida a defectuoso funcionalismo de las glándulas endocrinas y a perturbaciones del recambio nutritivo que impiden la buena asimilación de los alimentos. En tal caso lo más conveniente es una vida sencilla y natural, con deporte moderado, un régimen alimenticio rico en grasas y farináceos, en manjares azucarados, mantequilla, requesón, frutas maduras y confituras; inyecciones de insulina (a muy pequeña dosis) antes de las dos principales comidas; reposo después de las comidas y permanencia en cama durante diez horas por la noche; así como dosis pequeñísimas de tiroidina — que actúan frenando la excesiva reacción

de la glándula tiroides, que es casi siempre el principal factor causal de la delgadez.

2) La tartamudez puede ser corregida en un Instituto de reeducación de la palabra (en la Escuela del Trabajo le darán razón del existente en nuestra ciudad); a base de ejercicios pacientes de lectura y pronunciación delante de un espejo y de un tratamiento psicológico que venza las inhibiciones mentales existentes, que dificultan la armónica y correcta emisión de la palabra.

PREGUNTA:

¿Qué le recomienda el Dr. Martí Ibáñez a una muchacha de 17 años que le tiemblan desde mucho tiempo y bastante, las manos y el pulso? — Nieltóbert.

RESPUESTA:

Para responder concretamente debería conocer otros datos. El temblor no constituye una enfermedad, sino simplemente con síntoma, es decir, una manifestación de procesos patológicos muy diversos. El temblor puede obedecer a las más variadas causas: Alteraciones de la glándula tiroides (mal de Basedow) en cuyo caso le acompañan otros síntomas como aceleración del pulso, sudoración abundante, emotividad exagerada, proyección de los globos oculares, etc.; enfermedades nerviosas (como la esclerosis en plaças), yendo entonces unido a alternaciones del lenguaje; a veces responde a trastornos psicológicos, en cuyo caso no traduce sino alteraciones psíquicas profundas, etc.

Por lo tanto, debería de indicarme otros datos más concretos, referentes a las otras molestias que acompañen el temblor en el caso que me pregunta usted.

PREGUNTA:

¿Qué se debe hacer para tratar a un enfermo cocainizado y sin sentido por intoxicación aguda con dicha droga? — Un entusiasta de Lugo.

RESPUESTA:

Acostar al enfermo boca arriba y con la cabeza hacia atrás. Golpear el rostro y el tórax desnudo del paciente con una tohalla empapada en agua fría; darle unas cucharadas de café puro con un poco de coñac; fricciones enérgicas con un paño áspero de todo el cuerpo; aplicarle calor a las piernas y si es preciso darle una o varias inyecciones de éter y cafeína.

Para la curación total del cocainismo, se impone la reclusión del cocainómano en un establecimiento adecuado.

Consultorio de Puericultura

por la Dra. Amparo Poch y Gascón

R. Abad, Alcoy (Alicante).

Tiene un niño de cinco meses, que pesa 10 kilogramos; alimentado al pecho.

Quiere empezar a darle papillas y zumos de frutas. Hace las siguientes preguntas:

1.^a *¿Cuáles son los alimentos más eficaces para combinarlos con las tetadas que le da su madre.*

Lo primero, amigo Abad, hay que felicitarle por su hermoso hijo. Debe ser hermoso, efectivamente, a juzgar por la cifra de peso, si está bien tomada. A los cinco meses, en nuestro país, el peso corriente de los niños es de 6,500 a 7,000 gramos. Así que el pequeño sobrepasa abundantemente el peso que le corresponde por su edad.

Aquí se acostumbra a aconsejar la alimentación complementaria de la leche materna, una vez cumplido el medio año. Pero si el niño está sano y usted quiere empezar antes, yo no veo ningún inconveniente.

Una vez pasados los seis meses, la alimentación láctea exclusiva no es conveniente para el niño; una de las razones es la escasa cantidad de hierro que lleva la leche; y siendo este metal muy preciso para el organismo infantil es necesario administrarlo con otros alimentos distintos de la leche.

Cuáles han de ser estos alimentos, varía según el país. Los pediatras alemanes, que figuran sin disputa en primera fila, aconsejan empezar con el zumo de frutas frescas y dulces, completamente maduras y libres de fermentación. A los pocos días de consumir el niño dos o tres cucharaditas de jugo de frutas, se substituye una de las tetadas por una sopita.

Mi consejo es el siguiente: co-

mience a dar al niño zumo de naranjas dulces; si no le agrada solo, al principio puede añadirse un poco de azúcar. La cantidad de un par de cucharaditas bastará al principio; el estado del niño es el que servirá de pauta para su aumento, y a los diez o doce meses puede tomar el zumo de una naranja, diariamente.

A los ocho o diez días de tomar el jugo de naranja, se substituirá una de las tetadas por una papilla, que puede prepararse con sémola, tapioca o cualquier harina para niños, de preferencia la harina Neave, que da resultados excelentes, o la harina lacteada Nestlé. Si se emplea sémola o tapioca, se usará en la proporción de una o dos cucharaditas por 200 a 250 gramos de leche. Las harinas que se expenden en el comercio llevan una tabla indicadora de las cantidades, que son distintas, según el preparado.

2.^a *¿A qué horas y qué cantidad debo de darle?*

Las tetadas, a la edad de este niño, deben estar distanciadas de tres horas, y una hora más después de la papilla que substituirá a una tetada diurna. Al cabo de quince o veinte días, si la papilla es bien tolerada, puede substituirse una segunda tetada. La cantidad de leche materna debe dejarse al gusto e instinto del pequeño, tratándose de un niño normal y de un pecho también normal. Las cantidades de papilla las indico anteriormente.

3.^a *¿A qué edad debe practicar la gimnasia sueca?*

Le falta mucho todavía, amigo Abad. Hasta los seis años, la gimnasia del niño son sus juegos. De los seis a los trece años, la educación física comprende la marcha

Correspondencia por intermedio de TIEMPOS NUEVOS o directamente, calle Dr. Castelo, 9, Madrid, adjuntando el cupón impreso en las cubiertas.

acompañada de canciones; las actitudes correctivas y educativas; y de los trece años en adelante puede iniciarse al niño en la natación, en la gimnasia sistematizada, pero bajo la dirección médica, por ser esta una cuestión muy delicada.

4.^a *¿Qué es lo mejor para lavarle todos los días los ojos?*

En un caso normal, el agua hervida, antes de la limpieza general. Procúrese que el jabón no penetre durante el lavado, pues irrita la conjuntiva.

5.^a *En caso de una infección gastrointestinal, ¿qué debo de darle?*

Las verdaderas infecciones gastrointestinales son tan raras en el lactante, que casi nunca existen más que en el diagnóstico médico. Esto ya no es puericultura, sino pediatría, y cualquier trastorno digestivo del niño requiere una atenta vigilancia por parte del médico y un tratamiento adecuado al caso concreto. Honradamente, no puede generalizarse ni resolverse a distancia este asunto.

6.^a *¿Es partidaria de aplicarles a los nenes la vacuna antivariólica? (esta pregunta está hecha en otros términos, pero este es el contenido esencial).*

Personalmente, sí; aunque respetando todas las objeciones hechas en contra. Fuera de los casos en que está contraindicada, creo que debe hacerse uso de ella, pues aun reconociendo alguno de sus riesgos, el beneficio aportado por la vacunación antivariólica es, con mucho, superior a todos ellos. Aun sus mismos detractores han experimentado el bien obtenido por la vacunación de grandes masas de gentes.



Conde de Volney: <i>Las ruinas de Palmira</i>	2'—	Varios: <i>Cancionero revolucionario</i>	0'25
7. Reclus: <i>Evolución y revolución</i>	2'—	P. Kropotkín: <i>Justicia y Moralidad</i>	0'20
<i>nanaque de «Tierra y Libertad», 1933 y 1934.</i>	2'—	Dr. Lazarte: <i>La R. Sexual de nuestros tiempos.</i>	0'40
<i>rrreta: La religión al alcance de todos</i>	2'—	J. Peirats: <i>Glosas anárquicas</i>	0'20
P. Kropotkín: <i>La conquista del pan</i>	2'—	F. Alba: <i>La labor cultural de los Ateneos</i>	0'20
2. Kropotkín: <i>La ciencia moderna y el anar-</i>		R. Chauchi: <i>Inmoralidad del matrimonio</i>	0'20
<i>quismo.</i>	1'50	F. Salvochea: <i>La contribución de la sangre</i>	0'20
A. Lorenzo: <i>Hacia la emancipación</i>	1'50	Han Ryner: <i>La sabiduría riente (160 páginas).</i>	1'50
A. Lorenzo: <i>El banquete de la vida</i>	1'50	Quiroule: <i>Sobre la ruta de la anarquía</i>	1'80
S. Faure: <i>Temas subversivos</i>	3'—	S. Faure: <i>Los crímenes de Dios</i>	0'20
R. Barcos: <i>Libertad sexual de las mujeres</i>	3'—	B. Mota: <i>Ni Dios ni Patria</i>	0'20
Jean Marestan: <i>La educación sexual</i>	3'50	A. J. Torres: <i>¡A la lucha!</i>	0'20
R. Rocker: <i>Socialismo constructivo</i>	0'50	A. Lorenzo: <i>El Sindicalismo</i>	0'20
Ch. Cornelissen: <i>Evolución de la sociedad mo-</i>		Blázquez de Pedro: <i>El derecho al placer</i>	0'20
<i>derma.</i>	0'50	Reclus: <i>La Anarquía</i>	0'20
M. Nettelau: <i>Esbozo de la historia de las utopías.</i>	0'70	Converti: <i>República y Anarquía</i>	0'20
C. Berneri: <i>El delirio racista</i>	0'75	Ricardo Mella: <i>Cuestiones de enseñanza</i>	0'20
A. Müller Lehnin: <i>Estado y marxismo</i>	0'50	P. de Lydia: <i>El ideal del siglo XX, y En tiem-</i>	
F. G. Nicolai: <i>Cerebro e inteligencia</i>	0'75	<i>po de elecciones, Malatesta</i>	0'20
Ch. Cornelissen: <i>Evolución de Einstein: La lu-</i>		Merlino: <i>¿Por qué somos anarquistas?</i>	0'20
<i>cha contra la guerra</i>	0'50	Pelloutier: <i>El arte y la rebeldía</i>	0'20
Fabbri: <i>El último filósofo del Renacimiento</i>	0'70	Gori: <i>El Primero de Mayo</i>	0'20
Pierre Ganivet: <i>Alemania, ayer y hoy</i>	0'50	Malatesta: <i>Entre campesinos</i>	0'20
A. Longuet: <i>El cinema y la realidad social</i>	0'50	Chaughy: <i>Inmoralidad del matrimonio</i>	0'20
Lunazi: <i>Reconstrucción educacional.</i>	0'70	José Prat: <i>A las mujeres</i>	0'20
A. Mierson: <i>Crítica de la teoría sexual de Freud.</i>	0'50	José Prat: <i>Necesidad de la Asociación</i>	0'15
J. Vives: <i>Anselmo Lorenzo</i>	1'—	M. Rey: <i>¿Dónde está Dios?</i>	0'15
E. Relgis: <i>Bulgaria desconocida</i>	1'60	Kropotkín: <i>La tramoya de las guerras</i>	0'15
Lamennais: <i>Sobre el pasado y el porvenir del</i>		A. Lorenzo: <i>Justo Vives</i>	1'—
<i>pueblo.</i>	1'—	Néstor Makhno: <i>La revolución rusa en Ucrania.</i>	3'—
Pedro Gori: <i>Ensayos y conferencias</i>	1'—	Diego Ruiz: <i>Vacunar es asesinar; dejarse vacu-</i>	
Carlos Malato: <i>Filosofía del Anarquismo</i>	1'—	<i>nar, suicidarse</i>	3'50
Marañón: <i>La educación sexual</i>	0'50	Anselmo Lorenzo: <i>Evolución proletaria</i>	2'—
G. de Maupassant: <i>La Mancebía.</i>	1'—	Vicente March: <i>Cómo nos diezman</i>	0'75
V. March: <i>¡Cómo nos diezman!</i>	0'75	Dr. Lazarte: <i>Limitación de los nacimientos</i>	0'60
Isaac Puente: <i>Apuntes sobre el Comunismo Li-</i>		Elemer von Karman: <i>Niños indisciplinados</i>	0'75
<i>bertario</i>	0'20	G. Yvetot: <i>A B C sindicalista</i>	0'70
L. Fabbri: <i>Mi credo social</i>	0'20	J. Grave: <i>Las aventuras de Nono</i>	2'—
S. Faure: <i>La crisis económica y el paro forzoso.</i>		Frank Harris: <i>La bomba</i>	2'—
<i>(Un folleto de 40 páginas.)</i>	0'30	G. Landahuer: <i>Incitación al socialismo</i>	2'—
Carlos Caffiero: <i>Anarquía y Comunismo</i>	0'15	R. Mella: <i>Ideario</i>	4'—
<i>(Para repartir gratis. Gran oportunidad.)</i>		R. Mella: <i>Ensayos y conferencias</i>	3'50



Precio: 3 pts.
← 240 páginas



Precio: 2'50 pts.
256 páginas →



Precio: 2'50 pts.
← 208 páginas



Precio 3 pts.
300 páginas →



TIEMPOS NUEVOS

REVISTA MENSUAL DE SOCIOLOGIA, ARTE Y ECONOMIA

TIEMPOS NUEVOS

Consultorios

CUPÓN

que deberá recortarse y enviarse, tanto para las preguntas que hayan de responderse en la revista, como para obtener el descuento especial en las consultas individuales

Mes de Abril de 1936

Redacción y Administración:

UNION, 19, 1.º, 2.º - BARCELONA

Precio del ejemplar 0'40 ctsm.

Suscrip. trimestre adelantada . 1'20 »

Semestre 2'40 ptas.

Año, doce números 5'00 »